

www.formarse.com.ar

Primera edición, 1989
Segunda edición, 1991

Traducción de
MARIA ROSA DUHART SILVA

Av. Ricardo Lyon 946, Santiago de Chile

Inscripción N° 71.516

Se terminó de imprimir esta tercera edición
de 10.000 ejemplares en el mes de septiembre de 1993
Distribución autorizada para Chile

IMPRESORES: Alfabeta

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

ISBN 956-13-0741-2

Índice

C. S. LEWIS

LAS CRONICAS DE NARNIA

LIBRO IV LA SILLA DE PLATA

ILUSTRACIONES DE ALICIA SILVA ENCINA

COMENTARIO DE ANA MARIA LARRAIN

EDITORIAL ANDRES BELLO

A Nicholas Hardie

I DETRAS DEL GIMNASIO

ERA un día gris de otoño y Jill Pole estaba llorando detrás del gimnasio.

Lloraba porque le habían estado metiendo miedo. Este no va a ser un cuento de colegio, así que les diré lo menos posible sobre el de Jill, porque no es un tema muy agradable. Era un colegio "coeducacional" para niños y niñas, lo que se llama habitualmente un colegio mixto; dicen que más mixtas eran las mentalidades de quienes lo dirigían, que opinaban que se debía dejar a los alumnos hacer lo que quisieran. Y desgraciadamente lo que diez o quince de los mayores preferían era intimidar a los demás. Hacían toda clase de cosas, cosas terribles que en cualquier otro colegio habrían llamado la atención y se les habría puesto fin de inmediato; pero no sucedía así en este colegio. Y aun si así fuera, no se expulsaba o castigaba a los culpables. El Director decía que se trataba de casos psicológicos sumamente interesantes, los hacía acudir a su oficina y conversaba con ellos durante horas. Y si tú sabes cómo hablarle a un Director, al final terminarás siendo su favorito.

Por eso Jill Pole lloraba en aquel nublado día otoñal en medio del húmedo sendero situado entre la parte trasera del gimnasio y los arbustos del jardín. Y todavía estaba llorando cuando un niño dobló la esquina del gimnasio. Venía silbando y con las manos en los bolsillos y por poco tropieza con ella.

—¿No puedes mirar por donde caminas? —dijo Jill Pole.

—Está *bien* —dijo el niño—, no tienes para qué ponerte...

Y entonces se dio cuenta de que estaba llorando.

—¿Qué te pasa, Pole?

Jill sólo consiguió hacer una mueca; esa clase de muecas que haces cuando tratas de decir algo pero te das cuenta de que si hablas vas a empezar a llorar de nuevo.

—Debe ser por culpa de *ellos,* supongo, como de costumbre —dijo con dureza el niño, hundiendo más aún sus manos en los bolsillos.

Jill asintió. No tenía necesidad de añadir nada más, aunque hubiese podido hacerlo. Ambos sabían.

—Pero mira —dijo el niño—, es el colmo que todos nosotros...

Su intención era buena, pero habló como quien va a decir un discurso. A Jill le dio mucha rabia (lo que es muy comprensible que te suceda cuando te han interrumpido en pleno llanto).

—Oh, ándate y no te metas en lo que no te importa —dijo—. Nadie te ha pedido que vengas a entrometerte en mis cosas, ¿no es verdad? Y no eres el más indicado para ponerte a decirnos lo que tenemos que hacer, ¿no es cierto? Supongo que pensarás que deberíamos pasar el día haciéndoles la pata y desviviéndonos por ellos, como tú.

—¡Por favor! —exclamó el niño, sentándose en el suelo cubierto de pasto a la orilla de los arbustos y levantándose inmediatamente, pues el pasto estaba empapado. Era una lástima que se llamara Eustaquio Scrubb[1]□, pero no era mala persona.

—¡Pole! —dijo—. ¡Eres superinjusta! ¿He hecho todo eso este trimestre? ¿No le hice frente a Carter en el asunto del conejo? ¿Y no guardé el secreto sobre Spivvins, y eso que

---

[1]* Scrubb: Mezquino, persona de poco valer, insignificante.

me torturaron? ¿Y no...

—N-no lo sé ni m-me importa —sollozó Jill.

Scrubb se dio cuenta de que todavía no se le pasaba la pena, y amistosamente le ofreció una pastilla de menta. El también se comió una. Y poco después Jill comenzó a ver las cosas mucho más claras.

—Perdóname, Scrubb —le dijo— Fui muy injusta. Es cierto que hiciste todo eso... este último trimestre.

—Entonces borra el trimestre anterior, por favor —pidió Eustaquio—. Yo era otro tipo en esa época. Era... ¡demonios!, ¡qué mísera garrapata era yo!

—Bueno, francamente, así eras —dijo Jill.

—Oye, ¿crees que he cambiado? —preguntó Eustaquio.

—No sólo yo —repuso Jill—. Todos dicen lo mismo; hasta *ellos* lo han notado. Leonora Blackinston oyó que Adela Pennyfather hablaba ayer de esto en el vestuario. Dijo: “Alguien está influenciando al niño Scrubb. Este trimestre ha estado absolutamente inmanejable. Tendremos que ocuparnos de él lo antes posible”.

Eustaquio sintió un escalofrío. En el Colegio Experimental todo el mundo sabía lo que significaba que *ellos* se “ocuparan” de uno.

Ambos niños se quedaron callados un rato. Las gotas caían de las hojas del laurel.

—¿Por qué estás tan distinto a lo que eras el trimestre pasado? —preguntó Jill de pronto.

—Me pasaron un montón de cosas raras en las vacaciones —respondió Eustaquio en tono misterioso.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Jill.

Eustaquio no habló una palabra durante largo rato. Luego dijo:

—Óyeme, Pole. Tú y yo odiamos este lugar más que a nada en el mundo, ¿no es así?

—Por lo menos sé que *yo* lo odio —dijo Jill.

—Entonces creo que puedo confiar realmente en ti.

—Superamable de tu parte —dijo Jill.

—Pero es que es un secreto terrible de verdad. Pole, dime, ¿eres buena para creer cosas? Es decir, para creer en cosas de las que otros se reirían.

—Nunca me ha pasado —repuso Jill—, pero creo que sí.

—¿Me creerías si te dijera que en las últimas vacaciones estuve fuera del mundo... fuera de este mundo?

—No te entiendo lo que quieres decir.

—Bueno, dejemos los mundos por ahora. Imagina que te cuento que estuve en un lugar donde los animales pueden hablar y donde hay... este... encantamientos y dragones... y... bueno, todo ese tipo de cosas que encuentras en los cuentos de hadas.

Scrubb se sintió tremendamente incómodo al decir esto y se puso colorado.

—¿Cómo llegaste allá? —preguntó Jill. También ella se sentía curiosamente avergonzada.

—De la única manera posible: la magia —dijo Eustaquio, casi en un murmullo—. Iba con dos primos míos. Y simplemente... nos hicieron desaparecer de repente. Mis primos ya habían estado allí antes.

Ahora que hablaban en murmullos, no sé por qué Jill encontró más fácil creerle. De pronto se le ocurrió una horrible sospecha y dijo (tan furiosa que por un momento pareció una tigresa):

—Si descubro que me estás tomando el pelo no volveré a hablarte nunca más; nunca,

nunca, nunca.

—No te tomo el pelo —dijo Eustaquio—. Te juro que no. Te lo juro por... por todo.

(Cuando yo estaba en el colegio, uno habría dicho “lo juro por la Biblia”. Pero nadie se preocupa de la Biblia en el Colegio Experimental).

—Está bien —dijo Jill—. Te creo.

—¿Y no se lo dirás a nadie?

—¿Quién te crees que soy?

Dijeron esto con gran entusiasmo; pero después, cuando ya lo habían dicho y Jill miró a su alrededor y vio ese nublado cielo otoñal y escuchó el ruido de las gotas que caían de las hojas y pensó en lo inútil que era el Colegio Experimental (era un curso de trece semanas y aún faltaban once), dijo:

—Pero después de todo, ¿qué sacamos? No estamos allá; estamos aquí. Y requetenunca podremos ir *allá.* ¿O podemos?

—Eso es lo que me gustaría saber —replicó Eustaquio—. Cuando volvimos de ese lugar, alguien dijo que los dos Pevensie (mis dos primos) no volverían nunca más. Era la tercera vez que iban, ¿ves?, así que supongo que ya tenían su cuota. Pero él jamás dijo que yo no podría volver. Estoy seguro de que lo habría dicho, a menos que quisiera decir que yo iba a volver. Y no puedo dejar de preguntarme si nosotros podemos... si podríamos...

—¿Quieres decir, hacer algo para que suceda?

Eustaquio asintió.

—¿Quieres decir que podríamos dibujar un círculo en la tierra... y escribir algo en letras raras... y pararnos adentro... y decir conjuros y hechizos?

—Bueno —dijo Eustaquio luego de reflexionar profundamente durante un momento—. Creo que era algo así lo que yo pensaba, aunque nunca lo hice. Pero ahora que tú lo dices, me parece que todos esos círculos y cosas son puras tonterías. No creo que a él le gustaría. Parecería como si creyéramos que podemos obligarlo a hacer algo. Y en realidad sólo podemos pedírselo.

—¿Quién es esa persona de que hablas todo el tiempo? —En aquel lugar lo llaman Aslan —explicó Eustaquio.

—¡Qué nombre tan raro!

—Ni la mitad de lo raro que es él —dijo Eustaquio con aire solemne—. Pero hagámoslo, no puede ser nada malo, sólo pediremos. Parémonos juntos, así, y estiremos los brazos al frente con las palmas hacia abajo, tal como hicieron ellos en la isla de Ramandú...

—¿La isla de quién?

—Te lo contaré otro día. Y a él le gustaría que estemos de cara al este. A ver ¿dónde está el este?

—No sé —dijo Jill.

—Eso es lo fantástico que tienen las niñas: jamás saben los puntos de la brújula —comentó Eustaquio.

—Tú tampoco lo sabes —exclamó Jill, indignada.

—Claro que lo sé, si dejas de interrumpirme. Ya lo tengo. Ese es el este, frente a los laureles. Y ahora ¿quieres repetir las palabras conmigo?

—¿Qué palabras? —preguntó Jill,

—Las palabras que yo voy a decir, por supuesto —contestó Eustaquio—. Ahora.

Y comenzó.

—¡Aslan, Aslan, Aslan!

—Aslan, Aslan, Aslan —repetía Jill.

—Por favor, haz que podamos ir a...

En ese momento se oyó una voz que gritaba desde el otro lado del gimnasio.

—¿Pole? Sí, ya sé donde está. Está lloriqueando detrás del gimnasio. ¿La hago salir?

Jill y Eustaquio se dieron una sola mirada, se tiraron de cabeza debajo de los laureles y empezaron a trepar por la empinada cuesta de tierra del parque a una espectacular velocidad de campeones que les merecía un buen premio. (Debido a los curiosos métodos de enseñanza del Colegio Experimental uno no aprendía mucho francés o matemáticas o latín o cosas por el estilo, pero eso sí que uno aprendía a escapar rápido y silenciosamente cuando *ellos* lo andaban buscando).

A los pocos minutos de comenzar a trepar se detuvieron para escuchar y, por los ruidos que se oían, comprendieron que los seguían.

—¡Ojalá la puerta estuviera abierta otra vez! —dijo Scrubb mientras corrían, y Jill asintió.

Porque al final del parque había una elevada muralla de piedra y en ella una puerta por la que podías salir al camino público. Esa puerta estaba casi siempre cerrada con llave, pero algunas veces hubo gente que la encontró abierta; o quizás esto sucedió una sola vez. Pero podrás imaginarte que el recuerdo de esta única vez hacía que la gente no perdiera la esperanza y siguiera tratando de abrir la puerta; pues si llegaban a encontrarla sin llave, era una espléndida manera de salir del colegio sin que te vieran.

Jill y Eustaquio, muy acalorados y muy sucios después de arrastrarse casi doblados en dos por debajo de los laureles, subieron jadeando hasta la muralla. Y allí, cerrada como de costumbre, estaba la puerta.

—Va a ser inútil, seguramente —dijo Eustaquio, con la mano en la manilla de la puerta; y de pronto—: ¡Ah, por la gran flauta! —exclamó, pues la manilla había girado y la puerta se abría.

Momentos antes pensaban que si, por casualidad, la puerta estaba sin llave, la cruzarían volando como un rayo. Pero cuando la puerta realmente se abrió, se quedaron inmóviles. Porque lo que vieron era muy diferente de lo que esperaban.

Habían esperado ver la grisácea pendiente del potrero cubierto de brezos subiendo y subiendo hasta juntarse con el gris del cielo otoñal. En su lugar los recibió el resplandor del sol que inundaba el portal, como la luz de un día de verano que entra a raudales en la cochera cuando abres la puerta, y hacía que las gotas de agua brillaran como abalorios sobre el pasto, resaltando la suciedad de la cara de Jill, manchada de lágrimas. La luz del sol provenía de lo que ciertamente parecía ser un mundo diferente... por lo menos lo que ellos alcanzaban a vislumbrar. Vieron un suave césped, más suave y brillante que todos los que Jill había visto antes, y un cielo azul y, moviéndose con gran rapidez de allá para acá, unas cosas tan relucientes que podrían haber sido joyas o enormes mariposas.

Aunque había deseado tanto que sucediera algo así, Jill tuvo miedo. Miró a Scrubb y vio que él también estaba asustado.

—Vamos, Pole —dijo él, casi sin aliento.

—Pero ¿podremos volver? ¿No será peligroso? —preguntó Jill.

En ese momento se escuchó una voz que gritaba detrás de ellos, una vocecilla maligna y llena de rencor.

—Escúchame, Pole —chilló—, todos sabemos que estás ahí. Baja para acá.

Era la voz de Edith Jackle, que no era una de ellos, pero sí pertenecía a su grupo de parásitos y soplones.

—¡Rápido! —dijo Scrubb-. Ven, tomémonos de las manos. No debemos separarnos.

Y antes de que ella se diera cuenta de lo que hacía, agarró su mano y de un tirón la hizo atravesar la puerta, dejando atrás los jardines del colegio, Inglaterra, todo nuestro mundo, para entrar a *Aquel Lugar*.

El sonido de la voz de Edith Jackle se apagó súbitamente, como cuando uno corta la radio. Al instante escucharon un sonido muy distinto a su alrededor. Venía de aquellas cosas que brillaban en las alturas y que resultaron ser bandadas de pájaros. Tenían un gran bullicio, pero semejaba más bien una música (una música moderna, de esa que cuesta entender la primera vez que la escuchas) que el acostumbrado canto de los pájaros en nuestro mundo. Sin embargo, a pesar del canto, reinaba un inmenso silencio, que parecía una especie de música de fondo. Aquel silencio, combinado con el frescor del aire, hizo pensar a Jill que se hallaban en la cumbre de una montaña muy alta.

Scrubb la llevaba todavía de la mano mientras caminaban hacia adelante, mirando a todos lados con los ojos que se le salían de la cara. Jill vio que crecían árboles enormes por todas partes, muy parecidos a los cedros, pero mucho más grandes. Pero como no estaban plantados uno al lado del otro, y como no había maleza, permitían ver un buen trecho dentro del bosque, a la derecha y a la izquierda. Y hasta donde los ojos de Jill alcanzaban a ver, todo era igual: un césped parejo, veloces aves de plumaje amarillo, o azul libélula, o color arco iris; sombras azuladas, y el vacío. No había un soplo de viento en ese aire fresco y luminoso. Era un bosque muy solitario.

Más allá ya no había árboles; sólo el cielo azul. Siguieron adelante sin hablar, hasta que de pronto Jill oyó que Scrubb decía: “¡Cuidado!”, y sintió que la tiraban hacia atrás. Estaban al borde mismo de un acantilado.

Jill tenía la suerte de ser de esas personas que no tienen vértigos. No le importaba en lo más mínimo pararse al borde de un precipicio. Se enojó mucho con Scrubb por empujarla hacia atrás. “Como si fuera una niñita”, dijo, y se soltó bruscamente de la mano de Eustaquio. Cuando vio lo pálido que se ponía, lo contempló con desprecio.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

Y para demostrar que ella no tenía miedo, se acercó más todavía al borde; en realidad, se acercó mucho más de lo que hubiera querido. Luego miró hacia abajo.

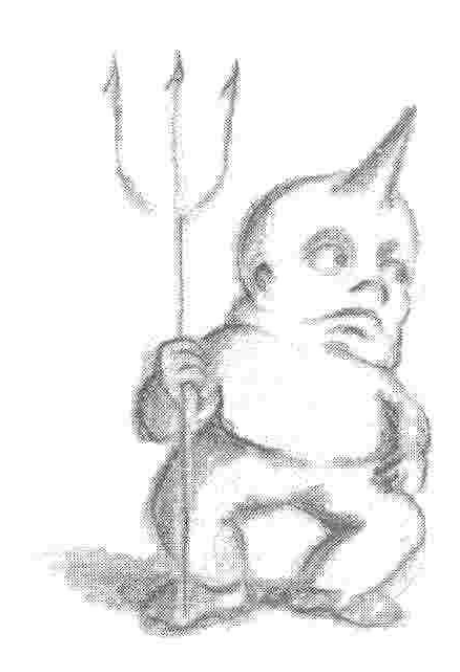
Entonces pensó que Scrubb tenía algo de razón para estar tan pálido, pues éste era un acantilado que no podría compararse a ninguno de los de nuestro mundo. Imagina que estás en la cima del acantilado más alto que conozcas. Imagina que miras hacia el fondo. Y entonces imagina que el precipicio continúa bajando más allá de ese fondo, y otra vez más abajo, diez veces más, veinte veces más abajo. Y a esa inconmensurable distancia imagina que ves debajo unas cositas blancas que podrían confundirse a primera vista con ovejas, pero luego te das cuenta de que son nubes, no pequeñas guirnaldas de niebla, sino enormes nubes blancas, infladas, tan grandes como cualquiera montaña. Y, por último, por entre aquellas nubes, logras recién divisar el verdadero fondo, tan lejano que no alcanzas a distinguir si es campo o bosque, si es tierra o agua: mucho más abajo de esas nubes de lo que tú estás sobre ellas.

Jill lo miró fijamente. Luego pensó que, después de todo, sería mejor alejarse un par de pasos de la orilla; pero no quería hacerlo por temor a lo que pudiera creer Scrubb. De repente decidió que no le importaba lo que él creyera; podía perfectamente apartarse de esa horrible orilla, y nunca más se burlaría de la gente que teme a las alturas. Pero cuando trató de moverse se dio cuenta de que no podía. Sus piernas parecían estar hechas de masilla. Todo daba vueltas ante sus ojos.

—¿Qué estás haciendo, Pole? ¡Vuelve atrás, grandísima idiota! —gritó Scrubb.

Pero su voz parecía venir de muy lejos. Sintió que trataba de agarrarla, pero ella ya no tenía control sobre sus brazos y piernas. Hubo un momento de forcejeo al borde del acantilado. Jill estaba demasiado asustada y demasiado mareada para saber bien lo que hacía, pero mientras viva recordará dos cosas (a menudo volvían a su memoria en sus sueños). Una fue que se soltó de un tirón de las manos de Scrubb que la apretaban; la otra que, al mismo tiempo, Scrubb, con un grito de terror, perdía el equilibrio y se precipitaba al abismo.

Afortunadamente no alcanzó a pensar en lo que había hecho. Un inmenso animal de brillante colorido se había abalanzado al borde del acantilado. Allí se echó, inclinándose hacia adelante y (esto era lo más extraño de todo) se puso a soplar. No a rugir ni a bufar, sino que simplemente a soplar con la boca muy abierta, de una manera muy regular, como una aspiradora. Jill estaba tendida tan cerca de la criatura que podía sentir su aliento vibrando constantemente por su cuerpo. No se movió, pues no podía levantarse. Estaba medio desvanecida; en realidad, hubiera querido poder desmayarse, pero uno no se desmaya cuando quiere. Por fin vio, muy abajo, un puntito negro que flotaba alejándose del acantilado, un poco hacia arriba. A medida que se elevaba, se alejaba más. Cuando estuvo a la misma altura de la cumbre del acantilado, ya estaba tan demasiado lejos que Jill lo perdió de vista. Era evidente que se apartaba de ellos a toda velocidad. Jill no pudo dejar de pensar que la criatura que se hallaba a su lado lo estaba alejando con su aliento. Se volvió para mirar a la criatura. Era un león.



II JILL TIENE UNA TAREA

Sin dar una sola mirada a Jill, el León se paró en sus cuatro patas y sopló por última vez. Luego, como si se diera por satisfecho con su trabajo, se volvió y echó a andar lentamente y con paso majestuoso de regreso al bosque.

—Tiene que ser un sueño, tiene que ser, tiene que ser —se dijo Jill—. Despertaré en cualquier momento.

Pero no era un sueño, y no despertó.

—Ojalá no hubiéramos venido nunca a este espantoso lugar —murmuró Jill—. No creo que Scrubb supiera más que yo de todo esto. O si sabía, no tenía derecho a traerme aquí sin advertirme cómo era. No es culpa mía que se haya caído del acantilado. Si me hubiera dejado en paz, no tendríamos ningún problema ahora.

En eso recordó otra vez el grito de Scrubb al caer, y rompió a llorar.

Hace bien llorar un rato, mientras duran las lágrimas. Pero tienes que parar tarde o temprano y entonces debes decidir lo que vas a hacer. Cuando Jill dejó de llorar se dio cuenta de que tenía una sed atroz. Estaba tendida boca abajo y ahora se levantó. Los pájaros habían cesado de cantar y el silencio era perfecto, quebrado sólo por un leve sonido persistente que parecía venir de muy lejos. Escuchó con más atención y le pareció que era el ruido de una corriente de agua.

Jill se puso de pie y miró detenidamente a su alrededor. No se veían señales del León; pero había tantos árboles que era muy posible que estuviera cerca sin que ella lo supiera. Además, podía haber varios leones. Pero tenía tanta sed que se armó de valor para ir hacia esa corriente. Caminó en la punta de los pies, escabullándose de árbol en árbol, cautelosamente, deteniéndose a cada paso para mirar a su alrededor.

El bosque estaba tan silencioso que no era difícil acercarse al lugar de donde provenía el ruido. Se iba despejando poco a poco y antes de lo que esperaba llegó a un amplio claro y vio el río, brillante como el cristal, que cruzaba el prado muy cerca del lugar donde ella estaba. Pero aunque al ver el agua se sintió diez veces más sedienta, no se abalanzó a beber. Se quedó muy quieta, como si fuera de piedra, y con la boca abierta. Y tenía una buena razón: justo a ese lado del arroyo se encontraba el León.

Estaba echado con su cabeza levantada y sus patas delanteras estiradas al frente, como los leones de la Plaza Trafalgar. Se dio cuenta inmediatamente de que él la había visto, porque la miró directo a los ojos por un momento y después se dio vuelta, como si la conociera demasiado bien y no le gustara nada.

“Si escapo me alcanzará en un segundo —pensó Jill—. Y si sigo, caeré derecho en su boca”.

Como fuese, no podía moverse, aunque hubiera tratado, y tampoco podía apartar sus ojos de los suyos. Cuánto duró esto, no estaba segura; pareció durar horas. Y la sed se hizo tan horrible que llegó a pensar que no le importaría que el León la comiera si antes podía beber un buen trago de agua.

—Puedes beber si tienes sed.

Eran las primeras palabras que escuchaba desde que Scrubb le habló al pie del acantilado. Miró para todos lados, preguntándose quién habría hablado. La voz repitió: “Puedes beber si tienes sed”, y entonces se acordó de lo que Scrubb le había contado sobre los animales que hablan en ese otro mundo, y comprendió que era el León el que había

dicho esas palabras. De todos modos, había visto que sus labios se movían, y la voz no era la de un hombre. Era más profunda, más salvaje y con más fuerza; una voz dorada, gruesa. No es que la hubiese tranquilizado mayormente; más bien hizo que se sintiera asustada, pero de un modo bastante distinto.

—¿No tienes sed? —preguntó el León.

—Me *muero* de sed —respondió Jill.

—Entonces, bebe —dijo el León.

—¿Me dejas... podría yo... te importaría alejarte mientras bebo? —dijo Jill.

El León respondió sólo con una mirada y un gruñido apagado. Al contemplar aquella corpulenta masa inmóvil, Jill comprendió que igualmente podría pedirle a la montaña entera que se hiciera a un lado para darle el gusto a ella.

El delicioso murmullo del río la estaba volviendo loca.

—¿Me prometes que no me... harás nada si me acerco? —preguntó Jill.

—Yo no hago promesas —dijo el León.

Jill tenía tanta sed que, sin darse cuenta, se había acercado un paso más.

—¿Te *comes* a las niñas? —preguntó.

—Me he tragado niñas y niños, mujeres y hombres, reyes y emperadores, ciudades y reinos —repuso el León.

No lo dijo como vanagloriándose, ni como si se arrepintiera, ni como si estuviera enojado. Simplemente lo dijo.

—No me atrevo a ir a beber —murmuró Jill.

—Entonces morirás de sed —dijo el León.

—¡Dios mío! —exclamó Jill, acercándose otro paso—. Supongo que tendré que irme y buscar otro río.

—No hay otro río —dijo el León.

Jamás se le ocurrió a Jill no creerle al León —nadie que viera su cara severa podría dudar— y de súbito tomó su decisión. Era lo peor que le había tocado hacer en su vida, pero corrió hacia el río, se arrodilló y empezó a tomar agua con la mano. Era el agua más fría y refrescante que había probado. No necesitabas beber una gran cantidad, porque apagaba de inmediato tu sed. Antes de probarla tenía la intención de escapar del León en cuanto terminara de beber. Ahora se dio cuenta de que eso sería sumamente peligroso. Se puso de pie y se quedó allí, con los labios aún húmedos con el agua.

—Ven —dijo el León.

Y tuvo que ir. Estaba ya casi en medio de sus patas delanteras, mirándolo directo a los ojos. Pero no pudo resistir mucho tiempo; bajó la mirada.

—Niña Humana —dijo el León—, ¿Dónde está el Niño?

—Se cayó por el acantilado —contestó Jill—. Señor —agregó. No sabía cómo llamarlo y le parecía una insolencia no llamarlo de alguna manera.

—¿Cómo le sucedió eso, Niña Humana?

—El estaba tratando de que yo no cayera, señor.

—¿Por qué estabas tan cerca del borde, Niña Humana?

—Estaba haciéndome la valiente, señor.

—Esa es una muy buena respuesta, Niña Humana. No lo hagas nunca más. Y ahora, escucha (esta fue la primera vez que la cara del León se veía menos severa), el Niño está a salvo. Lo soplé hacia Narnia. Mas la tarea tuya será la difícil, por lo que hiciste.

—¿Qué tarea, señor, por favor? —dijo Jill.

—La tarea para la cual los llamé a ti y a él desde vuestro mundo.

Esto intrigó muchísimo a Jill. “Me confunde con otra”, pensó. No se atrevió a decírselo al León, a pesar de que le pareció que se armaría un gran lío si no lo hacía.

—Dime lo que estás pensando, Niña Humana —dijo el León.

—Pensaba... quiero decir... ¿no habrá algún error? Porque nadie nos llamó a Scrubb y a mí. Fuimos nosotros los que pedimos venir acá. Scrubb dijo que teníamos que invocar a... a Alguien, un nombre que yo no conocía... y que tal vez ese Alguien nos dejaría entrar. Y así lo hicimos, y entonces encontramos abierta la puerta.

—Ustedes no me habrían llamado a mí si no hubiera estado yo llamándolos a ustedes —dijo el León.

—Entonces, ¿tú eres Alguien, señor? —preguntó Jill.

—Yo soy. Y ahora, ésta es tu tarea. Muy lejos de aquí, en la tierra de Narnia, vive un anciano Rey que está muy triste porque no tiene un príncipe de su sangre que reine después de él. No tiene heredero, ya que su único hijo le fue raptado hace muchos años y nadie en Narnia sabe dónde está ese Príncipe, ni sabe siquiera si aún está vivo. Pero está vivo. Te impongo este mandato: busca a ese Príncipe perdido hasta que o bien lo encuentres y lo traigas a la casa de su padre, o bien mueras en el intento, o bien regreses a tu propio mundo.

—¿Cómo, por favor? —preguntó Jill.

—Te lo diré, Niña —dijo el León—. Estas son las Señales con las que te guiaré en tu búsqueda. Primero: en cuanto el Niño Eustaquio ponga un pie en Narnia, encontrará a un viejo y querido amigo. Debe saludar a ese amigo en seguida; si lo hace, ustedes dos recibirán una buena ayuda. Segundo: deben viajar fuera de Narnia, hacia el norte, hasta llegar a las ruinas de la antigua ciudad de los gigantes. Tercero: en esa ciudad en ruinas encontrarán unas palabras escritas sobre las piedras; deben hacer lo que les diga ese mensaje. Cuarto: reconocerán al Príncipe perdido (si dan con él) por lo siguiente: será la primera persona en todo el viaje que les pedirá que hagan algo en mi nombre, en el nombre de Aslan.

Como parecía que el León había terminado, Jill pensó que ella debería decir algo. Así es que dijo:

—Muchas gracias, ya entiendo.

—Niña —dijo Aslan, en tono más suave que el que había usado hasta ahora—, quizás no entiendes tan bien como crees. Pero el primer paso es recordar. Repíteme, en su orden, las cuatro Señales.

Jill trató, pero no las recordó muy bien. Entonces el León la corrigió y la hizo repetirlas una y otra vez hasta que se las supo perfectamente. Fue muy paciente en esto, de modo que cuando lo logró, Jill se armó de valor para preguntarle:

—¿Y cómo voy a llegar a Narnia?

—Sobre mi aliento —dijo el León—. Te soplaré al este del mundo, así como soplé a Eustaquio.

—¿Lo alcanzaré a tiempo para darle la primera Señal? Aunque supongo que no importará. Si ve a un viejo amigo, es seguro que irá a hablar con él, ¿no es cierto?

—No tienen tiempo que perder —dijo el León—. Por eso debo enviarte inmediatamente. Ven. Camina delante de mí hasta el borde del acantilado.

Jill se acordaba muy bien de que si no había tiempo que perder era por su culpa. “Si yo no me hubiera puesto a hacer estupideces, Scrubb y yo estaríamos juntos. Y él habría oído todas las instrucciones igual que yo”, pensó. Así que hizo lo que le decía. Era angustioso tener que volver al borde del acantilado, sobre todo que el León no caminaba a su lado sino detrás de ella, sin hacer ningún ruido con sus patas tan suaves.

Pero mucho antes de que llegara cerca del borde, escuchó tras ella la voz que decía:

—No te muevas. Voy a soplar dentro de unos instantes. Pero primero, recuerda, recuerda, recuerda las Señales. Repítelas para ti misma cuando despiertes por la mañana y cuando te acuestes en la noche, y cuando te despiertes en medio de la noche. Y aunque te sucedan cosas muy extrañas, no dejes que nada aparte tu mente del cumplimiento de las Señales. Y segundo, te hago una advertencia. Aquí sobre la montaña te he hablado muy claro; no lo haré así generalmente allá en Narnia. Aquí sobre la montaña el aire es claro y tu mente está clara; cuando vayas bajando a Narnia el aire se hará más espeso. Ten mucho cuidado de que no confunda tu mente. Y cuando encuentres allá las Señales que aquí has aprendido, no serán en absoluto lo que tú esperabas que fueran. Por eso es tan importante que las sepas de memoria y que no te fijes en las apariencias. No olvides las Señales y cree en las Señales. Ninguna otra cosa tiene importancia. Y ahora, Hija de Eva, adiós...

La voz se había ido haciendo más suave al final de este discurso y ahora se apagó del todo. Jill miró hacia atrás. Para su gran asombro, vio el acantilado a más de cien metros de distancia ya, y al León como un punto de oro brillante al borde del precipicio. Ella había esperado con los dientes y puños apretados la tremenda explosión del aliento del León; pero fue tan tenue que ni supo cuándo salió de la tierra. Y ahora no había más que aire a miles y miles de metros debajo de ella.

Sintió miedo, pero sólo por un segundo, pues, por una parte, el mundo allá abajo se veía tan lejano que parecía no tener nada que ver con ella, y por otra, flotar sobre el aliento del León era maravillosamente cómodo. Descubrió que podía tenderse de espalda o de bruces y darse vuelta para donde quisiera, como cuando estás en el agua (siempre que sepas flotar). Y como se movía al mismo ritmo que el aliento, no había viento y el aire era deliciosamente tibio. Era muy distinto a estar en un avión, porque no había ruido ni vibración. Si Jill hubiese subido alguna vez en un globo podría haber pensado que esto era algo semejante, pero mucho mejor.

Cuando miró hacia atrás se dio cuenta por primera vez del verdadero tamaño de la montaña que acababa de abandonar. Le extrañó que una montaña tan enorme como esa no estuviera cubierta de nieve y hielo. "Supongo que esa clase de cosas es diferente en este mundo", pensó Jill. Luego miró hacia abajo; pero estaba a tal altura que no pudo saber si flotaba sobre tierra o sobre mar, ni tampoco a qué velocidad iba.

—¡Por la máquina! ¡Las Señales! —exclamó Jill de pronto—. Será mejor que trate de repetirlas.

Tuvo realmente pánico por un par de segundos, pero después comprobó que todavía las podía decir correctamente.

—Todo anda bien —dijo, y con un suspiro de satisfacción, se echó en el aire como si fuera un sofá.

—¡Ah, diablos! —se dijo Jill algunas horas más tarde—. Me quedé dormida. ¡Imagínate, durmiendo en el aire! ¿Alguien lo habrá hecho antes? No creo. Aunque Scrubb puede haberlo hecho también, ¡qué lata!, y en este mismo viaje, poquito antes que yo. Bueno, veamos cómo es allá abajo.

Lo que vio fue una enorme llanura de color azul muy oscuro. No se veían cerros, pero sí unas cosas blancas, grandotas, que se movían a través de la llanura.

"Deben ser nubes —pensó—, pero mucho más grandes que las que veíamos desde el acantilado. Supongo que las veo más grandes porque están más cerca. Debo ir bajando. ¡Que molesto el sol!"

El sol, que estaba muy alto al comienzo del viaje, ya le daba en los ojos. Significaba

que iba bajando antes que ella. Scrubb tenía razón al decir que Jill (no sé si todas las niñas en general) nunca recordaba los puntos cardinales. Si no, habría sabido, cuando el sol comenzó a darle en los ojos, que viajaba casi, casi derecho al oeste.



Mirando con atención la llanura azul que se extendía abajo, advirtió de pronto aquí y allá unos puntitos de color más pálido y más brillante.

"¡Es el mar! —pensó Jill—, Y creo que esas son islas".

Así era. Se habría muerto de celos si hubiera sabido que algunas de aquellas islas eran las que Scrubb había visto desde la cubierta de una nave; incluso había desembarcado en ellas. Pero Jill no lo sabía. Después de un rato empezó a ver pequeñas arrugas en la azulada tersura; pequeñas arrugas que debían ser las enormes olas del océano, si estuvieras abajo, en medio de ellas. Luego, a lo largo del horizonte, surgió una ancha línea oscura que engrosaba y se oscurecía tan rápido que podías ver cómo crecía. Fue la primera prueba de la gran velocidad a que viajaba. Y comprendió que esa línea que crecía debía ser la tierra.

De súbito, a su izquierda (porque el viento soplaba al sur), una impresionante nube blanca se abalanzó hacia ella, esta vez a su misma altura. Y antes de saber dónde estaba, se metió justo al centro de su fresca y húmeda niebla. Quedó sin respiración, a pesar de que estuvo dentro sólo un instante. Salió parpadeando a la luz del sol y con su ropa toda mojada. (Tenía puestos una chaqueta y un suéter, pantalones cortos, calcetines y zapatos bien gruesos; era un día bastante nublado allá en Inglaterra). Al salir de la nube se encontró con que seguía bajando; percibió algo que, supongo, debería haber esperado, pero que en cambio resultó una sorpresa y un sobresalto para ella: los ruidos. Hasta ese momento había viajado en medio de un silencio absoluto. Ahora, por primera vez, escuchó el ruido de las olas y los gritos de las gaviotas. Y pudo también sentir el olor del mar. Ya no cabía duda sobre la velocidad a que volaba. Vio dos olas chocar con un chasquido, y un chorro de espuma que saltaba entremedio de ellas; pero apenas había alcanzado a verlo cuando ya quedaba cien metros detrás. Se acercaba a grandes pasos a la tierra. Podía ver algunas montañas a lo lejos hacia el interior, y otras más próximas a su izquierda. Podía ver bahías y cabos, bosques y campos, y grandes extensiones de playas arenosas. El sonido de las olas rompiendo contra la orilla se hacía cada vez más fuerte y ahogaba los demás ruidos del mar.

La tierra se abrió de repente justo delante de ella. Iba llegando a la desembocadura de un río. Volaba muy bajo, a sólo unos pocos metros del agua. La cresta de una ola le rozó la punta del pie y una inmensa salpicadura de espuma la empapó hasta la cintura. Ahora iba perdiendo velocidad. En vez de continuar río arriba, iba planeando hacia la ribera izquierda. Había tantas cosas que mirar que no podía abarcarlas todas: un suave prado verde, un barco de colores tan radiantes que semejaba una enorme pieza de joyería; torres y almenas, banderas flameando al viento, una muchedumbre, alegres ropajes, armaduras, oro, espadas, el sonido de una música. Pero todo revuelto. Lo primero que tuvo claro fue que había aterrizado y estaba parada bajo un bosquecillo de árboles muy cerca de la ribera del río y allí, a unos pocos metros de ella, se hallaba Scrubb.

Su primer pensamiento fue lo sucio, desgreñado y, en general, lo insignificante que se veía. El segundo fue: “ ¡Estoy toda mojada!”



III EL REY SE EMBARCA

Lo que hacía que Scrubb tuviera ese aspecto tan deslucido (y Jill también, si hubiera podido verse) era el esplendor que los rodeaba. Será mejor que lo describa ahora mismo.

A través de una hendidura entre esas montañas que Jill había divisado a lo lejos en el interior cuando se acercaba a la tierra, el sol derramaba su luz sobre su suave prado. Al otro lado del prado, con sus veletas relucientes por el sol, se erguía un castillo de numerosas torres y torreones; el castillo más hermoso que Jill viera en su vida. A la izquierda había un muelle de mármol blanco y amarrado a él, el barco: un barco muy grande, de alto castillo de proa y alta popa, de color dorado y carmesí, con una enorme bandera al tope, y una cantidad de pendones que se agitaban en las cubiertas, y una hilera de escudos brillantes como la plata a lo largo de la borda. Atracaron la pasarela, a cuyo pie, listo para embarcarse, se encontraba un hombre muy, muy viejo. Vestía una finísima capa púrpura, abierta adelante, que dejaba ver su cota de plata. En su cabeza lucía un delgado cintillo de plata. La barba, blanca como la lana, le caía casi hasta la cintura. Se mantenía parado bastante derecho, apoyando una mano en el hombro de un caballero ricamente vestido que se veía más joven que él, pero fácilmente podías notar que era muy anciano y frágil. Parecía que una racha de viento podía llevárselo; sus ojos estaban llorosos.

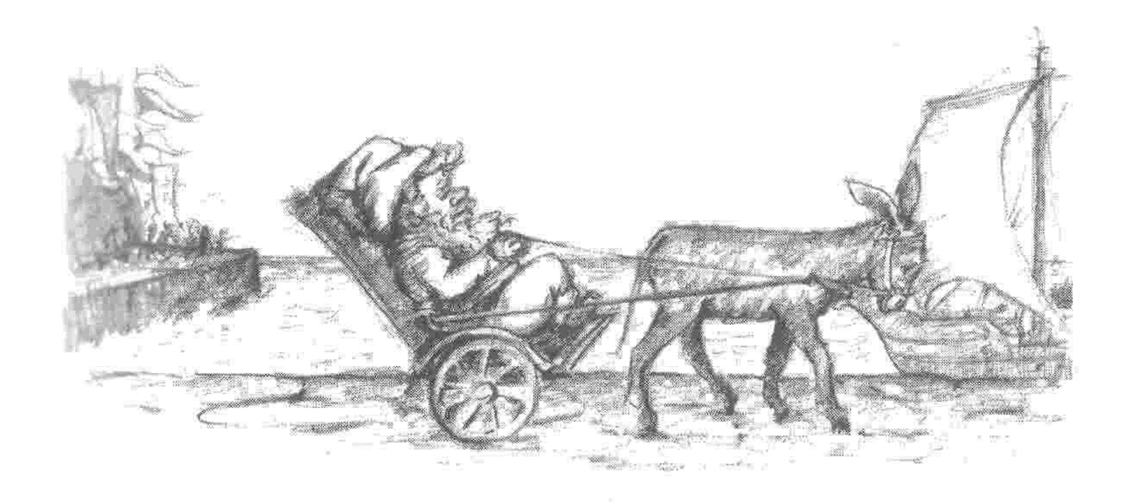
Justo frente al Rey —que se había vuelto para hablar a su pueblo antes de subir a la nave— había una pequeña silla de ruedas y, enganchado a ella, un burrito no mucho más grande que un perro cazador. Sentado en la silla, un enanito gordo. Vestía tan elegantemente como el Rey, pero por su gordura y su postura, encorvado en el asiento, el efecto era muy diverso: parecía más bien una informe bolsa de pieles, sedas y terciopelos. Era de la edad del Rey, pero se veía más saludable y jovial, y su mirada era muy viva. Su cabeza descubierta, calva y extremadamente grande, brillaba como una gigantesca bola de billar a la luz del sol poniente.

Más atrás, en un semicírculo, se encontraban los cortesanos, según pensó Jill. Eran dignos de ver, aunque sólo fuera por sus ropajes y armaduras, que los hacían parecer más bien un jardín de flores que una muchedumbre. Pero lo que dejó pasmada de asombro a Jill fue la gente misma. Si es que "gente" es la palabra adecuada, pues sólo uno de cinco era humano: el resto eran seres que jamás has encontrado en nuestro mundo. Faunos, sátiros, centauros; Jill podía nombrarlos por haberlos visto en dibujos. Enanos también. Había una cantidad de animales que Jill conocía: osos, tejones, topos, leopardos, ratones y muchos pájaros. Pero eran muy diferentes a los animales que llamamos por esos nombres en Inglaterra. Algunos eran mucho más grandes; los ratones, por ejemplo, se paraban en sus patas traseras y medían cerca de sesenta centímetros de alto. Pero aparte de eso, se veían distintos. Por la expresión de sus caras te dabas cuenta de que podían hablar y pensar igual que tú.

"¡Qué increíble —se dijo Jill—. Así que es verdad después de todo. ¿Serán mansos? —agregó, pues en ese momento vio en las cercanías de la multitud a un par de gigantes y a un grupo de gente que no tuvo idea qué podían ser".

En ese instante, Aslan y las Señales volvieron de golpe a su mente. Los había olvidado totalmente durante la última media hora.

—¡Scrubb! —murmuró, apretándole el brazo—. ¡Scrubb, rápido! ¿Ves a alguien conocido aquí?



—Conque apareciste otra vez, ¿ah? —dijo Scrubb, en tono antipático (y tenía algo de razón)—. ¿Podrías quedarte callada? Quiero escuchar.

— No seas tonto —insistió Jill—. No hay tiempo que perder. ¿No ves a ningún antiguo amigo tuyo por aquí? Si lo ves, tienes que ir a hablar con él inmediatamente.

—¿De qué estás hablando? —dijo Scrubb.

—Es Aslan, el León, el que dijo que tienes que hacerlo —explicó desesperada Jill—. Yo lo he visto.

—Ah ¿sí? Y ¿qué te dijo?

—Me dijo que la primera persona que tú verías en Narnia sería un viejo amigo, y que tenías que ir y hablarle al instante.

—Bueno, pero aquí no hay nadie que yo haya visto antes en mi vida; y además no sé si ésta es Narnia.

—Pensé que habías dicho que estuviste aquí antes —dijo Jill.

—Entonces, pensaste mal.

—¡Ah, qué estupendo! Tú me dijiste...

—Por Dios, cállate y déjame escuchar lo que están diciendo.

El Rey le hablaba al Enano, pero Jill no podía oír lo que decía. Y, por lo que pudo entender, el Enano no respondió, aunque movía constantemente la cabeza, asintiendo. Luego el Rey levantó la voz y se dirigió a toda la Corte; pero su voz era tan vieja y cascada que Jill comprendió muy poco de su discurso, sobre todo que mencionaba personas y lugares que ella no conocía. Cuando terminó, el Rey se inclinó y besó al Enano en ambas mejillas, se enderezó, levantó su mano derecha como dando su bendición, y subió lentamente y con paso débil por la pasarela del navío. Los cortesanos se conmovieron muchísimo con su partida. Sacaron sus pañuelos y se oían sollozos por todas partes. La pasarela fue retirada, sonaron trompetas en la popa y la nave comenzó a alejarse del muelle (la remolcaba un bote a remos, pero Jill no alcanzaba a verlo).

—Y ahora —principió a decir Scrubb, pero no siguió, pues en ese momento un enorme objeto blanco —Jill creyó por un segundo que era un volantín— planeó en el aire y vino a aterrizar a sus pies. Era un búho blanco, pero tan grande como un enano de tamaño corriente.

Parpadeó y entornó los ojos como si fuera corto de vista, ladeó un poco la cabeza y

dijo con voz suave y ululante:

—¡Tufú, tufú! ¿Quién eres tú?

—Me llamo Scrubb y ella es Pole —respondió Eustaquio—. ¿Podrías decirnos dónde estamos?

—En la tierra de Narnia, en Cair Paravel, el castillo del Rey.

—¿Era el Rey el que acaba de irse en el barco?

—Cierto, muy cierto —dijo con tristeza el Búho, meneando su enorme cabeza—. Pero ¿quiénes son ustedes? Hay algo mágico en ustedes dos. Los vi llegar: vinieron volando. Todos los demás estaban tan ocupados en despedir al Rey que no se dieron cuenta. Pero yo sí; por casualidad los vi, los vi volar.

—Aslan nos mandó aquí —dijo Eustaquio en voz baja.

—¡Tufú, tufú! —dijo el Búho, con sus plumas erizadas—. Esto es casi demasiado para mí, a tan temprana ahora de la tarde. No me repongo hasta que baja el sol.

—Y nos envió a buscar al Príncipe perdido —añadió Jill, que esperaba con ansias poder intervenir en la conversación.

—Es primera vez que oigo eso —murmuró Eustaquio—. ¿Qué príncipe?

—Tienen que venir a hablar con el Lord Regente de inmediato —dijo el Búho— Es aquel, en el coche tirado por el burro: el Enano Trumpkin.

El ave se volvió y empezó a guiarlos, refunfuñando para sí:

—¡Fu! ¡Tufú! ¡Qué lío! No puedo pensar claro todavía. Es demasiado temprano.

—¿Cómo se llama el Rey? —preguntó Eustaquio. —Caspian Décimo —contestó el Búho.

Y Jill no podía entender por qué Scrubb se había parado en seco y se había puesto de un color tan raro. Pensó que jamás lo había visto tan afectado por algo. Pero antes de que pudiera hacer cualquiera pregunta, llegaron frente al Enano que ya recogía las riendas de su burro y se preparaba para regresar en su coche al castillo. La muchedumbre de cortesanos se había disuelto y tomaba la misma dirección, de a uno, de a dos o en pequeños grupos, como la gente que se retira después de presenciar un juego o una carrera.

—¡Tufú! ¡Ejem! Lord Regente —dijo el Búho, inclinándose un poco y acercando su pico al oído del Enano.

—¿Eh? ¿Qué pasa? —dijo el Enano.

—Dos forasteros, señor —explicó el Búho.

—¡Abasteros! ¿Qué pretendes decir? —exclamó el Enano—. Yo veo dos cachorros de hombre extraordinariamente puercos. ¿Qué quieren?

—Me llamo Jill —dijo ella, adelantándose. Estaba ansiosa por explicar el importante asunto que los había traído hasta acá.

—La niña se llama Jill —gritó el Búho lo más fuerte que pudo.

—¿Qué pasa? —dijo el Enano—. ¿Que las niñas llegan en abril? No creo una palabra. ¿Qué niñas? ¿Quién las mandó?

—Una sola niña, mi Lord —contestó el Búho—. Su nombre es Jill.

—Habla más fuerte, que no te oigo —dijo el Enano—. No te quedes ahí zumbando y gorjeando en mi oído. ¿,Quién llega en abril?

—Nadie llega en abril —ululó el Búho.

—¿Quién?

—NADIE.

—Está bien, está bien. No tienes que gritarme, no estoy tan sordo. ¿Para qué vienes a decirme que nadie llega en abril? ¿Por qué tendría que llegar alguien?

—Mejor dile que soy Eustaquio —aconsejó Scrubb.

—Mi Lord, el niño es Eustaquio —ululó el Búho lo más fuerte posible.

—¿Que no vale un apio? Así me parece —dijo el Enano, de malhumor—. Y por eso lo han traído a la Corte, ¿eh?

—No es apio —contestó el Búho—. EUSTAQUIO.

—¿Que está aquí? Ya lo veo. No entiendo de qué diablos estás hablando. Te voy a decir algo, Maestro Plumaluz. Cuando yo era joven, había en este país bestias y aves que *hablan* que realmente podían hablar. No como ahora, este mascullar, murmurar y cuchichear. No se habría tolerado ni un minuto. Ni un minuto, señor. Urno, mi trompeta, por favor.

Un pequeño fauno que había permanecido en silencio todo el tiempo pegado al codo del Enano, le pasó una trompetilla de plata. Tenía la forma de un instrumento musical llamado serpiente, de manera que el tubo se enroscaba justo alrededor del cuello del Enano. Mientras se la colocaba, el Búho Plumaluz dijo sorpresivamente a los niños, en un susurro:

—Mi cerebro está un poco más claro ya. No digan nada sobre el Príncipe perdido. Ya les explicaré más tarde. ¡No serviría de nada, tufú! ¡Ay, qué lío armas tú!

—Bien, —dijo el Enano—, si *tienes* algo sensato que decir, Maestro Plumaluz, trata de decirlo. Respira hondo y no intentes hablar demasiado rápido.

Con la ayuda de los niños, y a pesar de un ataque de tos de parte del Enano, Plumaluz le explicó que los forasteros habían sido enviados por Aslan a visitar la Corte de Narnia. El Enano les dio una rápida mirada, con una nueva expresión en sus ojos.

—¿Enviados por el propio León, eh? —dijo—. Y vienen de... mmm... de aquel otro Lugar... más allá del fin del mundo ¿eh?

—Sí, mi Lord —chilló Eustaquio dentro de la trompeta.

—Hijo de Adán e Hija de Eva ¿eh? —continuó el Enano. Pero los alumnos del Colegio Experimental jamás habían oído hablar de Adán y Eva, por lo que Jill y Eustaquio no pudieron responder. Pero al parecer el Enano no se dio cuenta.

—Bueno, queridos míos —dijo, tomando primero a uno y luego al otro de la mano e inclinando un poco su cabeza—, Son muy cordialmente bienvenidos. Si el buen Rey, mi pobre amo, no se hubiera embarcado recién rumbo a las Siete Islas, se habría alegrado mucho de vuestra venida. Le habrían traído por un momento recuerdos de su juventud, por un momento... Pero ya es hora de ir a comer. Mañana nos reuniremos en consejo pleno y me dirán a qué han venido. Maestro Plumaluz, preocúpate de que se les den a nuestros huéspedes los mejores dormitorios y ropa apropiada. Y, Plumaluz, déjame decirte al oído...

Y el Enano puso su boca muy junto a la cabeza del Búho y, sin duda, pretendió hablar en voz baja, pero, como la mayoría de los sordos, no era capaz de juzgar el volumen de su propia voz, y ambos niños escucharon que decía: “Preocúpate de que los laven bien”.

Entonces el Enano dio un latigazo a su burro y éste se puso en camino hacia el castillo en una mezcla de trote y contoneo de pato (era un animalito muy gordo), mientras el Fauno, el Búho y los niños lo seguían a paso más bien lento. Se había puesto el sol y el aire comenzaba a refrescar.

Cruzaron el prado y, en seguida, un huerto hasta llegar a la puerta norte de Cair Paravel. Estaba abierta de par en par. Adentro se encontraron en un patio cubierto de hierba. Ya se veían las luces encendidas en las ventanas del gran salón a su derecha y también las de otra complicadísima masa de edificios al frente. El Búho los introdujo en estos últimos, donde una persona muy encantadora se encargó de atender a Jill. No era mucho más alta que Jill y mucho más delgada, pero era obviamente una persona adulta,

graciosa como un sauce; su pelo parecía el de un sauce también y se diría que tenía musgo. Llevó a Jill hasta una sala redonda en uno de los torreones, donde había una pequeña bañera hundida en el piso y un fuego de leña de dulce olor quemándose en el hogar plano y una lámpara colgada con una cadena de plata del techo abovedado. La ventana miraba al oeste hacia la extraña tierra de Narnia; Jill contempló los rojos vestigios de la puesta de sol que aún relucían tras las lejanas montañas. Todo esto la hizo desear con ansias vivir más aventuras y tuvo la certeza de que era sólo el comienzo.

Después de darse un baño, cepillar su cabello, y ponerse la ropa que le habían preparado —era esa clase de ropa que no solamente es agradable al tacto, sino que además es linda, y huele bien, y suena bien cuando te mueves—, iba a seguir contemplando el paisaje apasionante que ofrecía esa ventana, pero la interrumpió un golpe en la puerta.

—Entre —dijo Jill.

Y entró Scrubb, también bañado y espléndidamente vestido con ropa narniana. Pero por la expresión de su cara no parecía estar disfrutándolo.

—Ah, aquí estás, por fin —dijo, malhumorado, dejándose caer en una silla—. Hace horas que trato de encontrarte.

—Bueno, ya me encontraste —repuso Jill—. Oye, Scrubb, ¿no crees que todo esto es superfascinante y sensacional?

Se había olvidado totalmente de las Señales y del príncipe perdido.

—¡Ah! Eso piensas tú, ¿ah? —dijo Scrubb; y agregó, después de una pausa—. ¡Ojalá no hubiéramos venido nunca!

—¿Pero por qué?

—No puedo soportarlo —dijo Scrubb—. Ver al Rey, a Caspian, convertido en un viejo viejísimo. Es... es espantoso.

—¿Y qué te importa a ti?

—Oh, tú no entiendes. Y si lo pienso bien, no puedes entender. No te he dicho que en este mundo el tiempo es distinto al nuestro.

—¿Qué quieres decir?

—El tiempo que tú pasas aquí no se cuenta en nuestro tiempo. ¿Entiendes? Quiero decir que por mucho tiempo que pasemos aquí, volveremos al Colegio Experimental en el mismo momento en que salimos.

—No va a ser muy divertido...

—¡Cállate la boca! No sigas interrumpiendo. Y cuando regresas a Inglaterra, a nuestro mundo, no puedes comprender cómo pasa el tiempo acá. Puede transcurrir cualquier cantidad de años en Narnia mientras allá pasa un año. Los Pevensie me lo explicaron todo, pero se me olvidó como un tonto. Y ahora parece que hace setenta años —años de Narnia— que estuve aquí. ¿Entiendes ahora? Y vuelvo y encuentro que Caspian es ya un viejito.

—¡Entonces el Rey *era* un antiguo amigo tuyo! —exclamó Jill. Se le vino a la mente una idea horrible.

—Debí darme cuenta de que era él —dijo Scrubb, con tristeza—. El mejor amigo que un tipo puede encontrar. Y la última vez tenía unos pocos años más que yo solamente. Y ver este anciano de barba blanca, y recordar a Caspian como era la mañana en que conquistamos las Islas Desiertas, o en la lucha con la serpiente de mar... oh, es tan terrible. Es peor que haberlo encontrado muerto.

—¡Cállate! —exclamó Jill, impaciente—. Es mucho peor de lo que tú crees. Fallamos en la primera Señal.

Claro que Scrubb no entendió nada. Entonces Jill le contó su conversación con Aslan y lo de las cuatro Señales y la tarea que les había encomendado a ellos dos: encontrar al príncipe perdido.

—Así es que ya ves —concluyó—, viste a un viejo amigo tuyo, tal como dijo Aslan, y debías haber ido a hablar con él en ese mismo momento. Pero no lo hiciste, y ahora todo parte mal desde el principio.

—Pero ¿cómo iba yo a saber eso? —dijo Scrubb.

—Si me hubieras escuchado cuando traté de decírtelo, todo andaría bien —repuso Jill.

—Sí, y si no te hubieras hecho la valiente al borde del acantilado y no me hubieras casi casi asesinado... sí, dije *asesinar,* y lo diré las veces que se me dé la gana, así es que no te sulfures... habríamos venido juntos y entonces los dos sabríamos lo que teníamos que hacer.

—¿Fue él la *primera* persona que viste? —preguntó Jill—. Debes haber estado aquí horas antes que yo. ¿Estás seguro de que no viste a nadie más primero?

—Llegué aquí apenas unos minutos antes que tú contestó Scrubb—. Debe haberte soplado más rápido que a mí. Para ganar tiempo; el tiempo que *tú* perdiste.

—¡No seas idiota, Scrubb! —exclamó Jill—. Pero ¿qué es eso?

Era la campana del castillo anunciando la comida, y de esta manera, felizmente, se cortó en seco lo que podía haberse transformado en una pelea de primera categoría. Los dos tenían bastante hambre a esas alturas.

Una cena en el gran salón del castillo es la cosa más espléndida que ambos hubieran visto jamás; pues aunque Eustaquio había visitado ese mundo antes, pasó toda su estadía en el mar y no conoció nada del esplendor y cortesía con que recibían los narnianos en sus casas, allá en su patria. Los pendones colgaban del techo, y cada plato era traído a la mesa al son de trompetas y timbales. Sirvieron sopas que te hacían agua la boca de sólo pensar en ellas; y los deliciosos pescados llamados pavenders; y venado, y pavo real, y empanadas, y helados y gelatinas y fruta y nueces, y toda clase de vinos y bebidas de fruta. Hasta Eustaquio se animó y admitió que "esto sí que es cenar". Y cuando terminó la seria tarea de comer y beber, se adelantó un poeta ciego y empezó a cantar el grandioso y antiguo poema sobre el Príncipe Cor y Aravis y el caballo Bri, llamado *El Caballo y su Niño,* que narra una aventura ocurrida en Narnia y en Calormen y en las tierras situadas entre ambos países, en la Epoca de Oro cuando Pedro era el gran Rey en Cair Paravel. (No tengo tiempo de contarlo ahora, aunque vale la pena oírlo).

Cuando se arrastraban a sus dormitorios, bostezando hasta descarretillarse, Jill dijo: "Apuesto a que vamos a dormir muy bien esta noche", porque habían tenido un día muy pesado. Lo que prueba lo poco que uno sabe de lo que puede acontecer en las próximas horas.



IV UN PARLAMENTO DE BUHOS

Es muy curioso que mientras más sueño tienes más te demoras en acostarte; especialmente si tienes la suerte de que haya una chimenea en tu dormitorio. Jill pensó que no podía ni siquiera empezar a desvestirse sin sentarse primero un ratito frente al fuego. Y una vez que se sentó, no quería volver a levantarse. Ya se había repetido como cinco veces "tengo que irme a la cama", cuando la asustó un golpecito en la ventana.

Se puso de pie, corrió las cortinas y al comienzo no vio nada más que oscuridad. De pronto dio un salto y retrocedió, porque algo muy grande se había estrellado contra la ventana. Se le vino a la cabeza una idea bastante desagradable: "Suponte que haya mariposas gigantes en este país. ¡Uf!" Pero entonces la cosa apareció nuevamente y esta vez Jill tuvo casi la seguridad de haber visto que era el pico de un ave lo que hacía ese ruido como de golpecitos. "Es algún pájaro enorme —pensó—. A lo mejor es un águila". No tenía muchas ganas de recibir visitas, aunque fuera un águila, pero abrió la ventana y miró hacia afuera. Al instante, con un ruidoso aleteo de alas, la criatura aterrizó en el alféizar de la ventana y allí se quedó parada, llenando la ventana entera, de modo que Jill tuvo que echarse atrás para dejarle espacio. Era el Búho.

—¡Silencio, silencio! Tufú, tufú —dijo el Búho—. No hagas ni un ruido. Dime, ¿hablaban ustedes en serio de eso que tienen que hacer?

—¿Quieres decir sobre el Príncipe perdido? —preguntó Jill—. Sí, claro que hablamos en serio.

Porque ahora ella se acordaba de la voz y del rostro del León, que había casi olvidado durante el festín y los cuentos en el salón.

—¡Bien! —exclamó el Búho—. Entonces no hay tiempo que perder. Tienen que salir de aquí en seguida. Yo iré a despertar al otro humano y luego volveré a buscarte. Será mejor que te cambies esos vestidos de gala y te pongas ropa adecuada para viajar. Regresaré en un santiamén. ¡Tufú!

Y se fue sin esperar respuesta.

Si Jill hubiera estado más acostumbrada a las aventuras, habría dudado de la palabra del Búho, pero ni se le ocurrió; y ante la emocionante idea de una escapada a medianoche, olvidó el sueño que sentía. Volvió a vestirse con su suéter y sus pantalones cortos —tenía un cuchillo de exploradora en el bolsillo de los pantalones que podría serle útil— y agregó algunas de las cosas que le había dejado en el dormitorio la joven del cabello de sauce. Eligió una capa corta que le llegaba a las rodillas y que tenía capuchón ("lo justo por si llueve", pensó), unos pañuelos y una peineta. Luego se sentó a esperar.

Ya le estaba dando sueño otra vez cuando volvió el Búho.

—Ahora estamos listos —dijo.

—Anda tú adelante guiando el camino —le pidió Jill—. Yo no conozco todavía todos esos pasadizos.

—¡Tufú! —dijo el Búho—. No iremos por dentro del castillo. No podemos. Tienes que montarte en mí. Vamos a ir volando.

—¡Oh! —exclamó Jill, y se quedó inmóvil y sorprendida y sin gustarle nada la idea—. ¿No seré muy pesada para ti?

—¡Tufú, tufú! No seas tonta, tú. Ya llevé al otro. Ven. Pero primero apaguemos la lámpara.

En cuanto apagaron la lámpara, el pedacito de noche que podías ver por la ventana se

hizo menos oscuro, no tan negro, sino gris. El Búho se paró en el alféizar de la ventana, con el lomo hacia la habitación y levantó sus alas. Jill tuvo que treparse encima de su cuerpo pequeño y gordo y poner las rodillas bajo sus alas, apretándolas bien firme. Sentía las plumas deliciosamente tibias y suaves, pero no hallaba de dónde sujetarse. "¿Le habrá gustado a Scrubb *su* paseo?", pensó. Y justo cuando pensaba eso, se alejaron de la ventana dando un tremendo salto, y las alas levantaron una ráfaga de viento alrededor de sus orejas, y el aire de la noche, fresco y húmedo, azotaba su cara.

La noche era mucho más clara de lo que esperaba, y aunque el cielo estaba encapotado, una aguada mancha de plata asomaba por el lugar donde la luna se escondía tras las nubes. Abajo se veían los campos grises y los árboles negros. Había un poco de viento, ese viento silencioso y turbulento que anuncia la lluvia que pronto caerá.

El Búho giró en redondo, de modo que el castillo estaba ahora delante de ellos. Se veía luz en unas pocas ventanas. Sobrevolaron el castillo, hacia el norte, y cruzaron el río; el aire se hacía más frío, y a Jill le pareció ver el blanco reflejo del Búho sobre el agua, debajo de ella. Pero pronto estuvieron en la ribera norte del río, volando sobre un terreno boscoso.

El Búho lanzó un mordisco a algo que Jill no alcanzó a ver.

—¡Por favor, no! —gritó Jill—. No te sacudas así, casi me tiras para abajo.

—Perdón —murmuró el Búho-. Sólo trataba de cazar un murciélago. No hay nada más alimenticio, modestamente hablando, que un buen murciélago bien gordito. ¿Quieres que te cace uno?

—No, gracias —dijo Jill, con un escalofrío.

Volaban un poco más bajo ahora y Jill vio que surgía frente a ellos una masa muy grande y oscura. Alcanzó a ver que era una torre, una torre casi en ruinas y cubierta de hiedra, le pareció, cuando tuvo que inclinarse para esquivar el marco de una ventana, mientras el Búho se abría paso con ella por entre hiedras y telarañas, dejando atrás la noche fresca y gris para entrar en un sitio oscuro en lo alto de la torre. Olía a encierro adentro y, en cuanto se bajó del lomo del Búho, supo (como uno siempre sabe, de alguna manera) que estaba lleno de gente. Y cuando en la oscuridad se oyeron voces por todos lados diciendo "¡Tufú, tufú!", supo que estaba lleno de búhos. Sintió un gran alivio cuando una voz muy diferente dijo:

—¿Eres tú, Pole?

—¿Eres tú, Scrubb? —respondió Jill.

—Bien —dijo Plumaluz—. Creo que ya estamos todos aquí. Vamos a celebrar un parlamento de búhos.

—Tufú, tufú, la verdad dices tú. Es lo que tienes que hacer tú —dijeron varias voces.

—Un momento —se escuchó la voz de Scrubb—. Yo quiero decir algo antes.

—Di tú, di tú, di tú —dijeron los búhos.

—Sigue —dijo Jill.

—Supongo que todos los tipos aquí... los búhos, quiero decir —dijo Scrubb—, saben que en su juventud el Rey Caspian Décimo navegó hacia el este hasta el fin del mundo. Bueno, yo iba con él en ese viaje; con él y con el Ratón Rípichip, y Lord Drinian y todos los demás. Yo sé que parece difícil de creer, pero en nuestro mundo la gente no envejece tan rápido como en éste. Y lo que quiero decir es que soy fiel al Rey, y que si este parlamento es una especie de conspiración contra él, yo no tengo nada que hacer aquí.

—Tufú, tufú, nosotros somos búhos fieles al Rey también —replicaron los búhos.

—¿De qué se trata esto, entonces? —preguntó Scrubb.

—Se trata de lo siguiente —explicó Plumaluz—. Si el Lord Regente, el Enano Trumpkin, oye decir que ustedes van a ir a buscar al Príncipe perdido, no los dejará partir. Los encerrará rápidamente bajo llave.

—¡Flauta! —exclamó Scrubb—. ¿Quieres decir que Trumpkin es un traidor? Oí hablar tanto de él en otros tiempos, en el mar. Caspian, es decir, el Rey, confiaba ciegamente en él.

—Oh, no —dijo una voz—. Trumpkin no es un traidor. Pero es que más de treinta campeones (caballeros, centauros, gigantes buenos, y muchos otros) salieron en más de una oportunidad a buscar al Príncipe perdido, y ninguno de ellos regresó. Y al final el Rey dijo que no iba a permitir que los más valientes narnianos desaparecieran en la búsqueda de su hijo. Y ahora no se permite que vaya nadie.

—Pero a *nosotros* seguramente nos dejaría ir —afirmó Scrubb—, cuando sepa quién soy y quién me ha enviado.

(“Enviado a ambos” —añadió Jill).

—Sí —asintió Plumaluz—, claro que sí, ya lo creo. Pero el Rey está lejos y Trumpkin se atendrá a las leyes. Es firme como el acero, pero está más sordo que una tapia y es muy mal genio. Nunca lo podrán convencer de que tal vez sea ésta la ocasión de hacer una excepción a las reglas.

—Seguramente creerás que él nos haría caso a *nosotros*, por ser búhos y porque todo el mundo sabe lo sabios que somos los búhos —dijo alguien—, Pero está tan viejo ya que sólo diría: “No eres más que un mero polluelo. Te conocí cuando eras un huevo. No vengas a tratar de darme lecciones a *mí*, señor. ¡Cangrejos y canastos!”.

Este búho imitaba muy bien la voz de Trumpkin y se oía por todos lados un eco de risitas de búho. Los niños se dieron cuenta de que los narnianos sentían por Trumpkin algo similar a lo que la gente siente en el colegio por algún profesor mal genio, al que todos temen un poco, del que todos se burlan, pero que a todos les gusta.

—¿Cuánto tiempo estará ausente el Rey? —preguntó Scrubb.

—¡Si lo supiéramos! —repuso Plumaluz—. Lo que pasa es que se ha rumoreado últimamente que Aslan en persona ha sido visto en las islas, en Terebintia creo que fue. Y el Rey había dicho que antes de morir haría otro intento de ver a Aslan cara a cara y pedirle su consejo acerca de quién será el próximo Rey después de él. Pero tememos que, si no encuentra a Aslan en Terebintia, seguirá hacia el este, a las Siete Islas, y a las Islas Desiertas, y más y más allá. Nunca habla de ello, pero sabemos que no ha olvidado jamás aquel viaje al fin del mundo. Estoy cierto de que en lo más profundo de su corazón desea ir allá otra vez.

—Entonces, ¿no vale la pena esperar a que regrese? —preguntó Jill.

—No, no vale la pena —replicó el Búho— ¡Ay, qué lío! ¡Si ustedes dos lo hubieran reconocido y le hubieran hablado de inmediato! El lo habría arreglado todo, probablemente les habría dado un ejército para que fuera con ustedes en busca del Príncipe.

Ante estas palabras, Jill guardó silencio, esperando que Scrubb fuera lo suficientemente caballeroso como para no contarles a los búhos por qué las cosas no habían sucedido así. Lo fue, o casi. Es decir, sólo murmuró en un susurro: “Bueno, no fue *mi* culpa”, antes de decir en voz alta:

—Muy bien. Tendremos que arreglarnos como podamos. Pero hay una sola cosa más que quiero saber. Si este parlamento de búhos, como ustedes lo llaman, es tan limpio y legítimo y sin malas intenciones, ¿por qué tiene que ser tan requetesecreto, reuniéndose en unas ruinas a altas horas de la noche, y todo eso?



—¡Tufú! ¡Tufú! —ulularon varios búhos—. ¿Y dónde podríamos reunirnos? ¿A qué hora se va a reunir uno si no es por la noche?

—Mira —explicó Plumaluz—, lo que pasa es que la mayoría de las criaturas de Narnia tienen hábitos sumamente anormales. Hace sus cosas de día, a pleno resplandor del sol (¡uf!) cuando todo el mundo debería estar durmiendo. Y, en consecuencia, de noche son tan ciegos y estúpidos que no les puedes sacar una palabra. Por lo tanto, nosotros los búhos hemos adoptado la costumbre de reunimos a horas razonables, nosotros solos, cuando queremos hablar de algo.

—Entiendo —dijo Scrubb—. Bueno, y ahora continuemos. Cuéntanos todo sobre el Príncipe perdido.

Entonces un búho viejo, no Plumaluz, relató la historia.

Parece que hace unos diez años, cuando Rilian, el hijo de Caspian, era un caballero muy joven, salió una mañana de mayo a cabalgar con la Reina, su madre, hacia las tierras del norte de Narnia. Los acompañaban numerosos escuderos y damas, todos con guirnaldas de hojas frescas en la cabeza y cornos colgando de sus hombros; pero no llevaban perros sabuesos, pues no cazaban sino que estaban festejando la primavera. A la hora de más calor llegaron a un agradable claro del bosque donde fluía desde la tierra un fresco manantial, y allí desmontaron y comieron y bebieron y se divirtieron mucho. Al cabo de un rato, la Reina sintió sueño y todos extendieron sus capas en el pasto para que ella reposara, y el Príncipe Rilian y el resto del grupo se alejaron un poco para no despertarla con sus conversaciones y risas. Y de pronto una enorme serpiente salió de la espesura del bosque y mordió a la Reina en una mano. Todos escucharon sus gritos y corrieron hacia ella, y Rilian fue el primero en llegar a su lado. Vio escabullirse al reptil y se lanzó tras él con su espada desenvainada. El reptil era grande, brillante y verde como el veneno, de modo que pudo verlo bien; pero se deslizó entre los tupidos matorrales y no logró darle alcance. Regresó entonces al lado de su madre, y encontró a todos los demás tratando de atenderla. Pero era en vano, pues, en cuanto vio su rostro, Rilian supo que ningún médico del mundo podría hacer algo por ella. Mientras le quedaba algo de vida, pareció que se esforzaba por decirle algo. Pero no pudo hablar con claridad y, cualquiera fuera su mensaje, murió sin poder comunicarlo. Habían transcurrido apenas diez minutos desde que escucharon sus primeros gritos.

Llevaron a la Reina muerta a Cair Paravel y Rilian y el Rey y toda Narnia la lloraron amargamente. Fue una gran dama, sensata y graciosa y alegre, la novia que el Rey Caspian trajo desde el confín este del mundo. Y la gente decía que por sus venas corría la sangre de las estrellas. Al Príncipe le produjo una honda impresión la muerte de su madre, y con toda razón. Después de lo ocurrido, andaba siempre cabalgando por las fronteras norte de Narnia, a la caza de aquel reptil venenoso, con el fin de matarlo para vengarse. Nadie se fijó mucho en este hecho, a pesar de que el Príncipe volvía de sus vagabundeos con aspecto cansado y muy turbado. Pero al rededor de un mes después de la muerte de la Reina, alguien notó un cambio en él. Sus ojos tenían la mirada de un hombre que ve visiones, y aunque pasara todo el día afuera, su caballo no mostraba señas de haber cabalgado mucho. Su mejor amigo, entre los cortesanos de más edad, era Lord Drinian, el que fue capitán de su padre en aquella travesía al este del mundo. Una tarde, Drinian dijo al Príncipe:

—Su Alteza debería abandonar cuanto antes la búsqueda del reptil. No se puede tomar venganza contra una bestia que carece de inteligencia como contra un hombre. Te

cansas en vano.

—Señor —respondió el Príncipe—, casi me he olvidado del reptil estos últimos siete días.

Drinian le preguntó por qué, entonces, cabalgaba tan a menudo por los bosques del norte.

—Mi querido Lord —replicó el Príncipe—, he visto allí la cosa más bella que pueda existir.

—Buen Príncipe —dijo Drinian—, por favor déjame ir contigo mañana, para que yo también pueda ver esa belleza.

—Con mucho gusto —contestó Rilian.

Así fue como al día siguiente muy temprano ensillaron sus caballos y cabalgaron a todo galope por los bosques del norte, y desmontaron en la misma fuente donde la Reina encontró la muerte. Drinian pensó que era bastante extraño que el príncipe escogiera precisamente ese lugar para descansar. Y ahí permanecieron hasta el mediodía; y justo al mediodía Drinian levantó la mirada y vio la dama más hermosa que había visto en su vida; se hallaba parada al lado norte de la fuente y no dijo una sola palabra, sino que hizo señas con su mano al Príncipe, como ordenándole ir hacia ella. Era alta y distinguida, esplendorosa, y estaba envuelta en una fina túnica verde como el veneno. Y el Príncipe fijaba en ella sus ojos, como un hombre que ha perdido la razón. Pero de súbito ella se fue, Drinian no supo a dónde; y ambos regresaron a Cair Paravel. A Drinian se le metió en la cabeza que esa radiante mujer verde era malvada.

Drinian dudó mucho si debía o no informar al Rey de esta aventura, pero no deseaba pasar por chismoso ni soplón, así es que se quedó callado. Pero más tarde se arrepintió de no haber hablado, pues al día siguiente el Príncipe Rilian salió solo a caballo. Esa noche no regresó, y desde aquel momento nunca más se encontró rastro alguno de él en Narnia ni en las tierras vecinas, y tampoco se encontró su caballo ni su sombrero ni su capa ni nada. Entonces Drinian, con el corazón lleno de amargura, fue donde Caspian y le dijo:

—Señor mi Rey, hazme morir en seguida como al peor de los traidores, pues por mi silencio he matado a tu hijo.

Y le contó lo ocurrido. Caspian cogió un hacha y se abalanzó sobre Drinian para matarlo y Drinian se quedó inmóvil como un tronco esperando el golpe de muerte. Mas al levantar el hacha, de súbito Caspian la arrojó lejos y gritó:

—He perdido a mi reina y a mi hijo; ¿perderé también a mi amigo?

Y echó los brazos al cuello de Drinian, se abrazaron y ambos lloraron, y no se rompió su amistad.

Esa era la historia de Rilian. Y cuando terminó, Jill dijo:

—Apuesto a que esa serpiente y esa mujer eran la misma persona.

—Cierto, cierto, pensamos igual que tú —ulularon los búhos.

—Pero no creemos que ella haya asesinado al Príncipe —dijo Plumaluz—, porque no había huesos…

—Nosotros sabemos que no lo mató —interrumpió Scrubb—. Aslan le dijo a Pole que todavía está vivo, en algún lugar.

—Eso es casi peor —opinó el búho más anciano— Quiere decir que ella pretende utilizarlo y que planea alguna astuta intriga contra Narnia. Hace mucho, mucho tiempo, al principio de todo, una Bruja Blanca vino desde el norte y encerró a nuestro país en nieve y hielo durante cien años. Y pensamos que posiblemente ésta es de la misma camarilla.

—Muy bien, entonces —dijo Scrubb—. Pole y yo tenemos que encontrar a este

Príncipe. ¿Pueden ayudarnos?

—¿Tienen algún indicio ustedes dos? —preguntó Plumaluz.

—Sí —respondió Scrubb—. Sabemos que debemos ir hacia el norte. Y sabemos que tenemos que llegar a las ruinas de una ciudad gigantesca.

A estas palabras hubo más “tufúes” que nunca, y ruido de pájaros que movían sus patas y agitaban sus alas, y en seguida todos los búhos empezaron a hablar a la vez. Todos explicaban cuánto lamentaban no poder acompañar personalmente a los niños en su búsqueda del Príncipe perdido.

—Ustedes querrían viajar de día y nosotros querríamos viajar de noche —dijeron—, no va a resultar, no va a resultar.

Un par de búhos añadieron que incluso aquí, en esta ruinosa torre, ya no estaba tan oscuro como al principio, y que el parlamento había durado demasiado. En realidad, la simple mención de un viaje a las ruinas de la ciudad de los gigantes parecía haber enfriado los ánimos de aquellas aves. Pero Plumaluz dijo:

—Si ellos quieren ir allí, al Páramo de Ettins, tendremos que llevarlos donde alguno de los renacuajos del pantano. Son los únicos que los podrán ayudar.

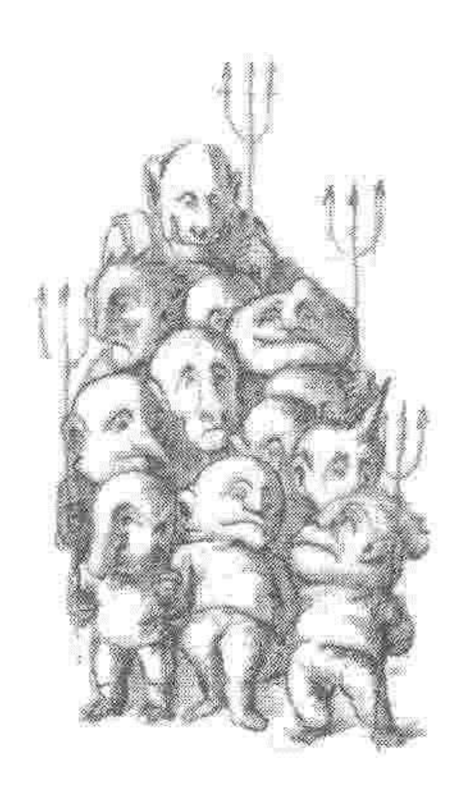
—Cierto, cierto. Llévalos tú —dijeron los búhos.

—Vamos, entonces —dijo Plumaluz—. Yo llevaré a uno. ¿Quién llevará al otro? Tiene que ser esta noche.

—Yo lo llevaré, sólo hasta donde están los renacuajos del pantano —dijo otro búho.

—¿Estás lista? —preguntó Plumaluz a Jill.

—Creo que Pole se quedó dormida —dijo Scrubb.



V BARROQUEJON

Jill dormía. Desde que comenzara el parlamento de los búhos había bostezado sin parar y ahora se había quedado dormida. No le gustó nada que la volvieran a despertar, y menos encontrarse tendida sobre tablas peladas en una especie de campanario polvoriento que estaba completamente oscuro, y casi completamente repleto de búhos. Menos todavía le gustó oír decir que debían partir para no sé dónde —y aparentemente no para la cama— sobre el lomo del Búho.

—Vamos, Pole, despabílate —escuchó la voz de Scrubb—. Después de todo, *es* una aventura.

—Estoy harta de aventuras —repuso Jill, de mal humor.

Sin embargo, accedió a encaramarse en el lomo de Plumaluz, y la despertó del todo (por un rato) la inesperada frialdad del aire cuando el ave salió volando con ella y se internó en la noche. La luna había desaparecido y no había estrellas. Detrás de ella, a lo lejos, podía divisar una sola ventana iluminada, en lo alto; sin duda, en una de las torres de Cair Paravel. La hizo añorar estar de regreso en ese delicioso dormitorio, cómodamente acostada, contemplando la luz del fuego en las murallas. Metió las manos bajo su capa y se la enrolló bien apretada. Fue muy extraño escuchar dos voces en medio de la oscuridad a poca distancia de ella: Scrubb y su Búho conversaban. "*El* no parece cansado", pensó Jill. No comprendía que él había vivido grandes aventuras en ese mundo antes y que el aire de Narnia le estaba devolviendo una fuerza que había adquirido cuando navegó a los mares del este con el Rey Caspian.

Jill tenía que pellizcarse para mantenerse despierta, pues sabía que si dormitaba en el lomo de Plumaluz era muy probable que pudiera caerse. Cuando finalmente los dos búhos terminaron su vuelo, se bajó entumecida de Plumaluz y se encontró sobre suelo liso. Soplaba un viento frío y parecía que estaban en un sitio sin árboles.

—¡Tufú, tufú! —llamaba Plumaluz—. Despierta, Barroquejón, despierta. Se trata de un asunto del León.



No hubo respuesta durante largo rato. De pronto, muy a lo lejos, apareció una luz

débil que se fue acercando. Junto con ella llegó una voz:

—¡Búhos a la vista! —dijo—. ¿Qué pasa? ¿Ha muerto el Rey? ¿Ha desembarcado algún enemigo en Narnia? ¿Ha habido una inundación? ¿O dragones?

Cuando la luz se aproximó a ellos, resultó ser la de un gran farol. Jill podía ver muy poco de la persona que lo sostenía. Parecía ser puras piernas y brazos. Los Búhos hablaban con él y le explicaban todo, pero ella estaba demasiado cansada para prestar atención. Trató de despertarse un poco cuando se dio cuenta de que los búhos se despedían de ella. Pero después no pudo recordar muy bien lo que pasó, excepto que tarde o temprano ella y Scrubb se inclinaron para entrar por una puerta baja y luego (¡gracias al cielo!) se acostaban sobre algo blando y tibio y una voz decía:

— Eso es. Lo mejor que podemos hacer. Se tenderán sobre algo frío y duro. Húmedo, además, no me extrañaría nada. No dormirán ni una pestañada, probablemente; aunque no haya una tormenta de truenos o una inundación, o no se nos caiga la choza encima, como he sabido que suele pasar. Tendremos que conformarnos... —Pero Jill estaba profundamente dormida antes de que la voz se apagara.

Cuando los niños despertaron —tarde— la mañana siguiente, se encontraron en un sitio oscuro, acostados en camas de paja, muy secos y abrigados. Una abertura triangular dejaba entrar la luz del día.

—¿Dónde diablos estamos? —preguntó Jill.

—En la choza de un Renacuajo del Pantano —replicó Eustaquio.

—¿Un qué?

—Un Renacuajo del Pantano. No me preguntes qué es eso. Anoche no lo pude ver. Ahora me voy a levantar, vamos a verlo.

—Qué asquerosa se siente una después de dormir con la misma ropa —murmuró Jill, incorporándose.

—Y yo que estaba pensando en lo rico que era no tener que vestirse —dijo Eustaquio.

—Ni lavarse tampoco, supongo —agregó Jill, desdeñosamente.

Pero Scrubb ya se había levantado, con un gran bostezo, se había sacudido, y gateaba hacia afuera de la choza**.** Jill hizo lo mismo.

El panorama que hallaron al salir era muy distinto al pedacito de Narnia que alcanzaron a ver el día anterior.

Estaban en una extensa llanura lisa, recortada en innumerables islotes por innumerables canales de agua. Las islas estaban cubiertas de áspero pasto y rodeadas de cañas y juncos, A veces se veían macizos de juncos de una media hectárea de longitud. Nubes de pájaros se posaban en ellos y volvían a levantar el vuelo: patos, agachadizas, avetoros, garzas. Diseminadas acá y allá podían verse muchas chozas semejantes a aquella donde pasaron la noche, pero todas a buena distancia unas de otras; porque los renacuajos del pantano son gente que ama la privacidad. Fuera de los del linde del bosque a varios kilómetros al suroeste, no había un solo árbol a la vista. Al este, el liso pantano se extendía hacia los bancos de arena en el horizonte y, por el sabor salado del viento que soplaba de allí, podías deducir que en esa dirección estaba el mar. Al norte había unas lomas bajas de color pálido, como un bastión de roca. El resto era un monótono pantano. Debe ser un paraje deprimente en una tarde de lluvia. Pero en una mañana soleada, con una fresca brisa, y el aire lleno de gritos de pájaros, tenía algo agradable, puro y limpio en su soledad. Los niños sintieron que se les levantaba el ánimo.

—¿Dónde se metió la cosa esa, digo yo?—refunfuñó Jill.

—El Renacuajo del Pantano —aclaró Scrubb, como si estuviera un poco orgulloso de

saber la palabra—. Espera... mira, ése debe ser él.

Y entonces ambos lo vieron: sentado dándoles la espalda, estaba pescando a unos cuarenta metros de ellos. Al principio les había costado verlo, porque era casi del mismo color que el pantano y también porque estaba sentado sin moverse.

—Creo que será mejor ir a hablar con él —propuso Jill.

Scrubb asintió; los dos se sentían un poquito nerviosos.

Cuando se le acercaron, la figura volvió la cabeza y les mostró una larga cara delgada, de mejillas hundidas, sin barba, con la boca herméticamente cerrada, y una nariz aguileña. Llevaba puesto un sombrero alto puntiagudo como una aguja con el ala chata y enormemente ancha. El pelo, si es que puede llamarse pelo, le colgaba encima de sus grandes orejas y era de color gris verdoso y cada mechón era más bien plano que redondo, lo que lo hacía asemejarse a minúsculos tallos. Su cara tenía una expresión solemne, su cutis era terroso, y podías darte cuenta de inmediato de que se tomaba la vida muy en serio.

—Buenos días, huéspedes —dijo—. A pesar de que cuando digo *buenos* no quiero significar que no sea probable que se ponga a llover, o pueda nevar, o tronar, o que haya niebla. No me sorprendería si no han podido dormir nada.

—Claro que pudimos dormir, de veras —dijo Jill—. Pasamos muy buena noche.

—Ah —murmuró el Renacuajo, moviendo la cabeza—. Veo que saben buscarles el lado bueno a las dificultades. Eso es. Son muy bien educados, sí, señor. Han aprendido a poner buena cara a todo.

—¿Nos podrías decir tu nombre, por favor? —pidió Scrubb.

—Me llamo Barroquejón. Pero no importa que se les olvide, se los puedo volver a repetir.

Los niños se sentaron junto a él, uno a cada lado. Ahora podían ver que sus piernas y brazos eran larguísimos, de modo que aunque su cuerpo no era más grande que el de un enano, de pie se vería más alto que la mayoría de los hombres. Los dedos de sus manos estaban unidos por membranas como las de las ranas, al igual que sus pies descalzos que se balanceaban en el agua fangosa. Vestía ropas color tierra que le colgaban holgadamente.

—Estoy tratando de coger unas pocas anguilas para hacer un estofado de anguilas para la cena —dijo Barroquejón—. Aunque no me sorprendería si no agarro ninguna. Y si lo logro, a ustedes no les van a gustar mucho.

—¿Por qué no? —le preguntó Scrubb.

—Bueno, porque sería insensato que a ustedes les gustara nuestro tipo de comida, a pesar de que no dudo de que le harán frente con valentía. De todas formas, mientras yo pesco, no sería nada malo que ustedes dos trataran de prender el fuego. La leña está detrás de la choza. Es muy posible que esté mojada. Podrían encender el fuego dentro de la choza y entonces se nos llenarán los ojos de humo. O podrían prenderlo afuera, y entonces puede empezar a llover y se apagaría. Aquí tienen mi yesquero. Me figuro que no lo saben usar, ¿no es cierto?

Pero Scrubb había aprendido ese tipo de cosas durante su última aventura. Los niños corrieron juntos de regreso a la choza, encontraron la leña (que estaba perfectamente seca) y lograron encender un fuego sin mayores dificultades. Después Scrubb se sentó a cuidar el fuego en tanto Jill iba a hacerse una especie de aseo —no muy elegante— en el canal más cercano. En seguida ella cuidó el fuego y él se fue a lavar. Ambos se sintieron muchísimo más refrescados, pero con un hambre atroz.

Al poco rato se les reunió el Renacuajo. A pesar de sus expectativas de no pescar ninguna anguila, traía una docena o más, que ya había despellejado y limpiado. Puso una

olla grande al fuego, echó más leña y encendió su pipa. Los renacuajos del pantano fuman un tipo de tabaco muy raro y muy pesado (algunos dicen que lo mezclan con barro) y los niños advirtieron que el humo de la pipa de Barroquejón casi no subía por los aires. Goteaba de la cazoleta de la pipa hasta el suelo y se arrastraba como una niebla. Era muy negro e hizo toser a Scrubb.

—A ver —dijo Barroquejón—. Esas anguilas se demorarán una eternidad en cocerse, y uno de ustedes podría desmayarse de hambre antes de que estén listas. Conocí a una niñita..., pero es mejor que no les cuente esa historia. Les podría bajar el ánimo, y eso es algo que yo no hago jamás. Entonces, para que no piensen en el hambre, podríamos hablar de nuestros planes.

—Sí, eso es —asintió Jill—. ¿Puedes ayudarnos a encontrar al Príncipe Rilian?

El Renacuajo chupó sus mejillas hasta dejarlas más hundidas de lo que hubieras podido imaginar.

—Bueno, no sé si ustedes lo llamarían *ayuda* —dijo—. No sé si alguien puede *ayudar* exactamente. Es evidente que no tenemos muchas posibilidades de llegar muy lejos en un viaje al norte en esta época del año, con el invierno que se nos viene encima a toda prisa. Y un invierno adelantado, por lo que parece. Pero no permitan que eso los descorazone. Es muy probable que, con los enemigos y las montañas y los ríos que habrá que cruzar, y con las veces que perderemos la ruta, y casi sin tener qué comer, y con los pies adoloridos, apenas nos daremos cuenta del clima. Y si no llegamos lo bastante lejos como para que logremos el éxito, puede que vayamos lo bastante lejos como para no volver tan rápido.

Ambos niños advirtieron que dijo "nosotros" en vez de "ustedes", y exclamaron al mismo tiempo:

—¿Vas a venir con nosotros?

—Ah, sí, claro que iré. Da lo mismo, ¿entiendes? No creo que volvamos a ver nunca más al Rey de regreso en Narnia, ahora que ha zarpado hacia el extranjero; y tenía una tos espantosa cuando se fue. Y luego, tenemos a Trumpkin. Se está debilitando muy rápido. Y van a ver que habrá una mala cosecha después de este verano terriblemente seco. Y no me extrañaría que algún enemigo nos atacara. Acuérdense de mis palabras.

—¿Y por dónde empezaremos? —preguntó Scrubb.

—Bueno —respondió el Renacuajo del Pantano muy lentamente—, todos los demás que fueron en busca del Príncipe Rilian partieron de la misma fuente donde Lord Drinian vio a la dama. La mayoría fue hacia el norte. Y como nunca regresó ninguno de ellos, no podemos saber exactamente cómo les fue.

—Nosotros tenemos que empezar por encontrar las ruinas de una ciudad de gigantes —dijo Jill—. Así nos dijo Aslan.

—Tenemos que empezar por *encontrarlas,* ¿no? —preguntó Barroquejón—. ¿No podríamos partir por *buscarlas,* verdad?

—Eso es lo que quise decir, por supuesto —repuso Jill—. Y después cuando las hayamos encontrado...

—¡Sí, cuándo! —exclamó Barroquejón, en tono burlón.

—¿Nadie sabe dónde están? —preguntó Scrubb.

—Yo no sé que lo sepa Nadie —respondió Barroquejón—. Y no digo que yo no haya oído de esa ciudad en ruinas. No partirían de la fuente, entonces; tendrían que ir a través del Páramo de Ettins. Allí es donde está la ciudad en ruinas, si es que está en alguna parte. Pero yo he ido en esa dirección igual que mucha gente y nunca llegué a ninguna ruina, así es que

no los engañaré.

—¿Dónde está el Páramo de Ettins? —preguntó Scrubb.

—Mira hacia allá, al norte —contestó Barroquejón, señalando con su pipa—. ¿Ves esos cerros y esos pequeños acantilados? Ese es el comienzo del Páramo de Ettins. Pero hay un río entre el páramo y nosotros; el río Shribble. Sin puentes, por supuesto.

—Supongo que lo podremos vadear, a pesar de todo —dijo Scrubb.

—Bueno, ya lo *han vadeado* antes —admitió el Renacuajo del Pantano.

—Tal vez encontremos gente en el Páramo de Ettins que nos pueda indicar el camino —dijo Jill.

—Sí, tienes razón; vamos a encontrar gente —dijo Barroquejón.

—¿Qué clase de personas viven allí? —preguntó ella.

—No me corresponde a mí decir que no sean buenos a su manera —contestó Barroquejón—. Si a ustedes les gusta su estilo.

—Sí, pero ¿qué son? —insistió Jill—. Hay tantas criaturas raras en este país. Es decir, ¿son animales, o aves, o enanos, o qué?

El Renacuajo del Pantano dejó escapar un largo silbido.

—¡Fiu! ¿No lo saben? —exclamó—. Creí que los búhos ya se lo habían dicho. Son gigantes.

Jill se estremeció de miedo. Nunca le gustaron los gigantes, ni siquiera en los libros, y una vez tuvo una pesadilla con uno. Al mirar la cara de Scrubb, que se había puesto verde, pensó para sí; “Apuesto a que éste está más muerto de susto que yo”. Y esta idea la hizo sentirse más valiente.

—Hace mucho tiempo —dijo Scrubb—, en los días en que navegaba con el Rey en el mar, Caspian me dijo que él les había dado una feroz paliza a esos gigantes en una guerra y los había obligado a rendirle homenaje.

—Es muy cierto —asintió Barroquejón—. Claro que están en paz con nosotros. Mientras nos quedemos a nuestro lado del Shribble no nos harán el menor daño. Pero cruzando el río, de su lado, en el páramo... Sin embargo, siempre hay una posibilidad. Si no nos acercamos a ninguno de ellos, y si ninguno de ellos olvida sus buenos modales, y si no nos ven, es muy probable que podamos llegar bastante lejos.

—¡Córtala! —gritó Scrubb, perdiendo de repente los estribos, como le sucede corrientemente a la gente cuando la asustan—. No creo que todo esto sea ni la mitad de malo de lo que tú lo pintas; así como tampoco las camas de la choza eran duras ni la leña estaba mojada. Creo que Aslan jamás nos habría enviado aquí si hubiera tan pocas posibilidades como tú dices.

Casi contaba con una airada respuesta del Renacuajo, pero éste se limitó a decir:

—¡Así me gusta, Scrubb! Así se habla. Ponle buena cara. Pero todos tendremos que contenernos y no perder la paciencia, teniendo en cuenta los momentos difíciles que deberemos enfrentar los tres juntos. Mira, no nos sirve de nada que riñamos. Por lo menos, que no empecemos tan luego. Sé que estas expediciones por lo general terminan así, acuchillándose unos a otros antes del final del viaje, no me extrañaría nada. Pero cuanto más podamos evitarlo...

—Entonces, si piensas que es tan imposible —interrumpió Scrubb—, creo que será mejor que te quedes en tu casa. Pole y yo podemos seguir solos, ¿no es cierto, Pole?

—Cállate Scrubb, y no seas imbécil —exclamó Jill, con impaciencia, aterrada ante la idea de que el Renacuajo pudiera tomarle la palabra.

—No te desanimes, Pole —dijo Barroquejón—. Iré con ustedes, por supuesto que sí.

No pienso perderme una ocasión como ésta; me va a hacer muy bien. Todos dicen (quiero decir, todos los otros renacuajos dicen) que soy demasiado frívolo; que no tomo la vida suficientemente en serio. Lo han dicho una y mil veces. "Barroquejón", dicen "estás demasiado repleto de optimismo y entusiasmo y alegría; tienes que aprender que la vida no es sólo estofado de ranas y pastel de anguilas. Necesitas algo que te calme un poco. Te lo decimos por tu propio bien, Barroquejón". Eso es lo que dicen ellos. Entonces, un asunto como éste, un viaje al norte en pleno comienzo del invierno, en busca de un Príncipe que probablemente no está allí, pasando por una ciudad en ruinas que nadie ha visto jamás, debe ser justo lo que me hace falta. Si algo así no hace sentar cabeza a un tipo, no sé qué lo hará.

Y se sobaba sus enormes manos de rana, como si hablara de ir a una fiesta o a un circo.

—Y ahora —agregó—, veamos cómo van esas anguilas.

Cuando estuvo lista la comida, resultó ser tan deliciosa que los niños se comieron dos platos grandes cada uno. Al principio el Renacuajo no podía creer que les gustaba de verdad y cuando tuvo que convencerse al verlos comer tanto, buscó una disculpa diciendo que era muy posible que les hiciera terriblemente mal.

—Lo que es alimento para los renacuajos podría ser veneno para los humanos, no me extrañaría nada —dijo.

Después de la comida tomaron té, en tarros (como habrás visto que lo toman los trabajadores en los caminos) y Barroquejón se tomó sus buenos sorbos de una botella negra cuadrada. Les ofreció un poco a los niños, pero a ellos les pareció muy repugnante.

El resto del día transcurrió en los preparativos para salir muy temprano al día siguiente. Barroquejón, como era lejos el más grande, dijo que él llevaría tres mantas y, envuelto adentro, un gran trozo de tocino. Jill tenía que llevar los restos de las anguilas, un pedazo de bizcocho y el yesquero. Scrubb debía llevar su propia capa y la de Jill cuando no quisieran usarlas. Scrubb (que había aprendido un poco a disparar cuando navegó hacia el este a las órdenes de Caspian) tenía el segundo arco de Barroquejón, y Barroquejón llevaba su mejor arco; a pesar de que decía que con vientos, arcos con las cuerdas húmedas y mala luz, y dedos congelados, había una posibilidad contra cien de que alguno de ellos pudiera apuntarle a cualquier cosa. Tanto él como Scrubb llevaban sus espadas —Scrubb había traído la que le habían dejado en su dormitorio en Cair Paravel—, pero Jill tuvo que contentarse con su cuchillo. Casi se armó una reyerta por este motivo, pero en cuanto principiaron a hacer unas fintas, el renacuajo se frotó las manos, diciendo:

—Ah, ahí los tienes, tal como me lo imaginaba. Es lo que pasa comúnmente en estas aventuras.

Esto hizo que ambos se quedaran tranquilos.

Los tres se fueron temprano a acostar, en la choza. Esta vez sí que los niños pasaron mala noche. Porque Barroquejón, después de decir: "Más vale que traten de dormir algo, ustedes dos; y no es que yo crea que alguno de nosotros vaya a pegar un ojo esta noche", se quedó dormido al instante y se puso a roncar, con unos ronquidos tan fuertes y continuados que, cuando Jill al fin pudo dormirse, soñó toda la noche con taladros y cataratas, y que iba en un tren expreso atravesando miles de túneles.



VI LOS AGRESTES YERMOS DEL NORTE

A la mañana siguiente, a eso de las nueve, se podían divisar tres siluetas solitarias que se abrían camino cruzando el Shribble por bancos de arena y pasaderas. Era un río fragoso y de escasa profundidad, tanto que Jill no alcanzó a mojarse más arriba de las rodillas cuando atravesaron a la orilla norte. Unos cincuenta metros más adelante, el terreno subía hasta el principio del páramo, cortado a pique por todas partes y a menudo en medio de acantilados.

—¡Supongo que *eso* es nuestra senda! —dijo Scrubb, señalando a la izquierda y al oeste hacia el lugar donde un riachuelo bajaba del páramo por una garganta no muy profunda. Pero el Renacuajo del Pantano sacudió la cabeza.

—Los gigantes viven allí, en su mayoría, por el costado de esa garganta —dijo—. Podríamos decir que ese barranco es como una calle para ellos. Será mejor que vayamos derecho adelante, aunque sea un poquito empinado.

Encontraron un sitio por donde pudieron trepar y en unos diez minutos llegaban jadeantes a la cumbre. Contemplaron con añoranza el valle de Narnia que dejaban atrás, y luego volvieron su mirada al norte. Por lo que alcanzaban a ver, el vasto páramo solitario se extendía siempre en pendiente. A la izquierda el terreno era más rocoso. Jill pensó que debía ser el filo del barranco de los gigantes y no tuvo demasiado interés en mirar en esa dirección. Se pusieron en marcha.

El suelo era bueno y liviano para caminar, y un pálido sol alumbraba el día invernal. A medida que se adentraban en el páramo, se acrecentaba la soledad; se podía escuchar el canto de las avefrías y, a veces, ver pasar un halcón. Cuando a media mañana hicieron un alto para descansar y beber en una pequeña hondonada al lado del arroyo, Jill ya empezaba a creer que iba a disfrutar de la aventura, después de todo; y se lo dijo a los demás.

—Todavía no hemos tenido ninguna —replicó el Renacuajo del Pantano.

Después de la primera detención —igual que las mañanas en el colegio luego del recreo, o los viajes por ferrocarril después de un cambio de trenes— las caminatas nunca continúan como eran antes. Al partir otra vez, Jill advirtió que el borde rocoso de la garganta se notaba más cercano. Y las rocas eran menos chatas y más rectas que antes. En realidad, parecían torrecillas de roca. ¡Y qué formas tan divertidas tenían!

—Estoy convencida —pensó Jill— de que todos los cuentos sobre los gigantes deben venir de esas rocas divertidas. Si vienes por aquí cuando esté medio oscuro, podrás pensar fácilmente que esos montones de rocas son gigantes. ¡Mira ése, por ejemplo! Hasta podrías imaginarte que el terrón de arriba es una cabeza. Sería un poco grande para el cuerpo, pero le vendría bastante bien a un gigante feo. Y ese tupido matorral —supongo que en realidad es sólo brezo y nidos de pájaros— podría pasar perfectamente por pelo y barbas. Y esas cosas que sobresalen a cada lado parecen verdaderas orejas. Son demasiado grandes, pero quizás los gigantes tienen orejas enormes, como los elefantes. Y... ¡ay, ay, ay...!

Se le heló la sangre. La cosa se había movido. Era verdaderamente un gigante. No podías equivocarte; Jill lo había visto dar vuelta la cabeza. Alcanzó a vislumbrar su inmensa cara estúpida, de mejillas mofletudas. Todas las cosas eran gigantes, no rocas. Habría unos cuarenta o cincuenta, todos en una fila; era evidente que estaban parados con sus pies pisando el fondo del barranco y sus codos afirmados en el borde, tal como cualquier flojo se apoyaría en una tapia alguna linda mañana después del desayuno.

—Sigan derecho —susurró Barroquejón, que también los había visto—. Y pase lo

que pase, *no corran.* Vendrían detrás de nosotros en un segundo.

Siguieron, por tanto, su camino fingiendo no haber visto a los gigantes. Fue como atravesar la puerta de entrada de una casa donde hay un perro feroz, sólo que esto era mil veces peor. Había docenas y docenas de gigantes; no parecían enojados, ni tampoco cordiales, ni demostraban el más mínimo interés en nada. No había señas de que hubieran advertido la presencia de los viajeros.

De pronto, juiz, juiz, juiz, un objeto pesado pasó como un rayo por el aire y, con gran estrépito, una enorme piedra suelta cayó a unos veinte pasos delante de ellos. Y en seguida ¡zaf!, otra cayó veinte pasos atrás.

—¿Estarán apuntándonos a nosotros? —preguntó Scrubb.

—No —respondió Barroquejón—. Si así fuera, estaríamos mucho más a salvo. Están tratando de pegarle a *eso*... a ese montón de piedras allá a la derecha. No le pegarán, van a ver. *Eso* está sumamente fuera de peligro: son pésimos tiradores. Siempre juegan al tiro al blanco cuando las mañanas están despejadas. Casi el único juego que su inteligencia logra entender.

Fueron momentos horribles. La fila de gigantes parecía interminable y no cesaban nunca de arrojar piedras, algunas de las cuales caían extremadamente cerca. Y dejando de lado el peligro real, el sólo ver sus caras y oír sus voces bastaba para asustar a cualquiera. Jill trataba de no mirarlos.

Al cabo de unos veinticinco minutos, aparentemente los gigantes tuvieron una disputa entre ellos. Esto puso fin al tiro al blanco, pero tampoco es muy agradable estar a corta distancia de gigantes peleando. Rabiaban y se insultaban unos a otros, usando largas palabras sin sentido, cada una de casi veinte sílabas. Echaban espumarajos por la boca y farfullaban y saltaban de furia, y cada salto remecía la tierra como si estallara una bomba. Se pegaban unos a otros en la cabeza con grandes y toscos martillos de piedra; pero sus cráneos eran tan duros que los martillos les rebotaban, y entonces el monstruo que había asestado el golpe dejaba caer su martillo y se ponía a aullar de dolor, porque le había herido los dedos. Pero era tan estúpido que hacía exactamente lo mismo al minuto siguiente. Y esto fue bueno a la larga, pues al cabo de una hora todos los gigantes estaban tan adoloridos que se sentaron y empezaron a llorar. Al sentarse, sus cabezas quedaron por debajo del filo de la garganta, de modo que ya no los veías; pero aun después de haberse alejado como a una legua de distancia, Jill podía escucharlos aullando y lloriqueando y gimiendo como gigantescos niños recién nacidos.



Aquella noche acamparon en el desolado páramo, y Barroquejón enseñó a los niños cómo sacar el mejor partido posible a sus mantas durmiendo espalda con espalda. (Las espaldas mantienen a cada uno bien abrigado y entonces puedes ponerte las dos mantas encima). Pero así y todo hacía mucho frío, y el suelo era duro y estaba lleno de terrones. El Renacuajo del Pantano les dijo que se sentirían mucho más cómodos con sólo imaginar el intenso frío que haría más adelante, hacia el norte; pero esta idea no los reanimó en lo más mínimo.

Viajaron muchos días por el Páramo de Ettins, racionando el tocino y viviendo principalmente de las aves del lugar que cazaban Eustaquio y el Renacuajo (y que no eran, ciertamente, aves que *hablan).* Jill sentía cierta envidia de Eustaquio, porque sabía cazar; él había aprendido durante su viaje con el Rey Caspian. Había incontables arroyos en el páramo, de manera que jamás les faltó el agua. Jill pensaba que, en las novelas, cuando la gente vive de lo que caza, nunca te hablan de lo demoroso, hediondo y sucio que es desplumar y limpiar aves muertas y lo helado que te quedan los dedos. Pero lo más importante fue que casi no se encontraron con gigantes. Uno de ellos los vio, pero lo único que hizo fue reírse a carcajadas y partir luego, muy desconcertado, a hacer sus cosas.

Más o menos al décimo día llegaron a un sitio donde el paisaje cambiaba bruscamente. Se hallaban en el extremo norte del páramo y hacia abajo se veía una larga y empinada cuesta que conducía a una región diferente y más lúgubre. Al fondo de la ladera se veían los acantilados; más lejos, una comarca de altas montañas, oscuros precipicios, valles pedregosos, barrancos tan profundos y estrechos que no dejaban ver en su interior, y ríos que fluían de gargantas donde resonaban distintos ecos para hundirse luego lentamente en las negras profundidades. De más está decir que fue Barroquejón el que señaló una salpicadura de nieve en las laderas más apartadas.

—Pero habrá más al norte de esas cuestas, no me extrañaría nada —agregó.

Tardaron algún tiempo en llegar al pie de la ladera y, una vez allí, desde la cumbre de los acantilados contemplaron el río que corría abajo de oeste a este, cercado por un muro de precipicios a ambos lados; era verde y sin sol, lleno de rápidos y cataratas. Su rugir hacía temblar la tierra, aún hasta el lugar donde ellos estaban.

—Lo único bueno de todo esto —dijo Barroquejón—, es que si nos rompemos la crisma bajando el precipicio, nos libraremos de ahogarnos en el río.

—¿Qué te parece *eso*? —dijo Scrubb de repente, señalando río arriba a la izquierda.

Entonces todos miraron y vieron lo último que hubiesen esperado: un puente. ¡Y qué puente, además! Inmenso, de un solo arco que cruzaba el barranco de una cumbre del acantilado a la otra; y el centro de aquel arco sobrepasaba a tal altura las cumbres de los acantilados como la distancia que hay de la cúpula de San Pablo[2] a la calle.

—¡Pero, si debe ser un puente de gigantes! —exclamó Jill.

—O el de algún brujo, es más probable —dijo Barroquejón—. Debemos estar a la espera de cualquiera hechicería en un lugar como éste. Yo creo que es una trampa; creo que se convertirá en niebla y se esfumará justo cuando estemos en la mitad del puente.

—¡Eres un aguafiestas insoportable! —explotó Scrubb—. ¿Por qué diablos no puede ser un puente de verdad?

—¿Crees que alguno de esos gigantes que hemos visto sería capaz de construir algo así? —dijo Barroquejón.

—Pero ¿no lo podrían haber construido otros gigantes? —preguntó Jill—. Quiero

---

[2]* *San Pablo:* Se refiere a la Catedral de San Pablo, en Londres.

decir, gigantes que hayan vivido cientos de años atrás, y que hubieran sido lejos más inteligentes que los de ahora. Ese puente podría haber sido construido por los mismos que edificaron la ciudad gigante que andamos buscando. Y eso significaría que vamos por buen camino, ¡el antiguo puente que conduce a la antigua ciudad!

—Esa es una idea realmente genial, Pole —dijo Scrubb—. Tiene que ser así. Vamos.

De modo que se volvieron y se encaminaron hacia el puente. Y al llegar a él pudieron comprobar que parecía ser perfectamente sólido. Los bloques de piedras eran tan grandes como los que hay en Stonehenge[3] y deben haber sido tallados por buenos canteros hace mucho tiempo, a pesar de que ahora estaban resquebrajados y desmoronados. La balaustrada había estado aparentemente cubierta de magníficas esculturas y aún quedaban algunos vestigios: enmohecidas caras y figuras de gigantes, de minotauros, calamares, ciempiés, y de dioses terribles. Barroquejón seguía sin confiar en el puente, pero consintió en cruzarlo con los niños.

Largo y pesado fue el ascenso hasta el centro del arco. En muchos sitios las enormes piedras se habían desprendido abriendo horribles boquetes por donde podías mirar hacia abajo, al río espumoso que corría a miles de metros allá al fondo. Vieron pasar un águila volando a sus pies. Y mientras más alto subían, más helado se sentía el aire, y el viento soplaba de tal manera que apenas se podían mantener de pie. Parecía que el puente retemblaba.

Cuando alcanzaron la cumbre y pudieron mirar hacia abajo, hacia la otra pendiente del puente, descubrieron lo que parecían ser los restos de un antiguo camino gigantesco que se extendía ante ellos en medio de las montañas. Faltaban numerosas piedras en sus aceras y, entre las que quedaban, crecían vastos tramos de pasto. Y cabalgando hacia ellos por aquella antigua senda, venían dos personas del tamaño normal de un ser humano adulto.

—Sigan. Vamos a su encuentro —dijo Barroquejón—. Es más que probable que cualquiera persona que encontremos en un lugar como éste sea un enemigo, pero no dejemos que crea que le tenemos miedo.

Cuando recién bajaban del término del puente al pasto, los dos desconocidos ya estaban muy cerca. Uno era un caballero con toda su armadura puesta y la visera bajada. Tanto su armadura como su caballo eran negros; su escudo no tenía ningún emblema, ni llevaba pendones su lanza. La otra persona era una dama que montaba un caballo blanco, un caballo tan hermoso que te daban ganas de besar su nariz y darle un terrón de azúcar. Pero la dama, que montaba a la inglesa y vestía una larga y ondulante túnica de un verde deslumbrante, era más hermosa aún.

—Buenos dí-í-ías, viajeros —gritó con una voz tan dulce como el canto más dulce de las aves, prolongando sus íes en forma deliciosa—. Ustedes deben ser jóvenes peregrinos para andar caminando por este áspero yermo.

—Puede ser, señora —respondió Barroquejón, muy fríamente, manteniéndose alerta.

—Estamos buscando las ruinas de la ciudad de los gigantes —dijo Jill.

—¿La ciudad en rui-i-inas? —repitió la Dama—. Buscan un lugar bastante extraño. ¿Y qué harán si lo encuentran?

—Tenemos que... —comenzó a decir Jill, pero Barroquejón la interrumpió.

—Perdóneme, señora. Pero no la conocemos a usted ni a su amigo, un tipo callado, ¿no es así?, y usted no nos conoce a nosotros. Y preferimos no discutir nuestros asuntos

---

[3]* *Stonehenge:* Estructura megalítica de la prehistoria, que se encuentra en Inglaterra. Data probablemente del siglo 1500 a.C.

con desconocidos, si no le importa. Parece que pronto tendremos un poco de lluvia, ¿no cree?

La Dama se rió: la risa más armoniosa y musical que te puedas imaginar.

—Caramba, niños —dijo—, llevan un viejo guía bastante sabio y solemne. No pienso mal de él porque quiera guardar sus secretos, pero yo seré generosa con los míos. He escuchado a menudo nombrar la gigantesca ciudad en ruinas, pero nunca he encontrado quién me indique cómo se va hasta allá. Este camino lleva a la villa y castillo de Harfang, donde habitan los Gigantes Amables. Son tan pacíficos, educados, prudentes y corteses como aquellos del Páramo de Ettins son tontos, crueles, salvajes y capaces de todas las bestialidades. Y en Harfang puede que les den o no les den noticias sobre la ciudad en ruinas, pero sin duda hallarán allí buen alojamiento y alegres anfitriones. Yo les aconsejaría que pasen con ellos el invierno o, por lo menos, que se queden algunos días para descansar y recuperar fuerzas. Tendrán baños de vapor, lechos blandos y mucha alegría; y en la mesa, asados y guisos y dulces y licores fuertes cuatro veces al día.

—¡Qué salvaje! —exclamó Scrubb—. ¡Eso sí que me gusta! Imagínense, dormir otra vez en una cama.

—Sí, y darse un baño caliente —dijo Jill—. ¿Crees que nos invitarán a que nos quedemos? Porque como no los conocemos…

—Díganles solamente —contestó la Dama— que Ella la de la Túnica Verde les manda con ustedes sus saludos, y que les envía dos hermosos niños del sur para el banquete de otoño.

—Oh, gracias, muchísimas gracias —dijeron Jill y Scrubb.

—Pero tengan cuidado —advirtió la Dama—. Cualquiera sea el día en que lleguen a Harfang, tengan cuidado de no ir a golpear su puerta demasiado tarde. Pues ellos cierran sus puertas unas pocas horas después de mediodía, y es costumbre en el castillo no abrir a nadie una vez que han echado el cerrojo, aunque golpeen con todas sus fuerzas.

Los niños le agradecieron nuevamente, con ojos radiantes, y la Dama les hizo señas con la mano. El Renacuajo se quitó su sombrero puntiagudo e hizo una reverencia, muy tieso. Luego el silencioso Caballero y la Dama condujeron sus caballos al paso subiendo la pendiente del puente con gran estrépito de cascos.

—¡Vaya! —exclamó Barroquejón—. Daría cualquier cosa por saber de dónde viene *ella* y a dónde va. No es la clase de persona que esperarías encontrar en las soledades del país de los gigantes, ¿no es así? Apostaría a que trama algo malo.

—¡Tonterías! —exclamó Scrubb—. A mí me pareció simplemente súper. Y sueño con comida caliente y dormitorios calefaccionados. Ojalá Harfang no esté muy lejos.

—Yo igual —dijo Jill—. ¿Y no es cierto que el vestido de ella era de morirse? ¡Y ese caballo!

—A pesar de todo —dijo Barroquejón—, me gustaría que supiéramos un poquito más acerca de ella.

—Yo iba a preguntarle todo —dijo Jill—. Pero ¿cómo preguntarle algo si tú no quisiste decir nada de nosotros?

—Sí —asintió Scrubb—. ¿Y por qué te portaste tan tieso y tan antipático? ¿No te gustaron ellos?

—¿Ellos? —preguntó el Renacuajo—. ¿Quiénes son *ellos*? Yo sólo vi a uno.

—¿No viste al Caballero? —preguntó Jill.

—Yo sólo vi una armadura —repuso Barroquejón—. ¿Por qué no hablaba?

—Supongo que será tímido —replicó Jill—. O a lo mejor lo único que quiere hacer es

mirarla a ella y escuchar su adorable voz. Yo haría lo mismo si fuera él, te aseguro.

—Me pregunto —dijo Barroquejón— qué verías en realidad si levantaras la visera de ese casco y miraras dentro.

—¡Hasta cuándo! —gritó Scrubb—. ¡Piensa en la forma de la armadura! ¿Qué otra cosa *podría* haber dentro si no es un hombre?

—¿Por qué no un esqueleto? —sugirió el Renacuajo del Pantano, con su humor macabro—. O quizás —agregó, como una idea tardía—, absolutamente nada. Es decir, nada que ustedes pudieran ver. Alguien invisible.

—Realmente, Barroquejón —dijo Jill, sintiendo un escalofrío—, tienes unas ideas horribles. ¿De dónde las sacas?

—¡Al diablo sus ideas! —exclamó Scrubb—. Siempre está esperando lo peor, y siempre se equivoca. Pensemos más bien en esos Gigantes Amables y vámonos a Harfang lo antes posible. Qué ganas de saber si queda muy lejos...

Y entonces estuvieron a punto de iniciar la primera de esas peleas que Barroquejón había pronosticado; no es que Jill y Scrubb no hayan estado antes amagando golpes e insultándose muchas veces, pero éste fue el primer desacuerdo verdaderamente serio. Barroquejón no quería por ningún motivo que fueran a Harfang. Decía que no sabía qué significaba para un gigante ser "amable" y que, de todos modos, nada decían las Señales de Aslan acerca de alojarse con gigantes, amables o lo que sea. Los niños, por su parte, hartos de viento y lluvia, y aves escuálidas asadas en fogatas de campamento, y de dormir en tierra dura y helada, estaban absolutamente resueltos a visitar a los Gigantes Amables. Al final, Barroquejón consintió en ir, pero sólo bajo una condición. Los otros dos debían prometer seriamente que, a menos que él se los permitiera, no dirían a los Gigantes Amables que venían de Narnia o que estaban buscando al Príncipe Rilian. Los niños lo prometieron y prosiguieron su marcha.

Después de la conversación con la Dama, las cosas empeoraron por dos motivos. En primer lugar, el paraje era cada vez más inhóspito. El camino los llevaba por interminables valles estrechos donde un cruel viento norte les daba constantemente en la cara. No encontraron de qué echar mano para encender un fuego, ni tampoco ninguna pequeña hondonada que sirviera para acampar, como en el páramo. Y el suelo era pura piedra, y te hacía doler los pies todo el día, y por la noche te dolía el cuerpo entero.

En segundo lugar fuera lo que fuera lo que la Dama pretendió al hablarles de Harfang, el efecto real que hizo en los niños fue malo. No pensaban más que en camas y baños y comidas calientes y en lo delicioso que iba a ser estar bajo techo. Ya no hablaban más de Aslan, ni siquiera del Príncipe perdido. Y Jill abandonó su costumbre de recitar las Señales cada noche y cada mañana. Al principio se decía que estaba demasiado cansada, pero pronto se olvidó de todo. Y aunque podrías suponer que la idea de pasarlo bien en Harfang los alegraría, en realidad los hizo compadecerse y los volvió más gruñones y rabiosos entre ellos y contra Barroquejón.

Por fin una tarde llegaron a un sitio donde la garganta por la que viajaban se ensanchaba y oscuros bosques de abetos se alzaban a ambos lados. Miraron más adelante y vieron que ya habían atravesado las montañas. Ante ellos se abría una desolada llanura rocosa; más allá, otras lejanas montañas coronadas de nieve. Pero entre ellos y aquellas lejanas montañas se elevaba una colina de baja altura, de cumbre irregular y plana.

—¡Miren! ¡Miren! —gritó Jill, señalando algo al otro lado de la llanura.

Y allí, en la casi oscuridad del anochecer, más allá de la plana colina, todos vieron luces. ¡Luces! No luz de luna, ni fuegos, sino una familiar y alegre hilera de ventanas

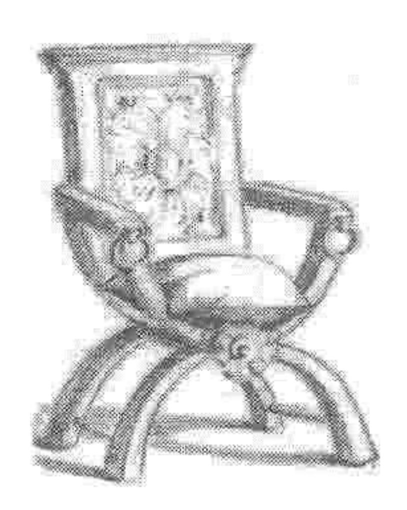
iluminadas. Si nunca has estado en la soledad de un desierto, día y noche, durante semanas, difícilmente podrás comprender lo que ellos sintieron.

—¡Harfang! —gritaron Scrubb y Jill, con voces excitadas y alegres.

—Harfang —repitió Barroquejón, con voz monótona y sombría. Pero agregó—. ¡Hola! ¡Gansos salvajes!

En un segundo sacó el arco que traía colgado de su hombro, y derribó dos buenos gansos gordos. Era demasiado tarde ya para pensar en llegar a Harfang ese día. Pero comieron comida caliente y tuvieron una fogata, y empezaron la noche mucho más abrigados de lo que habían estado por más de una semana. Cuando se apagó el fuego, la noche se hizo glacialmente helada, y al despertar a la mañana siguiente, sus mantas estaban tiesas de escarcha.

—¡No importa! —dijo Jill, pateando en el suelo—. ¡Baño caliente esta noche!



VII LA COLINA DE LAS ZANJAS EXTRAÑAS

No se puede negar que el día estaba horrible. Arriba un cielo sin sol, tapado de nubes cargadas de nieve; a sus pies, una escarcha negra; y por todos lados soplaba un viento que parecía iba a arrancarte la piel. Cuando bajaron a la llanura se encontraron con que esa parte del antiguo camino estaba en un estado mucho más ruinoso que todo lo que ya habían recorrido. Se vieron obligados a andar con gran tiento por entre guijarros, y encima de enormes piedras quebradas y a través de escombros: duro camino para pies adoloridos. Y, por muy cansados que se sintieran, hacía demasiado frío para detenerse.

A eso de las diez comenzaron a caer perezosamente los primeros diminutos copos de nieve y se fueron acumulando en el brazo de Jill. Diez minutos más tarde caían mucho más tupido. En veinte minutos el suelo estaba ya notoriamente blanco. Y al cabo de media hora una buena y pertinaz tormenta de nieve, que tenía aspecto de querer durar todo el día, les azotaba la cara impidiéndoles ver claro.

Para poder entender lo que pasó después, no debes olvidar lo poco que veían. A medida que se acercaban a la pequeña colina que los separaba del lugar donde la tarde anterior habían aparecido las ventanas iluminadas, perdían la visión general del panorama. Ya sólo se trataba de lograr ver unos pocos pasos adelante, e incluso para eso debías entrecerrar los ojos. De más está decir que no hablaban ni una palabra.

Al llegar al pie de la colina vislumbraron algo que podría ser rocas a ambos lados, rocas medio cuadradas si las mirabas con atención, pero nadie lo hizo. A todos preocupaba más el peñasco que frente a ellos les cerraba el paso.

Tendría un metro y medio de alto, más o menos. El Renacuajo del Pantano, con sus piernas largas, no tuvo dificultad para saltar encima, y luego ayudó a los demás a subir. Fue un ascenso desagradable y húmedo para ellos, no así para él, porque ahora el peñasco estaba cubierto de nieve. Después de una difícil subida —Jill se cayó una vez— de unos cien metros por terreno muy áspero, llegaron ante un segundo peñasco. En total había cuatro, a intervalos sumamente irregulares.

Mientras avanzaban con gran esfuerzo hacia el cuarto peñasco, ya no les cupo la menor duda de que habían llegado a la cima de esa plana colina. Hasta ese momento la ladera les había servido de reparo; acá, tuvieron que soportar toda la furia del viento. Pues la cima de la colina, por extraño que parezca, era tan plana como la veían a la distancia: una gran meseta chata, indefensa a los embates de la tormenta. En varias partes la nieve apenas alcanzaba a acumularse, ya que el viento la barría constantemente del suelo, formaba capas y nubes, y las arrojaba a la cara de los viajeros. Alrededor de sus pies jugueteaban pequeños remolinos de nieve, como habrás visto a veces sobre el hielo. Y, en verdad, en muchos lugares la superficie era casi tan tersa como el hielo. Pero, para empeorar las cosas, estaba atravesada y entrecruzada por curiosos terraplenes o acequias, que algunas veces la cortaban en cuadrados y rectángulos. Y, por supuesto, había que subir por todos ellos; su altura variaba entre cincuenta centímetros y un metro y medio y tenían cerca de un par de metros de ancho. Al norte de cada terraplén la nieve ya se había apilado en grandes cúmulos, y cada vez que subías, al bajar te caías en un montón de nieve y te empapabas.

Abriéndose camino con el capuchón subido y la cabeza gacha y las entumecidas manos metidas debajo de su capa, Jill lograba entrever otras cosas raras en esa horrible meseta, unas cosas a su derecha vagamente semejantes a chimeneas de fábrica, y a su izquierda un profundo precipicio, más recto de lo que debe ser un precipicio. Pero no le



interesaba para nada y no pensó más en ellos. En lo único que pensaba era en sus manos heladas (y nariz y mentón y orejas) y en los baños y camas calientes de Harfang.

De repente patinó, resbaló más de un metro y, para su gran espanto, se encontró deslizándose dentro de una oscura y estrecha grieta que parecía haber surgido en ese instante ante ella. Medio segundo más tarde llegó al fondo. Parecía que estaba en una especie de zanja o surco, de no más de un metro de ancho. Y aunque desconcertada por la caída, lo primero que advirtió fue el alivio de estar libre del viento, pues las paredes de la zanja se elevaban muy por encima de su cabeza. La siguiente cosa que advirtió fue, naturalmente, las caras ansiosas de Scrubb y de Barroquejón mirándola desde el borde.

—¿Estás herida, Pole? —gritó Scrubb.

—Las *dos* piernas quebradas, no me extrañaría nada —gritó Barroquejón.

Jill se puso de pie y les explicó que estaba bien, pero que tendrían que ayudarla a subir.

—¿En qué caíste? —preguntó Scrubb.

—En una especie de zanja, o podría ser también una especie de callejón hundido o algo así —contestó Jill—. Es muy recto.

—¡Sí, claro que sí! —exclamó Scrubb—. ¡Y va derecho al norte! ¿No será una especie de camino? Si así fuera, allá abajo nos libraríamos de este viento infernal. ¿Hay mucha nieve al fondo?

—Casi nada. Me imagino que se amontona toda arriba.

—¿Qué hay más adelante?

—Espérate medio segundo, voy a ir a ver —respondió Jill.

Se levantó y anduvo algunos pasos por la zanja; pero antes de que se alejara mucho, ésta doblaba bruscamente a la derecha. Dio a gritos esta información a los demás.

—¿Qué hay a la vuelta de esa esquina? —preguntó Scrubb.

Pero daba la casualidad que Jill tenía la misma sensación respecto a pasadizos retorcidos y lugares oscuros bajo tierra, o aunque fuera sólo un poco bajo tierra, que Scrubb respecto de los bordes de los precipicios. No tenía la menor intención de ir sola hasta ese recodo, más aún después de escuchar a Barroquejón advertirle a voz en grito:

—Ten cuidado, Pole, esta es justo la clase de lugar que podría desembocar en la cueva de un dragón. Y en un país de gigantes, debe haber lombrices gigantes y escarabajos gigantes.

—No creo que esto siga mucho más hacia alguna parte —dijo Jill, regresando apresuradamente.

—Lo que es yo, igual voy a ir a darle una mirada —dijo Scrubb—. ¿Qué quieres decir con *no mucho más a alguna parte*? Me gustaría saber.

Así es que se sentó en la orilla de la zanja (estaban todos demasiado mojados como para preocuparse por mojarse un poco más) y se dejó caer adentro. Empujó a Jill al pasar y, aunque no dijo nada, ella tuvo la certeza de que se había dado cuenta de que estaba muerta de miedo. Lo siguió muy de cerca, pero cuidándose de no pasar adelante de él.

Sin embargo, la exploración resultó muy decepcionante. Doblaron a mano derecha y anduvieron unos cuantos pasos. Allí había que elegir entre dos caminos: seguir en línea recta, o torcer bruscamente a la derecha.

—No vale la pena —dijo Scrubb, dando una rápida mirada a la vuelta a mano derecha—, esa dirección nos llevaría de regreso al... sur.

Siguió el camino recto, pero otra vez, a los pocos pasos, se encontraron con una segunda curva a la derecha. Pero esta vez no había otro camino que escoger, pues la zanja por donde iban llegaba aquí a un callejón sin salida.

—Inútil —gruñó Scrubb.

Jill no perdió ni un minuto en darse la vuelta y encabezar el regreso. Cuando volvieron al sitio donde Jill había caído, el Renacuajo no tuvo, gracias a sus brazos largos, ninguna dificultad para subirlos.

Pero fue espantoso estar afuera en la cima otra vez. Abajo, en esas estrechas rendijas de las zanjas, sus orejas había principiado casi a descongelarse; habían podido ver con claridad y respirar fácilmente y oír lo que decía el otro sin necesidad de gritar. Era absolutamente atroz volver a ese frío aplastante. Y les pareció un poco demasiado que Barroquejón eligiera ese momento para decir:

—¿Estás segura todavía de esas Señales, Pole? ¿Cuál deberíamos buscar ahora?

—¡Oh, déjame en paz! ¡A la porra las Señales! —exclamó Pole—. Algo sobre alguien que mencionaba el nombre de Aslan, pero no pienso ponerme a recitarlas aquí.

Como ves, ella llevaba mal el orden. Y era porque había dejado de repetir las Señales por las noches. Aún se las sabía, si se tomaba la molestia de pensar, pero ya no se sabía la lección "al dedillo", como para estar segura de recitarlas de un tirón en el orden correcto, de inmediato y sin pensar. La pregunta de Barroquejón la irritó, porque para sus adentros estaba enojada consigo misma por no saberse la lección del León tan bien como pensaba que debería saberla. Fue esta molestia, además del sufrimiento de sentir tanto frío y cansancio, lo que la hizo decir "A la porra las Señales". A lo mejor no quería decir eso.

—Oh, esa es la que sigue ¿no es cierto? —dijo Barroquejón—. Ahora ya no sé si tienes razón. Se te mezclaron todas, no me extrañaría nada. Me parece que valdría la pena pararnos a echar un vistazo a esta colina, a este lugar aplanado en que estamos. ¿Se han fijado...?

—¡Por la flauta! —exclamó Scrubb—. ¿Es el momento para ponernos a admirar el paisaje? Por amor de Dios, vámonos ya.

—¡Miren, miren, miren! —gritó Jill y señaló con el dedo.

Todos se dieron vuelta, y vieron: a lo lejos hacia el norte, y bastante más en alto que la meseta en que se hallaban, había aparecido una hilera de luces. Esta vez se notaba con mayor claridad que realmente eran ventanas que cuando los viajeros las habían visto la noche anterior; pequeñas ventanitas que te hacían pensar con deleite en dormitorios, y ventanas más grandes que te hacían pensar en montañas y un fuego crepitando en la chimenea y sopa caliente o jugosos solomillos humeando en la mesa.

—¡Harfang! —exclamó Scrubb.

—Todo está muy bien —dijo Barroquejón—, pero lo que yo iba a decir era que...

—¡Cállate! —dijo Jill con acritud—. No podemos perder un momento, acuérdense de que la Dama dijo que cerraban la puerta muy temprano. Tenemos que llegar a tiempo, tenemos que llegar, tenemos que llegar. Nos moriremos si no nos dejan entrar en una noche como ésta.

—Bueno, no es exactamente de noche todavía —comentó Barroquejón; pero los niños dijeron "vamos", y empezaron a avanzar a tropezones por la resbaladiza meseta lo más rápido que sus piernas lo permitían. El Renacuajo los siguió, hablando todavía, pero ahora que de nuevo tenían que caminar contra el viento, los niños no hubieran podido escucharlo, aunque hubiesen querido. Y no querían. Iban imaginando baños y camas y bebidas calientes; y la idea de llegar demasiado tarde a Harfang y de que no los dejaran

entrar se les hacía insoportable.

A pesar de su apresuramiento, tardaron largo rato en atravesar la cima achatada de aquel cerro. Y aun después de haberla cruzado, todavía quedaban algunos peñascos por bajar al otro lado. Pero finalmente llegaron abajo y pudieron ver cómo era Harfang.

Se erguía sobre un alto risco y, a pesar de las numerosas torres, parecía más bien una casa inmensa que un castillo. Era evidente que los Gigantes Amables no temían ningún ataque. En el muro exterior había ventanas que llegaban casi hasta el suelo, algo que nadie permitiría en una verdadera fortaleza. Incluso había curiosas puertecitas aquí y allá, de modo que era sumamente fácil entrar y salir del castillo sin atravesar el patio. Este detalle les levantó el ánimo a Jill y a Scrubb, pues hacía que el lugar fuese más acogedor y menos imponente.

Al principio lo alto y escarpado del risco los atemorizó, pero muy pronto advirtieron que había una senda más fácil para subir a la izquierda y que el camino terminaba allí. Después del viaje que ya habían hecho, el ascenso fue terrible y Jill casi se dio por vencida. Scrubb y Barroquejón tuvieron que ayudarla en los últimos cien metros. Pero por fin llegaron a la puerta del castillo. La reja de gruesos barrotes estaba subida y la puerta abierta.

Por muy cansado que estés, necesitas coraje para subir a pie hasta la puerta principal de la casa de un gigante. A pesar de todas sus anteriores advertencias contra Harfang, fue Barroquejón quien demostró más valor.

—A paso firme, ahora —dijo—. No demuestren miedo, pase lo que pase. Hemos hecho la cosa más tonta del mundo viniendo a este lugar, pero ya que estamos aquí, tendremos que enfrentarlo con toda valentía.

Con estas palabras avanzó a grandes zancadas hasta la puerta de entrada, se paró bajo el arco donde el eco ayudaría a su voz y llamó lo más fuerte que pudo.

—¡Oiga! ¡Portero! Huéspedes que buscan alojamiento.

Y mientras esperaba que sucediera algo, se sacó el sombrero y sacudió la pesada masa de nieve que se había juntado en su ancha ala.

—Oye —susurró Scrubb a Jill—. Puede que sea un aguafiestas, pero tiene muchas agallas... y desplante.

Se abrió una puerta, dejando escapar un delicioso resplandor de lumbre, y apareció el portero. Jill se mordió los labios para no gritar. No era un gigante tremendamente enorme; es decir, era bastante más alto que un manzano, pero nunca tan alto como un poste telegráfico. Su pelo era rojo y erizado, vestía un jubón de cuero con láminas de metal pegadas por todos lados, que hacía las veces de una cota de malla; sus rodillas estaban desnudas (realmente muy peludas) y usaba unas cosas como polainas sobre las piernas. Se inclinó y miró a Barroquejón con ojos desorbitados.

—¿Y qué clase de criatura dices que eres? —preguntó.

Jill habló, haciendo de tripas corazón.

—Disculpe —dijo—. La Dama de la Túnica Verde saluda al Rey de los Gigantes Amables, y nos envía a nosotros, dos niños del sur y a este Renacuajo del Pantano (cuyo nombre es Barroquejón) a su banquete de otoño. Si les parece conveniente, por supuesto —añadió.

—¡Ajá! —respondió el portero—. Esa es una historia enteramente diferente. Entren, pequeños, entren. Es mejor que pasen a la portería, mientras mando el recado a su Majestad.

Miró a los niños con curiosidad.

—Caras azules —dijo—. No sabía que eran de ese color. A mí me da lo mismo. Pero creo que se parecen mucho uno al otro. A los escarabajos les gustan los escarabajos, dicen.

—Nuestras caras están azules sólo por el frío —explicó Jill—. No son *realmente* de ese color.

—Entonces, entren y caliéntense. Entren, chiquillos —dijo el portero.

Los niños lo siguieron hasta la portería. Y aunque fue terrible oír cómo esa enorme puerta se cerraba ruidosamente tras ellos, lo olvidaron en cuanto vieron lo que habían estado deseando desde la cena de la noche anterior: un fuego. ¡Y qué fuego! Parecía que en él ardían cuatro o cinco árboles enteros, y hacía tal calor que tenían que permanecer a una buena distancia. Pero los tres se dejaron caer pesadamente en el piso de ladrillos, lo más cerca que podían soportar a causa del calor, exhalando grandes suspiros de alivio.

—Oye, jovencito —dijo el portero a otro gigante que había estado sentado al fondo de la habitación con la mirada fija en los visitantes hasta que pareció que se le iban a salir los ojos de la cara—, corre a la Casa con este mensaje.

Y le repitió lo que Jill le había dicho. El gigante más joven, después de una última mirada y una gran risotada, salió de la sala.

—Y tú, Ranilla —dijo el portero a Barroquejón—, parece que necesitas animarte un poco.

Sacó una botella negra muy similar a la de Barroquejón, pero unas veinte veces más grande.

—A ver, a ver —dijo el Portero—. No te puedo dar una copa, porque te ahogarías. Déjame ver. Este salero es justo lo que necesitamos. Es mejor que no hables de esto en la Casa. La platería *seguirá* llegando acá, y no es culpa mía.

No era un salero como los nuestros, sino más angosto y más vertical, y sirvió muy bien como copa para Barroquejón cuando el gigante lo puso en el suelo a su lado. Los niños suponían que Barroquejón lo rechazaría por lo mucho que desconfiaba de los Gigantes Amables. Pero dijo entre dientes:

—Es tarde ya para estar pensando en tomar precauciones ahora que estamos dentro con la puerta cerrada detrás de nosotros.

Luego olió el licor.

—Huele bien —dijo—. Pero esa no es ninguna prueba. Mejor asegurarse —y tomó un trago—. Tiene bastante buen gusto también. Pero puede que sea sólo al primer sorbo. A ver qué tal está —se tomó un trago más largo—. ¡Ah! Pero, ¿será siempre igual? —y tomó otro—. Debe tener algo asqueroso al fondo, no me extrañaría nada —dijo, y terminó de bebérselo. Se relamió y advirtió a los niños.

—Esta será una prueba, ya verán. Si me enrollo como un ovillo, o reviento, o me transformo en lagarto, o algo así, entonces sabrán que no deben aceptar nada que les ofrezcan.

Pero el gigante, que estaba a demasiada altura como para escuchar lo que había dicho Barroquejón en voz baja, se puso a reír a carcajadas diciendo:

—¡Pero, Ranilla, si eres todo un hombre! ¡Mira cómo se lo zampó!

—Hombre no... Renacuajo del Pantano —replicó Barroquejón, con la lengua un tanto enredada—. Rana tampoco: Renacuajo del Pantano.

En ese momento se abrió la puerta a sus espaldas y el gigante joven entró diciendo:

—Deben ir de inmediato a la sala del trono.

Los niños se pusieron de pie, pero Barroquejón se quedó sentado.

—Renacuajo del Pantano. Renacuajo del Pantano —decía—. Un muy respetable

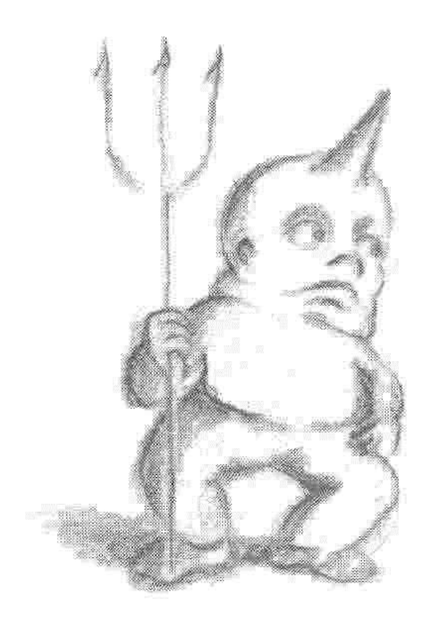
Renacuajo del Pantano. Respeto-renacuajo.

—Muéstrales el camino, jovencito —dijo el gigante portero—. Y más vale que lleves en brazos a la Ranilla. Se tomó unos tragos de más.

—No me pasa nada —dijo Barroquejón—. No soy rana. No me pasa rana. Soy un respeto-petacuajo.

Pero el joven gigante ya lo había cogido por la cintura y hacía señas a los niños de que lo siguieran. Y cruzaron el patio de esa manera tan poco decorosa. Barroquejón, sujeto en el puño del gigante, pataleando apenas en el aire, parecía una verdadera rana. Pero tuvieron poco tiempo para darse cuenta de esto, pues muy pronto cruzaron el gran portal del castillo principal —ambos sentían latir sus corazones más rápido que de costumbre— y, después de corretear a través de numerosos pasillos trotando para ponerse al paso del gigante, se encontraron parpadeando ante la luz en un enorme salón donde brillaban muchas lámparas y un fuego crepitaba en la chimenea, reflejándose en el dorado del techo y las cornisas. Había más gigantes de lo que los niños podían contar y permanecían de pie a su derecha y a su izquierda, todos vestidos con ropajes suntuosos; y sentadas sobre dos tronos al fondo del salón, dos descomunales figuras que aparentemente eran el Rey y la Reina.

Se detuvieron a unos veinte pasos de los tronos. Scrubb y Jill intentaron torpemente hacer una reverencia (a las niñas no les enseñan a hacer reverencias en el Colegio Experimental) y el joven gigante puso con sumo cuidado a Barroquejón en el suelo, donde se desplomó, quedando en una especie de postura sentada. Con sus miembros tan largos, a decir verdad, se parecía extraordinariamente a una voluminosa araña.



VIII ***LA CASA DE HARFANG***

—Vamos, Pole, a ti te toca —susurró Scrubb.

Jill se dio cuenta de que tenía la boca tan seca que no podía pronunciar ni una palabra. Hizo señas, furiosa, a Scrubb.

Pensando para sí que jamás la perdonaría (ni tampoco a Barroquejón), Scrubb se mojó los labios y le gritó para arriba al Rey gigante:

—Con tu permiso, señor: la Dama de la Túnica Verde te saluda por nuestro intermedio, y dice que seguramente te gustaría tenernos para tu banquete de otoño.

El Rey gigante y la Reina gigante se miraron, asintieron, y sonrieron de un modo que a Jill no le gustó mucho. Le gustó más el Rey que la Reina. Tenía una barba elegante y rizada y nariz aguileña y recta y era bastante buenmozo, como gigante. La Reina era espantosamente gorda y tenía doble barba y la cara gorda y empolvada, lo que no es muy agradable la mayoría de las veces y, claro está, es mucho peor cuando es diez veces más grande. De pronto el Rey sacó le lengua y se lamió los labios. Cualquiera puede hacer eso; pero su lengua era tan sumamente grande y roja, y la sacó en forma tan inesperada, que Jill se llevó un buen susto.

—¡Oh, qué niños tan *buenos!* —dijo la Reina.

(“Tal vez sea ella la más simpática, después de todo”, pensó Jill).

—Sí, es cierto —dijo el Rey—, unos niños excelentes. Bienvenidos a nuestra corte. Denme sus manos.

El alargó su enorme mano derecha, muy limpia y con cualquier cantidad de anillos en los dedos, pero con unas horribles uñas puntiagudas. Era demasiado grande para estrechar las manos que los niños, por turno, levantaban hacia él; pero pudo estrechar sus brazos.

—¿Y qué es eso? —preguntó el Rey, señalando a Barroquejón.

—Reshpeto-petacuajo —dijo Barroquejón.

—¡Ay! —chilló la Reina, tapándose casi hasta los tobillos con sus faldas—. ¡Qué cosa más horrorosa! ¡Y está viva!

—No le hará nada, señora, de veras, no le hará nada —dijo Scrubb, con impaciencia—. Le va a gustar mucho cuando lo conozca mejor, estoy seguro.

Espero que no pierdan su interés por Jill en el resto del libro si les digo que en ese instante se puso a llorar. Había muchas razones para excusarla. Sus pies y manos y orejas y nariz empezaban recién a descongelarse; su ropa chorreaba de nieve derretida; casi no había comido o bebido ese día; y le dolían tanto las piernas que sintió que no sería capaz de mantenerse en pie mucho tiempo más. Sin embargo, en ese momento fue lo mejor que pudo haber hecho, pues la Reina dijo:

—¡Ah, la pobrecita! Mi Lord, hacemos mal en tener a nuestros huéspedes de pie. ¡Rápido, uno de ustedes! Llévenselos. Denles comida y vino y un baño. Consuelen a la niñita. Denle caramelos, denle muñecas, denle medicinas, denle todo lo que se les ocurra: leche caliente y confites y alcaraveas y canciones de cuna y juguetes. No llores, niñita, o no servirás para nada cuando empiece el banquete de otoño.

Jill estaba indignada, igual que lo estaríamos tú y yo, al oír mencionar juguetes y muñecas; y aunque los caramelos y los confites eran muy ricos en su especie, ella esperaba ardientemente que le dieran algo más sustancioso. El estúpido discurso de la Reina produjo, sin embargo, excelentes resultados, ya que unos gigantescos camareros cogieron de inmediato a Barroquejón y a Scrubb, y una gigantesca dama de honor a Jill y los llevaron a

sus dormitorios.

La habitación de Jill era casi del tamaño de una iglesia, y habría tenido un aspecto muy solemne si no hubiese sido por el fuego que ardía estrepitosamente en la chimenea y por la espesa alfombra carmesí que cubría el piso. Y aquí comenzaron a sucederle cosas deliciosas. Se la entregaron a la vieja niñera de la Reina, que era, desde el punto de vista de un gigante, una anciana pequeña casi doblada en dos por la edad; y desde el punto de vista humano, una giganta lo suficientemente baja como para moverse en una habitación de tamaño normal sin golpearse la cabeza contra el techo. Era muy competente, aunque Jill hubiera preferido que no chasqueara constantemente la lengua ni dijera cosas tales como "¡Oh, la, la! Arriba, primor", y "Ahí está mi palomita" y "Nos vamos a portar muy bien, mi querida". Llenó un gigantesco baño de pies con agua caliente y ayudó a Jill a meterse dentro. Si sabes nadar (y Jill sabía) una bañera gigante es algo exquisito. Y las toallas gigantes, aunque un poquito ásperas y toscas, también son exquisitas, porque miden metros y metros. Lo cierto es que no necesitas secarte, basta con envolverte en una frente al fuego y ¡a divertirte! Y cuando terminó, la vistieron con ropa limpia, fresca, tibia: prendas elegantísimas y un poco demasiado grandes para ella, pero que evidentemente estaban hechas para humanos y no para gigantas.

"Supongo que estarán acostumbrados a gente de nuestro tamaño, si esa mujer de la túnica verde viene siempre para acá", pensó Jill.

Pronto pudo comprobar que estaba en lo cierto, porque frente a ella colocaron una mesa y una silla de la altura apropiada para un humano adulto de tamaño normal, y los cuchillos y tenedores y cucharas eran también del porte adecuado. Fue maravilloso poder sentarse, sintiéndose por fin abrigada y limpia. Aún estaba descalza y era una delicia pasear a pie pelado por la gigantesca alfombra. Se hundía hasta más arriba de los tobillos, y eso era lo preciso para sus pies adoloridos. La comida —que supongo deberemos llamar cena, aunque era ya cerca de la hora del té— consistió en sopa de pollo y puerros, y pavo asado, y budín, y castañas tostadas, y toda la fruta que quisieras comer.

Lo único molesto era la niñera que entraba y salía, y cada vez que entraba traía un juguete gigantesco; una muñeca inmensa, más grande que la propia Jill; un caballo de madera sobre ruedas, casi del tamaño de un elefante; un tambor que parecía un gasómetro chico: y un cordero de lana. Eran juguetes ordinarios, cosas muy mal hechas, pintados con colores brillantes, y Jill no soportaba ni verlos. Le dijo miles de veces a la niñera que no los quería, pero la niñera respondía:

—¡Vamos, eso sí que no! ¡Vas a ver que los vas a querer cuando hayas descansado un poco, ya verás! ¡Je, je, je! Y ahora, a la camita. ¡Qué preciosura!

La cama no era una cama de gigantes sino sólo una gran cama de columnas, como las que puedes haber visto en algún hotel anticuado; y se veía más chica en aquella enorme habitación. Estaba feliz de poder dormir en esa cama.

—¿Está nevando todavía, niñera? —preguntó, soñolienta.

—No, ahora está lloviendo, palomita —respondió la giganta—. La lluvia lavará toda esa nieve sucia. ¡Mi niñita preciosa podrá salir a jugar mañana! —Y arropó a Jill y le dio las buenas noches.

No he visto nada más desagradable que una giganta te dé un beso. Jill pensó lo mismo, pero se durmió a los cinco minutos.

La lluvia cayó sin parar toda esa tarde y toda la noche, azotando las ventanas del castillo. Jill no oyó nada, pues durmió profundamente hasta después de la hora de la cena y pasada la medianoche. Y entonces llegó la hora más silenciosa de la noche y sólo los

ratones se movían en la casa de los gigantes.

A esa hora Jill tuvo un sueño. Le pareció despertar en la misma habitación y vio el fuego, que se estaba apagando, débil y rojo, y a la luz del fuego, el gran caballo de madera. Y el caballo vino por su propia voluntad, rodando por la alfombra, y se paró a la cabecera de su cama. Y ahora ya no era más un caballo sino un león tan grande como el caballo. Y después ya no era un león de juguete sino un león de verdad. El León Real, tal como lo había visto en la montaña, más allá del fin del mundo. Y la habitación se llenó de un aroma a todas las cosas fragantes que existen. Pero Jill tenía alguna preocupación en su mente, aunque no podía saber qué era, y las lágrimas le corrían por la cara y mojaban la almohada. El León le dijo que repitiera las Señales, y entonces se dio cuenta de que las había olvidado todas, y una gran sensación de horror se apoderó de ella. Y Aslan la tomó en sus fauces (podía sentir sus labios y su respiración, pero no sus dientes) y la llevó hasta la ventana y la hizo mirar hacia afuera. La luna brillaba en todo su esplendor; y escrito en grandes letras a través del mundo o del cielo (no sabía bien cuál) se leían las palabras DEBAJO DE MI. Después, el sueño se desvaneció, y cuando despertó a la mañana siguiente, bastante tarde, no se acordaba ni siquiera de haber soñado.

Ya estaba levantada y vestida y terminando su desayuno frente al fuego cuando la niñera abrió la puerta y le dijo:

—Aquí vienen los amiguitos de mi preciosura a jugar con ella.

Entraron Scrubb y el Renacuajo del Pantano.

—¡Hola! Buenos días —saludó Jill—. ¡Qué cosa tan divertida! Creo que he dormido cerca de quince horas. Me siento mejor, ¿y ustedes?

—*Yo* sí —contestó Scrubb—, pero Barroquejón dice que le duele la cabeza. ¡Mira! Tu ventana tiene un asiento. Si nos subimos ahí podremos mirar para afuera.

Se subieron inmediatamente; y a la primera mirada Jill exclamó:

—¡Ay, qué espanto más grande!

Brillaba el sol, y aparte de algunos copos, la lluvia había barrido completamente la nieve. Debajo de ellos, extendida como un mapa, se veía la plana cumbre de la colina a la que habían subido con tanta dificultad ayer en la tarde; viéndola desde el castillo, no cabía duda alguna de que esas eran las ruinas de una gigantesca ciudad. Era lisa, como podía comprobar Jill ahora, porque todavía estaba casi enteramente pavimentada, aunque el pavimento se había quebrado en algunos sitios. Los terraplenes que se entrecruzaban eran todo lo que quedaba de las murallas de altísimos edificios que debieron ser alguna vez los palacios y los templos de los gigantes. Un pedazo de muro de unos ciento cincuenta metros se mantenía aún en pie; era eso lo que ella confundió con un acantilado. Lo que le había parecido ser chimeneas de fábricas eran en realidad enormes columnas cortadas a alturas desiguales: sus fragmentos se esparcían a sus pies como derribados árboles de monstruosa piedra. Los peñascos por donde tuvieron que bajar en la ladera norte de la colina, y seguramente también los otros peñascos por donde tuvieron que trepar en la ladera sur, eran los restos de peldaños de gigantescas escaleras. Y para colmo, en el centro del empedrado, en letras grandes y negras, se leían las palabras DEBAJO DE MI.

Los tres viajeros se miraron unos a otros con desaliento, y, dando un corto silbido, Scrubb dijo lo que todos estaban pensando:

—Fallamos la primera y la segunda de las Señales.

Y en ese instante, Jill recordó claramente el sueño de la noche anterior.

—Yo tengo la culpa —dijo desesperada—. Yo... yo había dejado de repetir las Señales por las noches. Si hubiera pensado en ellas me habría dado cuenta de que ésta era la

ciudad, aun en medio de *toda* esa nevazón.

—Peor yo —dijo Barroquejón—, porque yo sí la vi, o casi. Pensé que se asemejaba extraordinariamente a una ciudad en ruinas.

—Tú eres el único que no tiene la culpa —intervino Scrubb—. Tú *trataste* de detenernos.

—Pero no traté bastante —repuso el Renacuajo del Pantano—. Y no tenía por qué *tratar*. Debía haberlo hecho. ¡Como si no pudiera pararlos a los dos con una sola mano!

—La verdad es —dijo Scrubb— que estábamos tan requeteansiosos por llegar a este lugar que no nos preocupamos de ninguna otra cosa. Yo por lo menos. Desde que nos encontramos con aquella mujer con el caballero que no hablaba, no hemos pensado en nada más. Casi nos olvidamos del Príncipe Rilian.

—No me extrañaría —comentó Barroquejón— que fuese eso exactamente lo que ella pretendía.

—Lo que no logro entender bien —dijo Jill—, es cómo no vimos las letras. O habrán aparecido anoche. ¿Las habrá puesto Aslan allí durante la noche? Tuve un sueño tan raro.

Y se los contó.

—¡Estúpida! —estalló Scrubb—. Claro que las vimos. Nos metimos dentro de la inscripción. ¿No lo ves? Nos metimos en la letra E de DE. Esa fue la zanja en que te caíste. Caminamos a lo largo del trazo de la E directo al norte; doblamos a la derecha por la vertical; dimos otra vuelta a la derecha, en la mitad del trazo, y luego fuimos hasta arriba, hacia el rincón a mano izquierda o (si prefieres) a la esquina noreste de la letra, y regresamos. ¡Qué idiotas más grandes!

Dio un feroz puntapié a la ventana, y continuó.

—Así es que es inútil, Pole. Sé lo que estás pensando, pues yo pienso lo mismo. Pensabas qué maravilloso habría sido que Aslan no hubiera puesto las instrucciones en las piedras de la ciudad en ruinas hasta después de que hubiéramos pasado por allí. Entonces habría sido culpa suya y no de nosotros. Te habría gustado, ¿no es cierto? No. Hay que confesarlo. Nos dieron sólo cuatro Señales y ya hemos fallado con las tres primeras.

—Querrás decir que yo he fallado —dijo Jill—. Es la pura verdad. He echado a perder todo, desde que me trajiste aquí. Sin embargo, aunque estoy superarrepentida y todo eso, sin embargo, ¿cuáles *son* las instrucciones? DEBAJO DE MI no quiere decir nada.

—Pero sí que quiere decir algo —dijo Barroquejón—. Quiere decir que tenemos que buscar al Príncipe debajo de esa ciudad.

—¿Y cómo? —preguntó Jill.

—Ahí está el problema —respondió Barroquejón, frotándose sus grandes manos de rana—. ¿Cómo hacerlo *ahora*?. Sin duda que cuando estuvimos en la ciudad en ruinas, si hubiésemos tenido nuestros pensamientos puestos en nuestra tarea, se nos habría mostrado cómo; habríamos encontrado una puertecita, o una cueva, o un túnel, o alguien que nos ayudara. Hasta podría haber sido (uno nunca sabe) el mismo Aslan. Habríamos descendido bajo esas piedras del pavimento de una u otra manera. Las instrucciones de Aslan son siempre correctas, sin excepciones. Pero cómo hacerlo *ahora*, esa es otra cosa.

—Bueno, supongo que lo único que podemos hacer es volver allá —dijo Jill.

—Fácil, ¿no es cierto? —dijo Barroquejón—. Para empezar, podemos tratar de abrir esa puerta.

Todos miraron la puerta y vieron que ninguno podía alcanzar siquiera la manilla, y que lo más probable era que nadie podría hacerla girar si es que la alcanzaban.

—¿Ustedes creen que no nos dejarán salir si se lo pedimos? —preguntó Jill.

Nadie lo dijo, pero todos pensaron: "¿Y si no nos dejan?"

No era una idea muy agradable. Barroquejón se oponía resueltamente a cualquiera insinuación de contar a los gigantes sus verdaderos objetivos y pedirles simplemente que los dejaran partir; y por supuesto que los niños no podían decir nada sin su permiso, porque se lo habían prometido. Y los tres estaban absolutamente seguros de que no había ninguna posibilidad de escapar del castillo por la noche. Una vez dentro de sus cuartos con las puertas cerradas, estarían prisioneros hasta la mañana. Podían, claro está, pedir que les dejaran las puertas abiertas, pero eso podría despertar sospechas.

—Nuestra única oportunidad —dijo Scrubb—, es tratar de escabullirnos de día. ¿No habrá una hora en la tarde en que los gigantes duerman? ¿Y si entráramos sigilosamente a la cocina, no habrá allí una puerta trasera abierta?

—Yo casi no lo llamaría una oportunidad —dijo el Renacuajo del Pantano— Pero parece que es la única que tendremos.

En realidad, el plan de Scrubb no era tan imposible como podrías pensar. Si quieres salir de una casa sin que te vean, en cierta forma es mejor hacerlo a media tarde que en la mitad de la noche. Es más posible que las puertas y ventanas estén abiertas; y si te cogen, puedes simular que no pretendías alejarte mucho y que no tenías ningún plan en especial. (Es bien difícil que gigantes o adultos te lo crean si te encuentran saltando por una ventana del dormitorio a la una de la mañana.)

—Tenemos que hacerlos bajar su guardia —dijo Scrubb—. Hay que convencerlos de que nos encanta estar aquí y que esperamos con ansias su banquete de otoño.

—Es mañana en la noche —informó Barroquejón—. Así se lo oí decir a uno de ellos.

—Ya entiendo —terció Jill—. Debemos fingir estar superentusiasmados con el banquete, y hacer muchas preguntas. Ellos nos creen unos perfectos niñitos chicos, de todos modos, lo que hará más fáciles las cosas.

—Alegres —dijo Barroquejón con un hondo suspiro—. Así tenemos que estar, alegres. Como si no tuviéramos ni el menor problema. Muy contentos. Ustedes dos, jovencitos, me he dado cuenta de que no siempre están muy animados. Mírenme a mí, hagan lo que yo hago. Voy a estar alegre. Así —hizo una mueca horrible—. Y travieso —e hizo una tristísima pirueta—. Ya van a aprender, si se fijan bien en mí. Miren, ellos ya creen que yo soy un tipo gracioso. Quizás ustedes pensaron anoche que yo estaba un poquitito mareado, pero les aseguro que todo era..., bueno, casi todo... fingido. Tuve la idea de que podría ser útil, de alguna manera.

Cuando más tarde los niños contaron sus aventuras, nunca estuvieron seguros de que esta última afirmación fuera estrictamente verdadera; pero tenían la certeza de que Barroquejón creía que era la verdad cuando lo dijo.

—De acuerdo. Alegres es la orden —dijo Scrubb—. Y ahora, si pudiéramos conseguir que alguien nos abra esta puerta. Mientras jugueteamos y nos hacemos los alegres, tenemos que averiguar todo lo que podamos sobre este castillo.

Por suerte, en ese mismo momento se abrió la puerta y la niñera gigante entró muy agitada, diciendo:

—A ver, mis amorcitos, ¿quieren ir a ver al Rey y a toda la corte preparándose para la cacería? ¡Un espectáculo tan hermoso!

Sin perder un segundo corrieron dejándola atrás y bajaron por la primera escalera que encontraron. El ruido de los perros de caza y de los cuernos y las voces de los gigantes los guiaron y en pocos minutos llegaron al patio. Todos los gigantes estaban a pie, pues no hay caballos gigantes en esa parte del mundo, y los gigantes van de cacería a pie; como cuando

uno va a cazar liebres en Inglaterra. También los sabuesos eran de tamaño normal. Cuando vio que no había caballos, Jill sintió al principio una tremenda desilusión, pues estaba convencida de que la gorda Reina jamás seguiría a los perros a pie; y no podrían hacer nada estando ella en la casa todo el día. Pero luego vio a la Reina en una especie de litera que llevaban seis jóvenes gigantes sobre sus hombros. La vieja y tonta criatura estaba ataviada enteramente de verde y llevaba un cuerno colgando a su lado. Se habían reunido veinte o treinta gigantes, incluido el Rey, listos para la cacería; hablaban y reían tan fuerte que te dejaban sordo; y allá abajo, cerca de donde se hallaba Jill, muchos meneos de cola, ladridos e inquietos y babosos hocicos y narices de perros que se te metían entre las manos. Barroquejón iba justo a adoptar una actitud que él creía alegre y retozona (que hubiera echado todo a perder si alguien se hubiese dado cuenta), cuando Jill, con su sonrisa infantil más atractiva, corrió hasta la litera de la Reina y le gritó:

—¡No, por favor! ¿No te *vas,* verdad? ¿Vas a volver?

— Sí, mi querida —contestó la Reina—. Volveré esta noche.

—¡Qué *bueno*! ¡Qué fantástico! —exclamó Jill—. Y nosotros *podremos* ir al banquete mañana en la noche, ¿no es cierto? ¡Esperamos con ansias que llegue mañana en la noche! Nos encanta estar aquí. Mientras ustedes están fuera, ¿podríamos recorrer todo el castillo y ver todo lo que hay? Por favor, di que sí.

La Reina, por supuesto, que dijo que sí, pero la risa de todos los cortesanos casi ahogó su voz.



IX COMO DESCUBRIERON ALGO QUE VALIA LA PENA SABER

Los demás admitieron después que Jill había estado magnífica ese día. En cuanto se marcharon el Rey y el resto de los cazadores, Jill empezó a recorrer el castillo entero y a hacer preguntas, pero con tal aire de infantil inocencia que nadie podía sospechar que tuviera alguna secreta intención. Aunque su lengua no estaba jamás quieta, no podrías decir que hablaba mucho: ella balbuceaba y se reía como tonta. Coqueteó con todos: los mozos, los porteros, las sirvientas, las damas de honor y con los señores gigantes de más edad para quienes ya habían terminado los días de cacería. Se resignó a que la besaran y la abrazaran una cantidad de gigantas, muchas de las cuales parecían compadecerse de ella y la llamaban "pobrecita mía", aunque ninguna explicaba por qué. Se hizo amiga especialmente de la cocinera y descubrió el importantísimo hecho de que había una puerta en el lavadero que te permitía salir por la muralla externa, sin tener que cruzar el patio ni pasar por la gran puerta de entrada. En la cocina fingió tener un hambre horrible, y comió toda clase de sobras de comida que la cocinera y las fregonas, encantadas, le daban. Pero arriba, entre las damas, hizo preguntas de cómo se iba a vestir para el gran banquete, y cuánto rato la dejarían quedarse en pie, y si podría bailar con algún gigante bien bajito. Y después (se moría de vergüenza al recordarlo más tarde) ladeó la cabeza con esa cara de idiota que las personas mayores, gigantes o no, encontraban tan atractiva, movió sus rizos, y se puso muy nerviosa, y dijo:

—¡Oh, cómo quisiera que fuera mañana en la noche! ¿Y ustedes? ¿Creen que pasarán rápido las horas hasta entonces?

Y todas las gigantas dijeron que ella era lo más adorable que había y muchas se tapaban los ojos con sus enormes pañuelos, como si fueran a llorar.

—Son tan amorosas a esa edad —dijo una giganta a otra—. Es casi una lástima que...

Scrubb y Barroquejón hicieron lo que pudieron por su lado, pero para ese tipo de cosas las niñas son mejores que los niños. E incluso los niños lo hacen mejor que los Renacuajos del Pantano.

A la hora de almuerzo sucedió algo que hizo que los tres estuvieran más ansiosos que nunca por salir del castillo de los Gigantes Amables. Almorzaron en el gran salón, solos en una pequeña mesa cerca del fuego. En una mesa más grande, a unos veinte metros, había una media docena de ancianos gigantes. Su conversación era tan ruidosa, y se oía por allá arriba en el aire, que muy luego los niños no les prestaron mayor atención que la que les das a las bocinas que suenan afuera, o a los ruidos del tránsito en las calles. Estaba comiendo venado frío, una comida que Jill nunca antes había probado, y le gustó mucho.

De súbito Barroquejón se volvió a ellos, y su cara se había puesto tan pálida que podías ver su palidez por debajo de lo barroso que era su cutis normalmente.

—No coman ni un pedazo más —dijo.

—¿Qué pasa? —preguntaron los otros dos en un susurro.

—¿No escucharon lo que decían esos gigantes? "Es un buen trozo de venado tierno", dijo uno. "Entonces ese ciervo era un mentiroso", dijo otro. "¿Por qué?", dijo el primero. "Bueno", dijo el otro, "cuentan que cuando lo cazaron les dijo: no me maten, soy duro, no les voy a gustar".

Al principio Jill no entendió todo el significado de esto, hasta que Scrubb dijo con los ojos desorbitados de horror:

—¡Hemos estado comiendo un ciervo que *habla*!

El descubrimiento no tuvo el mismo efecto en todos ellos. Jill, que era nueva en aquel mundo, se compadeció del pobre ciervo y pensó que era muy mal hecho que los gigantes lo hubieran matado. Scrubb, que había estado antes en ese mundo y que era muy amigo de al menos una bestia que habla, se sintió horrorizado, como te sentirías ante un asesinato. Pero Barroquejón, que era nacido en Narnia, se enfermó y se mareó, y se sintió como tú te sentirías si te hubieras comido un niño.

—Nos hemos echado encima la furia de Aslan —dijo—. Es lo que pasa por no hacer caso de las Señales. Supongo que nos ha caído una maldición. Si estuviera permitido, lo mejor que pudiéramos hacer es tomar esos cuchillos y clavarlos en nuestros propios corazones.

Y poco a poco, hasta Jill llegó a ver las cosas desde su punto de vista. En todo caso, ninguno quería más almuerzo. Y en cuanto les pareció prudente, salieron del salón lentamente y en silencio.

Se acercaba esa hora del día de la que dependían sus esperanzas de escapar, y se pusieron muy nerviosos. Vagaban por los pasillos esperando que todo estuviera tranquilo. Los gigantes del salón hicieron una atrozmente larga sobremesa después de terminar su comida. El calvo estaba contando una historia. Cuando acabó, los tres viajeros se fueron muy despacio hasta la cocina. Pero allí aún estaba lleno de gigantes, por lo menos en el fregadero, lavando y guardando las cosas. Fue una agonía esperar hasta que terminaran su trabajo y, uno a uno, se secaran las manos y se fueran. Por último sólo quedó una giganta anciana en la pieza. Se daba vueltas sin hacer nada especial y, finalmente, los tres viajeros se dieron cuenta con horror de que ella no pretendía siquiera irse.

—Bueno, queridos —les dijo—. Ese trabajo está casi listo. Pongamos la tetera y haremos una rica taza de té. Ahora me puedo tomar un descansito. Miren en el fregadero, como buenos niñitos, y díganme si la puerta de atrás está abierta.

—Sí, está abierta —dijo Scrubb.

—Así está bien. Siempre la dejo abierta para que el gatito pueda entrar y salir, pobrecito.

Y se sentó en una silla y puso los pies en otra.

—No sé si podré echar una siestecita —dijo la giganta—. Ojalá que esos malditos cazadores no regresen demasiado pronto.

Se les subió el ánimo al oírla hablar de una siestecita y se les fue al suelo otra vez cuando ella mencionó el regreso de la cacería.

—¿Cuándo vuelven habitualmente? —preguntó Jill.

—Nunca se puede saber —respondió la giganta—. Pero ya, váyanse y quédense tranquilos un ratito, mis queridos niños.

Se retiraron al fondo de la cocina y se hubieran escapado hacia el fregadero en ese mismo instante si la giganta no se hubiera sentado, abriendo los ojos para espantar una mosca.

—No tratemos de hacerlo hasta estar seguros de que ella está realmente dormida —susurró Barroquejón—. O lo echaremos todo a perder.

Así que se apiñaron en una esquina de la cocina, esperando y observando. Era terrible pensar que los cazadores pudieran volver en cualquier momento. Y la giganta no se quedaba quieta. Cada vez que creían que ya dormía profundamente, se movía.

"No puedo soportarlo", pensó Jill. Para distraer su mente, empezó a mirar a su alrededor. Justo frente a ella había una mesa ancha, muy limpia, sobre ella dos limpios platos de torta, y un libro abierto. Eran platos de torta gigantescos, por supuesto. Jill pensó

que podía tenderse cómodamente en uno de ellos. Luego se trepó al banco que había al lado de la mesa para mirar el libro. Y leyó.

PATO SALVAJE. Esta deliciosa ave puede ser cocinada de diversas maneras.

“Es un libro de cocina”, pensó Jill sin mucho interés, y echó una mirada por encima del hombro. La giganta tenía los ojos cerrados, pero no parecía estar suficientemente dormida. Jill volvió a ojear el libro. Estaba por orden alfabético, y al mirar más arriba, su corazón casi dejó de latir. Decía:

HOMBRE. Este elegante y pequeño bípedo ha sido siempre considerado como una exquisitez. Es parte tradicional del banquete de otoño y se sirve entre el pescado y el asado. Se toma un hombre y...

Pero no soportó seguir leyendo más. Se dio vuelta. La giganta había despertado y tenía un acceso de tos. Jill dio un codazo a los otros dos y señaló el libro. Ellos se subieron también al banco y se inclinaron sobre las inmensas páginas. Scrubb todavía estaba leyendo cómo cocinar hombres, cuando Barroquejón le mostró la anotación que había más abajo. Decía así:

RENACUAJO DE LOS PANTANOS. Algunas autoridades rechazan absolutamente este animal por no ser adecuado al consumo de gigantes a causa de su consistencia viscosa y su sabor a barro. Sin embargo, el sabor puede ser suavizado en gran parte si...



Jill tocó sus pies y los de Scrubb suavemente. Los tres se volvieron para mirar a la giganta. Tenía la boca ligeramente abierta y de su nariz venía un sonido que en ese momento les pareció más precioso que cualquiera música: ella estaba roncando. Y ahora fue cuestión de irse en puntillas, sin atreverse a andar muy rápido, respirando apenas, y salir por el fregadero (¡qué mal huelen los fregaderos de los gigantes!) hasta estar fuera por fin, bajo la pálida resolana de una tarde invernal.

Estaban en lo alto de un escarpado sendero que bajaba en pendiente. Y, gracias al cielo, habían salido del castillo por el lado correcto: la ciudad en ruinas estaba a la vista. En unos pocos minutos estuvieron nuevamente en el ancho camino empinado que bajaba desde la puerta principal. Pero por ese costado los podían ver perfectamente desde todas las ventanas. Si hubiesen sido una o dos o cinco ventanas, tendrían alguna posibilidad de que nadie estuviera, en ese preciso instante, mirando hacia afuera. Pero eran cincuenta y no cinco. Se dieron cuenta, además, de que ese camino —y en realidad todo el trecho entre ellos y la ciudad en ruinas— no ofrecía el menor refugio ni para esconder a un zorro; era puro pasto duro, guijarros y piedras lisas. Para peor de males, los niños vestían los trajes que les habían dado los gigantes la noche anterior. A Barroquejón nada le había quedado bien. Jill iba con un vestido color verde fuerte que le quedaba sumamente largo, y encima un manto escarlata bordeado de piel blanca. Scrubb llevaba calcetines color escarlata, túnica y capa azul, una espada con empuñadura de oro y gorra con plumas.

—Lindos trocitos de color son ustedes dos —murmuró Barroquejón—. Se destacan estupendamente en un día de invierno. Ni el peor arquero del mundo podría errarles a cualquiera de los dos si están a tiro. Y hablando de arqueros, vamos a lamentar muy pronto no tener nuestros arcos, no me extrañaría nada. Un poco delgada, también, esa ropa de ustedes, ¿no?

—Sí, ya me estoy congelando —dijo Jill.

Unos pocos minutos antes, mientras estaban en la cocina, Jill creía que si lograban siquiera salir del castillo su fuga sería casi un éxito. Ahora comprendía que aún tenían por delante la parte más peligrosa.

—Despacio, despacio —dijo Barroquejón—. No miren para atrás. No caminen tan rápido. No vayan a correr. Que parezca que estamos simplemente dando un paseo y, entonces, si alguien nos ve, es posible que no sospeche nada. En el instante en que parezca que vamos huyendo, estaremos perdidos.

La distancia hasta la ciudad en ruinas era mucho más larga de lo que Jill hubiera creído. Pero poco a poco la fueron recorriendo. De pronto se escuchó un ruido. Los otros dos se quedaron sin respiración. Jill, que no sabía qué era, preguntó:

—¿Qué fue eso?

—Cuerno de caza —susurró Scrubb.

—Pero no corran, ni siquiera ahora —dijo Barroquejón—. No corran hasta que yo dé la orden.

Esta vez Jill no pudo dejar de echar una mirada rápida por sobre el hombro. Tras ellos, a unos ochocientos metros de distancia a la izquierda, se veía regresar a los cazadores.

Siguieron caminando. Súbitamente estalló un gran clamor de voces de los gigantes azuzando a sus perros.

—Nos han visto. Corran —dijo Barroquejón.

Jill se arremangó sus largas faldas, horribles para correr con ellas puestas, y corrió. El peligro era indudable ahora. Podía oír la música de la cacería. Podía oír la voz del Rey.

—¡Persíganlos, persíganlos, o no tendremos pastel de hombre mañana! —vociferaba.

Jill iba al último, muy incómoda con su vestido, resbalando en las piedras sueltas, con el pelo que se le metía en la boca y sintiendo continuos dolores en el pecho. Los perros de caza estaban cada vez más cerca. Ahora tenía que correr cuesta arriba, subiendo la pedregosa pendiente que llevaba al peldaño más bajo de la escalera gigante. No tenía idea de qué harían cuando llegaran allí, ni si estarían mejor si es que lograban alcanzar la cumbre. Pero no pensaba en eso. Se sentía como un animal perseguido; mientras tuviera la jauría tras ella, debía correr sin parar.

El Renacuajo del Pantano iba adelante. Al llegar al escalón más bajo se detuvo, miró un poco a la derecha y de súbito se lanzó por un pequeño agujero o grieta que había en el fondo. Sus largas piernas, que desaparecieron adentro, semejaban enormemente las de una araña. Scrubb vaciló y luego desapareció detrás de él. Jill, sin aliento y tambaleándose, llegó al lugar un minuto más tarde. Era un agujero bien poco atractivo: una hendidura entre la tierra y la piedra de cerca de un metro de largo y no más de treinta centímetros de ancho. Tenías que tirarte de bruces y arrastrarte hacia adentro. No lo podías hacer con mucha rapidez tampoco. Jill estaba segura de que tendría los dientes de un perro pegados a sus talones antes de que lograra entrar.

—Rápido, rápido. Piedras. Rellenen la abertura —la voz de Barroquejón se escuchó en la oscuridad, al lado de ella.

Estaba oscuro como boca de lobo allí, salvo la luz gris que se filtraba a través de la grieta por donde habían entrado. Los otros dos trabajaban duro. Jill podía ver las pequeñas manos de Scrubb y las manos de rana del Renacuajo, negras contra la luz, esforzándose con desesperación en apilar piedras. De pronto comprendió lo importante que era y comenzó ella también a buscar a tientas las piedras y a pasárselas a los otros. Antes de que los perros empezaran a ladrar y a aullar a la entrada de la cueva, ya la tenían bastante tapada; claro que ahora no había ni una gota de luz.

—Vamos más adentro, rápido —dijo la voz de Barroquejón.

—Tomémonos de las manos —sugirió Jill.

—Buena idea —dijo Scrubb.

Pero se demoraron un buen rato en encontrar las manos unos de otros en la oscuridad. En ese momento los perros olfateaban al otro lado de la barrera.

—Veamos si podemos ponernos de pie —propuso Scrubb.

Lo hicieron y comprobaron que podían. Luego, Barroquejón, tomando la mano de Scrubb que venía tras él, y Scrubb la de Jill que le seguía (y que deseaba ardientemente ser la del medio del grupo y no la última), principiaron a avanzar tanteando el camino con los pies y dando tropezones en medio de las tinieblas. Bajo sus pies sólo había piedras sueltas. Barroquejón se encontró ante una muralla de rocas. Doblaron un poco a la derecha y continuaron. Hubo muchas más vueltas y curvas. Jill había perdido totalmente el sentido de orientación y no tenía idea de dónde estaba la boca de la cueva.

—El asunto es —la voz de Barroquejón llegó desde la oscuridad allá adelante— decidir si no sería mejor, tomando en cuenta todas las cosas, regresar (si *podemos)* y darles a los gigantes un gusto en ese banquete de ellos en vez de perdernos en las entrañas de una colina donde, apuesto diez contra uno, debe haber dragones y hoyos profundos y gases y agua y... ¡Ay! ¡Suéltenme! Sálvense ustedes. Me...

Después, todo sucedió muy rápido. Hubo un grito salvaje, un chasquido, un ruido a polvo y cascajo, un rodar de piedras, y Jill comenzó a resbalar, resbalar, resbalar desesperadamente, y resbalar a cada instante más ligero por una pendiente que se hacía más

y más escarpada. No era una cuesta lisa ni firme, sino una cuesta llena de piedras pequeñas y escombros. Incluso si hubieras podido ponerte de pie no te habría servido de nada. Cualquier pedacito de aquella pendiente en que apoyaras tu pie se deslizaría bajo tus pisadas y te acarrearía consigo. Pero Jill iba más bien tendida que parada. Y mientras más resbalaban, más revolvían las piedras y la tierra, haciendo que la avalancha general hacia abajo (incluyéndolos a ellos) fuera cada vez más rápida y ruidosa y polvorienta y sucia. Por los estridentes gritos y palabrotas de los otros dos, a Jill se le ocurrió la idea de que las piedras que ella iba soltando les estaban pegando bastante fuerte a Scrubb y a Barroquejón. Y ahora ella caía a toda velocidad, segura de que llegaría al fondo hecha pedazos.

Sin embargo, no sé por qué, ninguno se quebró. Eran una masa de magullones, y la pegajosa humedad que Jill sentía en su cara parecía ser sangre. Y toda esa mole de tierra suelta, guijarros y piedras más grandes, se había amontonado de tal manera a su alrededor (y parte encima de ella) que no podía levantarse. La oscuridad era tanta que daba lo mismo tener los ojos abiertos o cerrados. No había un ruido. Y fue ese el peor momento que Jill había pasado en su vida. ¿Y si estuviera sola...? ¿Y si los demás...? En eso sintió que algo se movía a su lado. Y luego los tres, con voces temblorosas, principiaron a explicar que parecía que ninguno tenía huesos quebrados.

—Nunca podremos volver a subir por allí —dijo la voz de Scrubb.

—¿Y se han dado cuenta del calor que hace aquí? —dijo la voz de Barroquejón—. Quiere decir que estamos a gran profundidad. Debemos estar a unos mil quinientos metros.

Nadie dijo nada. Un rato después Barroquejón agregó:

—Se me perdió el yesquero. Después de otra larga pausa, Jill dijo: —Tengo una sed terrible.

Nadie sugirió algo que hacer. Era tan obvio que no había nada que hacer. Por ahora no lo encontraban tan sumamente grave como uno lo hubiera imaginado; pero era porque estaban muy cansados.

Mucho, mucho más tarde, sin el menor aviso, se escuchó una voz absolutamente desconocida. Supieron de inmediato que no era esa única voz en todo el mundo que cada uno esperaba secretamente oír: la voz de Aslan. Era una voz sombría, monótona, casi diría, si entiendes a qué me refiero, una voz negra como el carbón.

—¿Qué hacen aquí, criaturas del Mundo de Encima? —dijo la voz.



X VIAJES SIN VER EL SOL

—¿Quién está allí? —gritaron los tres viajeros.

—Soy el guardián de las fronteras de Bajotierra, y tengo conmigo a cien terrígeros armados —fue la respuesta—. Díganme rápidamente quiénes son y qué les trae al Reino de las Profundidades.

—Nos caímos por casualidad —dijo Barroquejón, lo que era muy cierto.

—Muchos caen y pocos vuelven a las tierras soleadas —dijo la voz—, Y ahora, prepárense para venir conmigo ante la Reina del Reino de las Profundidades.

—¿Qué quiere de nosotros? —preguntó Scrubb, con cautela.

—No lo sé —repuso la voz—. Su voluntad no se cuestiona sino que se obedece.

Mientras decía estas palabras se sintió un ruido semejante a una débil explosión e inmediatamente una fría luz gris y un poco azulada inundó la caverna. Al instante se desvaneció toda esperanza de que el que hablaba hubiera estado fanfarroneando inútilmente. Jill se encontró de pronto parpadeando y mirando asombrada a una densa multitud. Los había de todos tamaños, desde pequeños gnomos de apenas treinta centímetros de alto hasta imponentes personajes más altos que un hombre. Todos llevaban lanzas de tres dientes en sus manos, y todos eran terriblemente pálidos, y permanecían inmóviles como estatuas. Aparte de eso, eran todos muy distintos, algunos tenían cola y otros no, algunos usaban enormes barbas y otros tenían caras muy redondas y lampiñas, grandes como un zapallo. Había narices largas y puntiagudas, y narices largas y blandas como pequeñas trompas, y grandes narices rojas. Muchos tenían un solo cuerno en medio de la frente. Pero en algo eran todos iguales: no te puedes imaginar rostros más tristes que los de aquellas cien criaturas. Tan tristes que, a la primera mirada, Jill casi se olvidó de tenerles miedo. Sintió ganas de alegrarlos un poco.

—¡Caramba! —dijo Barroquejón, sobándose las manos—. Esto es justo lo que yo necesitaba. Si estos tipos no me enseñan a tomar la vida en serio, no sé quién lo hará. Mira ese con el bigote de foca... Y ese otro con...

—Levántense —dijo el jefe de los terrígeros.

No había nada más que hacer. Ayudándose dificultosamente con brazos y rodillas, los tres viajeros lograron ponerse de pie, y se tomaron de la mano. Uno necesita sentir la mano de un amigo en un momento así. Y los terrígeros se agruparon a su alrededor, pisando silenciosamente con sus grandes pies suaves, algunos con diez dedos, otros con doce, otros con ninguno.

—Marchen —ordenó el guardián—; y marcharon.

La fría luz provenía de una gran esfera colocada en lo alto de un palo largo que portaban los gnomos más altos encabezando la procesión. Gracias a sus lúgubres rayos pudieron darse cuenta de que estaban en una caverna natural; las salientes, recovecos y hendiduras de las murallas y del techo dibujaban miles de fantásticas formas, y el pedregoso suelo acentuaba su declive a medida que avanzaban. Para Jill esto era mucho peor que para los demás, porque ella odiaba los lugares oscuros y subterráneos. Y cuando, mientras seguían adelante, la cueva se volvía más baja y estrecha, y cuando por fin el que llevaba la luz se hizo a un lado, y los gnomos se inclinaron (todos, excepto los muy menudos) y entraron por una pequeña grieta oscura y desaparecieron, Jill sintió que no podía soportar más.

—¡No puedo entrar ahí, no puedo, no puedo! ¡No entraré! —jadeó.

Los terrígeros no dijeron nada, pero todos bajaron sus lanzas y las apuntaron contra ella.

—Tranquila, Pole —dijo Barroquejón—. Esos tipos grandotes no se meterían ahí si después esa cueva no se ensanchara. Y lo bueno de estar en este subterráneo es que no tendremos lluvia.

—Es que tú no entiendes. ¡Yo no puedo! —gimió Jill.

—Piensa cómo me sentí *yo* en aquel acantilado, Pole —dijo Scrubb—. Pasa tú primero, Barroquejón, y yo iré detrás de ella.

—Eso es —dijo el Renacuajo del Pantano, bajando a gatas—. Agárrate de mis talones, Pole, y Scrubb se tomará de los tuyos, y todos estaremos así más cómodos.

—¡Cómodos! —exclamó Jill.

Pero bajó y todos se arrastraron hacia adentro empujándose con los codos. El lugar era espantoso. Tenías que ir con la cara pegada contra el suelo por cerca de media hora, según les pareció a ellos, aunque deben haber sido sólo cinco minutos. Hacía calor. Jill sintió que se asfixiaba. Pero por fin asomó una luz pálida adelante; el túnel se ensanchaba, y salieron, todos sucios, acalorados y temblorosos, a una cueva tan espaciosa que casi no parecía cueva.

Estaba llena de un débil y soñoliento resplandor, de modo que aquí no se necesitaba el extraño farol de los terrígeros. Una especie de musgo ablandaba el suelo, de donde crecían numerosos y curiosos bultos con ramas y altos como árboles, pero fofos como los hongos. Estaban demasiado distanciados como para formar un bosque; se asemejaba más bien a un parque. La luz (de color gris verdoso) parecía brotar tanto de ellos como del musgo y no era tan potente como para alcanzar el techo de la cueva, que debía estar muy arriba. Los hicieron marchar ahora a través de aquel lugar suave, blando, soporífero. Era muy triste, pero con una cierta serena tristeza, como una música suave.

Pasaron delante de docenas de animales muy raros echados sobre el pasto, muertos o dormidos, Jill no supo bien. La mayoría eran una especie de dragones o murciélagos; Barroquejón tampoco supo qué era ninguno de ellos.

—¿Se crían aquí? —preguntó Scrubb al guardián. Este pareció muy sorprendido de que le hablaran, pero respondió:

—No. Todas son bestias que, de alguna manera, encontraron su camino bajando por abismos y cuevas desde Sobretierra hasta el Reino de las Profundidades. Muchos bajan y pocos retornan a las tierras soleadas. Se dice que despertarán al fin del mundo.

Su boca se cerró como una caja cuando hubo dicho esto, y en el gran silencio de esa cueva los niños tuvieron la impresión de que no se atreverían a volver a hablar. Los pies descalzos de los gnomos, pisando suavemente el espeso musgo, no hacían el menor ruido. No había viento, no había pájaros, no había ruido de agua. No se escuchaba respirar a esos extraños animales.

Después de andar varios metros llegaron ante un muro de roca con una arcada baja que daba a otra caverna. Sin embargo, no era tan mala como la última entrada y Jill pudo pasar sin bajar la cabeza. Estaban ahora en una cueva más pequeña, larga y angosta, más o menos de la forma y tamaño de una catedral. Allí, llenando casi todo el largo de la cueva, yacía un hombre enorme, profundamente dormido. Era lejos más grande que cualquiera de los gigantes, y su cara no parecía la de un gigante, sino que era noble y hermosa. Su pecho subía y bajaba pausadamente bajo la barba blanca como la nieve que lo cubría hasta la cintura. Una plateada luz muy pura (ninguno pudo ver de dónde salía) caía sobre su cuerpo.

—¿Quién es ese? —preguntó Barroquejón. Y hacía tanto rato que nadie hablaba que

Jill se admiró de que hubiera tenido el valor de hacerlo.

—Es el viejo Padre Tiempo, que una vez fue rey en Sobretierra —contestó el guardián—. Y ahora se ha hundido en el Reino de las Profundidades y ahí yace, soñando con todo lo que hacía en el Mundo de Más Arriba. Muchos se hunden y pocos regresan a las tierras soleadas. Dicen que despertará al fin del mundo.

Saliendo de esa cueva pasaron a otra, y luego a otra y a otra, y así hasta que Jill perdió la cuenta, pero siempre iban descendiendo y cada cueva era más baja que la anterior, hasta que el solo pensar en el peso y en la profundidad de la tierra que tenías encima, te sofocaba. Por fin llegaron a un sitio donde el guardián ordenó que encendieran de nuevo su melancólico farol. Luego entraron en una caverna tan extensa y sombría que lo único que pudieron ver, justo frente a ellos, fue una franja de arena pálida que bajaba hacia un agua estancada. Y allí, junto a un pequeño malecón, fondeaba un barco sin mástil ni velas, pero con muchos remos. Los hicieron subir a bordo y los condujeron a proa, donde había un amplio espacio frente a las bancas de los remeros y un asiento alrededor de la borda.

—Hay algo que quisiera saber —dijo Barroquejón—. ¿Habrá alguien de nuestro mundo, de allá arriba quiero decir, que haya hecho este viaje antes que nosotros?

—Muchos se hicieron al mar en las playas pálidas —repuso el guardián— y...

— Sí, ya sé —interrumpió Barroquejón—. *Y pocos regresaron a las tierras soleadas.* Eres un tipo de ideas fijas, ¿no es así?

Los niños se apretaron uno a cada lado de Barroquejón. Lo habían tomado por un aguafiestas cuando estaban todavía allá arriba, pero acá abajo parecía que era lo único consolador que tenían. Después, los terrígeros colgaron el pálido farol en medio del barco, se sentaron a los remos y la nave comenzó a moverse. La luz del farol iluminaba sólo un cortísimo trecho. Mirando hacia adelante, veían únicamente el agua tersa y negra que se perdía en una oscuridad absoluta.

—Oh, ¿qué va a ser de nosotros? —dijo Jill, desesperada.

—No te desalientes ahora, Pole —dijo el Renacuajo del Pantano—. Hay algo que debes recordar: vamos nuevamente por el buen camino. Teníamos que llegar debajo de la ciudad en ruinas y *estamos* debajo. Empezamos otra vez a seguir las instrucciones.

Poco después les dieron de comer: unos pasteles de no sé qué, aplastados y fofos, sin gusto a nada. Y al rato se fueron quedando dormidos. Pero cuando despertaron todo era igual; los gnomos seguían remando, el barco seguía deslizándose silenciosamente y siempre esa profunda oscuridad al frente. Cuántas veces despertaron y se durmieron y comieron y volvieron a dormirse, nadie pudo recordarlo jamás. Y lo peor de todo era que empezabas a sentirte como si hubieras vivido siempre en ese barco, en esa oscuridad, y te preguntabas si el sol y los cielos azules y el viento y las aves no serían sólo un sueño.

Ya se habían cansado de esperar o tener miedo de cualquier cosa, cuando por fin vieron luces más adelante; tristes luces, como las de su propio farol. Y, de súbito, una de aquellas luces se acercó y comprendieron que se estaban cruzando con otro barco. Después divisaron varios más. Forzando la vista hasta que les dolieron los ojos, lograron ver que algunas de las luces de más adelante iluminaban lo que parecía ser muelles, muros, torres y muchedumbres en movimiento. Y todavía no se escuchaba un solo ruido.

—¡Ah, flauta! —exclamó Scrubb—. ¡Una ciudad!

Y así era, como todos pudieron ver.

Mas era una ciudad bastante singular. Había tan pocas luces y estaban tan distanciadas que no servirían ni siquiera en las apartadas casas de campo allá en nuestro mundo. Pero esos pedacitos que las luces permitían vislumbrar eran como fragmentos de un

gran puerto de mar. En un punto podías distinguir una gran cantidad de barcos cargando o descargando; en otro, fardos de materiales y bodegas; en un tercero, muros y pilares que evocaban grandes palacios o templos; y siempre, dondequiera que cayera la luz, interminables multitudes, cientos de terrígeros, dándose empellones mientras caminaban pisando con suavidad rumbo a sus quehaceres por calles estrechas, atravesando amplias plazas o subiendo imponentes escaleras. Su continuo movimiento producía un cierto ruido débil, susurrante, a medida que la nave se iba acercando más y más; pero no se escuchaba una canción ni un grito ni una campana ni el chirrido de una rueda en todo aquel lugar. La ciudad era tan silenciosa y casi tan oscura como el interior de un hormiguero.

Finalmente, el barco atracó en un muelle y allí lo amarraron. Llevaron a los tres viajeros a tierra y los hicieron marchar hasta la ciudad. Un gentío de terrígeros, todos distintos, se codeaban con ellos en las calles atestadas, y la triste luz caía sobre incontables rostros tristes y grotescos. Mas ninguno mostraba el menor interés en los extranjeros. Parecía que cada gnomo estaba tan atareado como triste, a pesar de que Jill nunca supo en qué estaban tan ocupados. Pero continuaba la actividad sin fin: los empujones, la precipitación y el silencioso vagabundear.

Por fin llegaron a lo que parecía ser un gran castillo, aunque sólo algunas de las ventanas tenían luz. Los hicieron entrar, cruzar un patio y subir varias escaleras, hasta desembocar en una enorme habitación lóbregamente iluminada. Pero en un rincón —¡oh dicha!— había un vestíbulo lleno de una luz muy diferente: la honesta, amarillenta, cálida luz de una lámpara como las que usamos los humanos. Lo que dejaba ver la luz de ese vestíbulo era el pie de una escalera que se perdía hacia lo alto entre paredes de piedra. La luz parecía venir de arriba. Parados a cada lado del vestíbulo había dos terrígeros, posiblemente centinelas o lacayos.

El guardián se dirigió hacia ellos y les dijo, como si fuera un santo y seña:

—Muchos se hunden en el Mundo Subterráneo.

—Y pocos regresan a las tierras soleadas —respondieron ellos, como si fuera la contraseña.

Entonces los tres, juntando sus cabezas, se pusieron a conversar. Por fin uno de los gnomos sirvientes dijo:

—Sé que su Majestad la Reina ha salido de aquí, a su gran aventura. Es mejor que mantengamos bajo estricta vigilancia a estos tres habitantes de arriba hasta su retorno. Pocos regresan a las tierras soleadas.

En ese momento la conversación fue interrumpida por algo que a Jill le pareció el sonido más delicioso del mundo. Venía de arriba, del extremo de la escalera; y era una clara y resonante voz perfectamente humana: la voz de un joven.

—¿Qué tumulto tienen allá abajo, Mulugúderun? —gritó—. ¡Ah, gente de Sobretierra! Tráiganmelos de inmediato.

—¿Quisiera su Alteza recordar...? —comenzó Mulugúderun, pero la voz lo cortó en seco.

—Mi Alteza quiere antes que nada ser obedecido, viejo rezongón. Tráelos arriba —gritó.

Mulugúderun meneó la cabeza, hizo señas a los viajeros para que lo siguieran y principió a subir la escalera. A cada paso aumentaba la luminosidad. Suntuosos tapices colgaban de las paredes. La luz de la lámpara brillaba dorada a través de las delgadas cortinas al final de la escalera. Los terrígeros corrieron las cortinas y se quedaron a un lado. Los tres entraron y se encontraron en una hermosa habitación, adornada con una magnífica

tapicería; había un fuego chisporroteando en el limpio hogar, y vino tinto y cristal cortado relucían sobre la mesa. Un joven de cabello claro se levantó para recibirlos. Era buenmozo y tenía un aire atrevido y bondadoso a la vez, a pesar de que había algo raro en su cara. Vestía de negro y, por su aspecto, se parecía un poquito a Hamlet.

—¡Bienvenidos, habitantes de arriba! —gritó—. Pero quédense un momento, ¡Por piedad! Los he visto antes a ustedes dos, gentiles niños, y a éste, su extraño guía. ¿No fueron ustedes tres a quienes conocí junto al puente en las fronteras del Páramo de Ettins cuando cabalgaba al lado de mi Señora?

—Oh... ¿tú eres el Caballero de Negro que no hablaba? —exclamó Jill.

—¿Y esa señora era la Reina de Bajotierra? —preguntó Barroquejón, con tono muy poco cordial.

Y Scrubb, que estaba pensando lo mismo, gritó violentamente:

—Porque si era ella, creo que fue sumamente malvada al mandarnos a un castillo de gigantes que pretendían comernos. Me gustaría saber qué mal le hemos hecho a ella nosotros.

—¿Cómo? —dijo el Caballero Negro, frunciendo el ceño—. Si no fueras un guerrero tan joven, niño, nos habríamos batido a muerte tú y yo en esta disputa. No acepto oír palabras en contra del honor de mi Señora. Pero ten por seguro que lo que te haya dicho, lo dijo con buena intención. No la conoces. Ella es un ramillete de virtudes, de veracidad, de compasión, de constancia, de bondad, de valor, y todo lo demás. Yo bien lo sé. Solamente su amabilidad conmigo, que no tengo con qué retribuir, constituiría una historia admirable. Pero de ahora en adelante la conocerán y la amarán. Mientras tanto, ¿qué han venido a hacer al Reino de las Profundidades?

Y antes de que Barroquejón pudiera pararla, Jill dejó escapar estas palabras:

—Por favor, estamos tratando de encontrar al Príncipe Rilian de Narnia.

Y entonces se dio cuenta del terrible riesgo que corría; esta persona bien podía ser un enemigo. Pero el Caballero no demostró interés.

—¿Rilian? ¿Narnia? —dijo despreocupadamente—. ¿Narnia? ¿Qué país es ése? Nunca oí ese nombre. Debe estar a miles de leguas de los lugares de Sobretierra que yo conozco. Pero fue una extraña fantasía la que los trajo a buscar a ese ¿cómo se llama? ¿Bilian, Trilian? en el reino de mi Señora. En verdad, que yo sepa, ese hombre no está aquí.

Se rió muy fuerte y Jill pensó para sí: "¿Será *eso* lo raro que hay en su cara? ¿Será un poco tonto?"

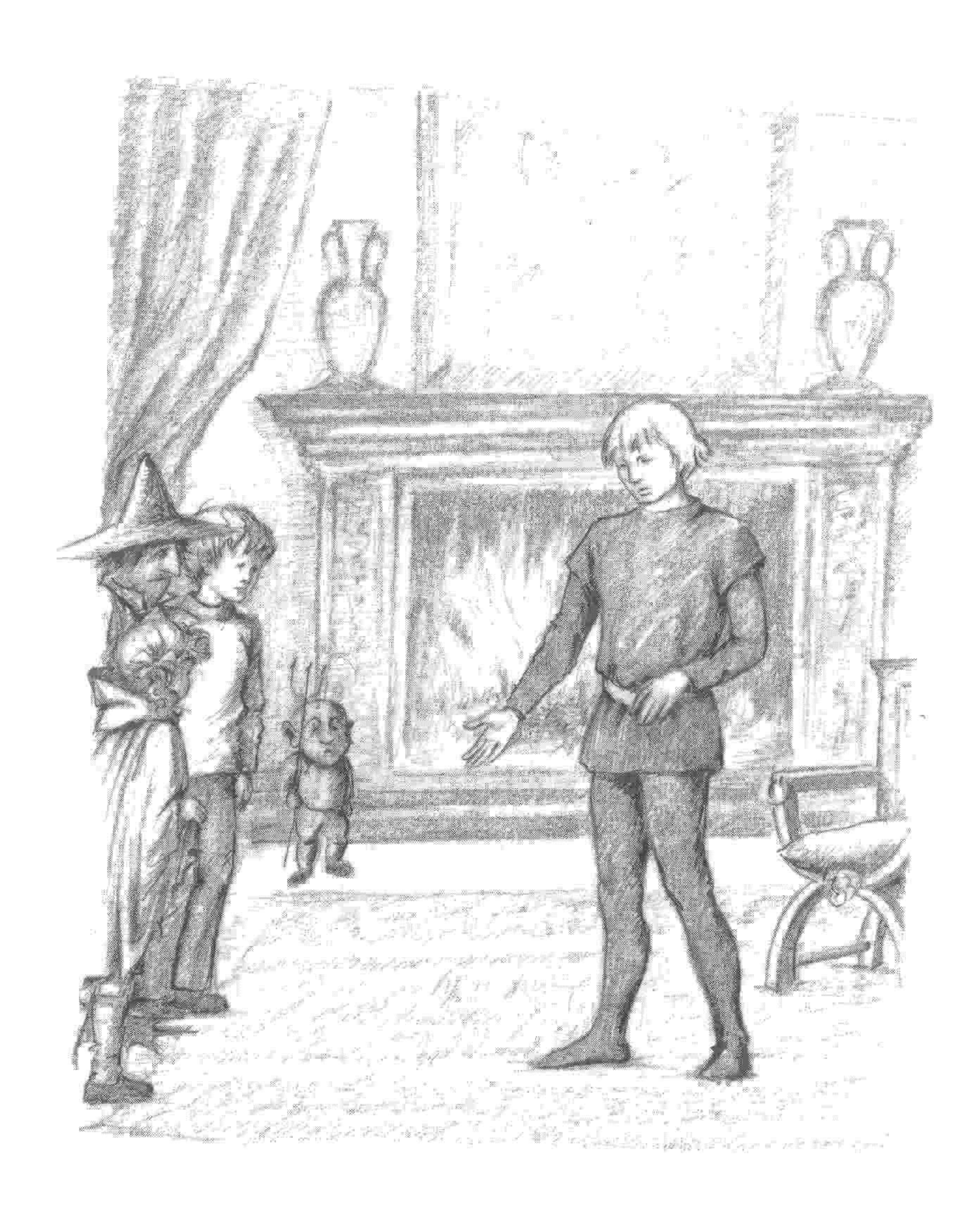
—Nos dijeron que buscáramos un mensaje en las piedras de la ciudad en ruinas —dijo Scrubb—. Y vimos las palabras DEBAJO DE MI.

El Caballero se rió aún con más ganas que antes.

—Los engañaron —dijo—. Esas palabras no tienen ningún significado para el propósito de ustedes. Mejor hubiera sido que le hubieran preguntado a mi Señora. Ella les habría dado el mejor consejo. Pues esas palabras son todo lo que queda de una larga inscripción que en tiempos antiguos, como ella recuerda muy bien, expresaba estos versos:

Aunque bajo Tierra y sin trono ahora me vi
Mas, mientras viví, toda Tierra estaba debajo de mí

Por lo cual está clarísimo que algún gran rey de los antiguos gigantes, que está enterrado ahí, hizo que se grabara esa fanfarronada en las piedras que cubren su sepulcro; aunque al quebrarse algunas piedras y al llevar otras para las nuevas construcciones, han



quedado solamente tres palabras que todavía se pueden leer. ¿No es el chiste más divertido

del mundo que ustedes hayan pensado que lo habían escrito para ustedes?

Fue como un balde de agua fría para Scrubb y Jill, pues les pareció muy posible que las palabras no tuvieran absolutamente nada que ver con su búsqueda, y que los hubiera llevado hasta allá una simple casualidad.

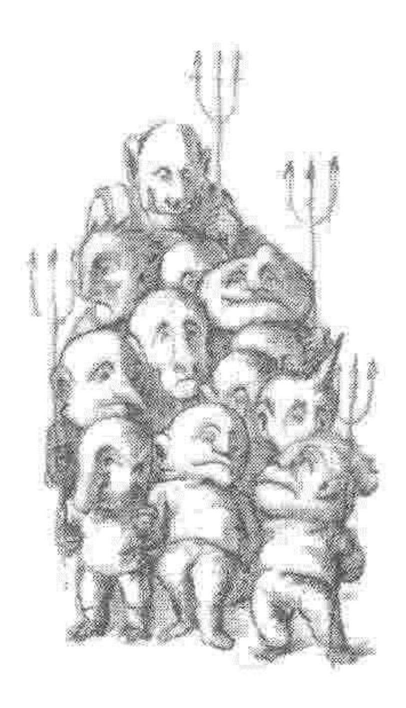
—No se preocupen —dijo Barroquejón—. *No existen* las casualidades. Es Aslan quien nos guía; y él estaba allí cuando el rey gigante mandó esculpir las letras, y ya sabía todo lo que sucedería después; incluyendo *esto.*

—Este guía tuyo debe ser un viejo vividor, amigo mío —dijo el Caballero con otra de sus risotadas.

Jill empezaba a encontrarlo un poco pesado.

—Y a mí me parece, señor —replicó Barroquejón—, que esa Señora tuya debe ser una vieja vividora también, si recuerda los versos tal como los esculpieron.

—Muy astuto, Cara de Rana —dijo el Caballero, palmoteando a Barroquejón en el hombro y riendo otra vez—. Y le acertaste a la verdad. Ella es de estirpe divina, y no conoce la edad ni la muerte. Yo le estoy muy agradecido por su infinita generosidad con un pobre desgraciado mortal como yo. Porque han de saber, señores, que soy un hombre víctima de los más extraños sufrimientos, y nadie más que su Majestad la Reina habría



tenido paciencia conmigo. ¿Paciencia, dije? Pero, si va mucho más allá que eso. Ella me ha prometido un gran reino en Sobretierra, y cuando sea rey, su graciosa mano en matrimonio. Pero la historia es demasiado larga para que ustedes la escuchen en ayunas y de pie. ¡Eh, alguno de ustedes allá afuera! Traigan para mis huéspedes el vino y la comida que agradan a los habitantes de arriba. Por favor, siéntense caballeros. Pequeña doncella, siéntate en esa silla. Van a escuchar toda la historia.

XI EN EL CASTILLO TENEBROSO

Cuando trajeron la comida (que era pastel de pichón, jamón frío, ensalada y bizcochos), acercaron sus sillas a la mesa y empezaron a comer. El Caballero continuó:

—Ustedes deben entender, amigos, que yo no sé nada de quién fui ni de cuándo vine a este mundo sombrío. No recuerdo haber vivido en otra parte fuera de la corte de esta tan celestial Reina; pero creo que ella me salvó de algún maligno encantamiento y me trajo hasta aquí por su excesiva generosidad. (Honrado Cara de Rana, tu copa está vacía. Permíteme que te la vuelva a llenar). Y esto me parece lo más posible, pues aún ahora estoy ligado a un hechizo, del cual sólo mi Señora puede liberarme. Todas las noches llega una hora en que mi mente sufre un horrible cambio, y, tras la mente, todo mi cuerpo. Al principio me pongo furioso y violento y me abalanzaría contra mis mejores amigos para asesinarlos, si no estuviera atado. Y al minuto después, tomo la apariencia de una enorme serpiente, hambrienta, feroz y mortal. (Señor, por favor, sírvete otra pechuga de pichón, te lo ruego). Así me han dicho, y seguramente dicen la verdad, ya que mi Señora dice lo mismo. Yo no sé nada de eso, porque cuando pasa mi hora, despierto olvidando todo aquel ruin arrebato y con mi mismo aspecto y mi mente sana, salvo que muy fatigado. (Damita, come uno de esos bizcochos de miel que traen para mí desde alguna tierra de bárbaros en el lejano sur del mundo). Ahora su Majestad la Reina sabe, por sus artes, que me veré libre de este hechizo una vez que ella me haya hecho rey de una tierra en el Mundo de Encima y haya puesto su corona sobre mi cabeza. La tierra ya está elegida, así como el lugar exacto para nuestra evasión. Sus terrígeros han trabajado día y noche cavando un camino por debajo y ya han ido tan lejos y a tal altura que han hecho un túnel de una veintena de metros justo debajo del pasto sobre el que caminan los habitantes de ese país de arriba. Y dentro de muy poco se cumplirá el sino de esos montañeses. La Reina ha ido esta noche a las excavaciones, y yo espero un mensaje para acudir a su lado. Entonces el delgado techo de tierra que todavía me mantiene alejado de mi reino se abrirá, y con ella como guía y mil terrígeros a mis espaldas, cabalgaré hacia adelante en armas, caeré sorpresivamente sobre mis enemigos, mataré a sus jefes, derribaré sus plazas fuertes y, sin duda, seré coronado rey dentro de cuatro y veinte horas.

—*Ellos* tienen harta mala suerte, ¿no? —dijo Scrubb.

—¡Sois un muchacho de un ingenio maravilloso y muy ágil! —exclamó el Caballero—. Pues, por mi honor, nunca había pensado en eso antes. Entiendo lo que quieres decir.

Por unos instantes pareció ligeramente, muy ligeramente, perturbado; pero pronto su cara se iluminó y rompió en otra de sus carcajadas.

—¡Pero qué vergüenza tanta gravedad! ¡Es la cosa más cómica y ridícula del mundo pensar en todos ellos yendo a sus trabajos, sin soñar que bajo sus pacíficos campos y suelos, sólo unas brazas más abajo, hay todo un ejército listo para irrumpir allí y caerles encima como un manantial! ¡Y pensar que no se lo han sospechado nunca! ¡Pero si ellos mismos, una vez pasado el primer escozor de su derrota, no tendrán otra alternativa que reírse de todo esto!

—No lo encuentro nada de divertido —dijo Jill—. Creo que vas a ser un perverso tirano.

—¿Qué? —dijo el Caballero, riendo todavía y haciéndole cariño en la cabeza de una

manera exasperante—. ¿Nuestra damita es una astuta política? Pero no temas, mi amor. Cuando gobierne esa tierra, haré todo lo que me aconseje mi Señora, que entonces será además mi Reina. Su palabra será mi ley, igual que mi palabra será ley para el pueblo que habremos conquistado.

—Allá de donde yo vengo —dijo Jill, a quien por minutos le desagradaba más el Caballero— no hay muy buena opinión de los hombres que se dejan mandar por sus esposas.

—Pensarás distinto cuando tú misma tengas tu propio hombre, te lo garantizo —repuso el Caballero, pensando aparentemente que esto era muy gracioso—. Pero con mi Señora el asunto es diferente. Yo estoy muy contento de vivir siguiendo sus consejos, que ya me han salvado de miles de peligros. Ninguna madre se ha tomado mayores molestias por su hijo con tanta ternura como su gracia la Reina ha hecho por mí. Vean cómo, en medio de todas sus preocupaciones y trabajos, ha salido conmigo afuera, a Sobretierra para que mis ojos se acostumbren a la luz del sol. Debo ir con toda mi armadura y con la visera bajada, a fin de que ningún hombre pueda ver mi cara, y no puedo hablar con nadie. Pues ella ha sabido por medio de sus artes mágicas que esto dificultaría mi liberación del cruel hechizo que pese sobre mí. ¿No es una dama que merece toda la adoración de un hombre?

—Pareciera ser una dama muy gentil, en realidad —dijo Barroquejón, con una voz que daba a entender exactamente lo contrario.

Antes de que terminara la cena, ya estaban mortalmente cansados con la conversación del Caballero. Barroquejón pensaba: "Me pregunto cuál es el verdadero juego que se trae esa bruja con este joven tonto". Scrubb pensaba: "Es un niñito grande, realmente: pegado a las faldas de esa mujer; es un estúpido". Y Jill pensaba: "Es un grosero, tonto, presumido y egoísta como no he visto en mucho tiempo". Pero cuando terminó la comida, el humor del Caballero había cambiado. Ya no hubo más risas.

—Amigos —dijo—. Mi hora está muy cerca. Me avergüenzo de que me vean, pero me horroriza que me dejen solo. Van a entrar y me amarrarán de manos y pies a aquella silla. ¡Ay de mí! Pero así tiene que ser, porque en mi furia, según me han dicho, podría destruir todo lo que esté a mi alcance.

—Mira —dijo Scrubb—. Siento muchísimo lo de tu encantamiento, claro, pero ¿qué nos harán a *nosotros* esos tipos cuando vengan a amarrarte? Dijeron que nos meterían en prisión. Y no nos gustan mucho esos lugares tan oscuros. Preferimos quedarnos aquí hasta que tú estés… mejor... si es que podemos.

—Bien pensado —respondió el Caballero—. Es costumbre que nadie más que la Reina se quede conmigo en mi hora de maldad. Es tal su tierna preocupación por mi honor que no podría soportar que otros oídos fuera de los suyos escucharan las palabras que profiero en mi frenesí. Pero no será fácil persuadir a mis gnomos sirvientes de que ustedes deben permanecer conmigo. Y parece que ya oigo sus pasos suaves por las escaleras. Crucen aquella puerta, que lleva a mis otros aposentos. Allí esperen mi regreso después de que ellos me desaten; o bien, si lo prefieren, vuelvan y quédense conmigo en mis desvaríos.

Siguieron sus instrucciones y salieron de la habitación por una puerta que no habían visto todavía abierta. Llegaron, para su gran alegría, no a la oscuridad sino a un iluminado corredor. Ensayaron varias puertas y encontraron (lo que necesitaban muy urgentemente) agua para lavarse e incluso un espejo.

—Nunca nos ofreció donde lavarnos antes de la cena —dijo Jill, secándose cara—. Grosero, egoísta, egocéntrico.

—¿Vamos a regresar para presenciar el hechizo, o nos quedaremos aquí? —preguntó

Scrubb.

— Voto porque nos quedemos aquí —dijo Jill—. Prefiero no verlo.

Pero sentía un poco de curiosidad, de todos modos.

—No, regresemos —dijo Barroquejón—. Puede que recojamos alguna información, y necesitamos echar mano de todo lo que podamos lograr. Estoy convencido de que esa Reina es una bruja, y nuestra enemiga. Y esos terrígeros nos darán un buen golpe en la cabeza en cuanto nos vean. Hay un fuerte olor a peligro y a mentiras y a magia y a traición en esta tierra, como no he olido nunca antes. Tenemos que tener ojos y oídos abiertos.

Volvieron al corredor y empujaron suavemente la puerta abierta. "Todo está bien", dijo Scrubb, lo que significaba que no se veía ningún terrígero cerca. Entonces regresaron a la habitación donde habían cenado.

Esta vez la puerta principal estaba cerrada, ocultando la cortina por donde habían entrado antes. El Caballero estaba sentado en una curiosa silla de plata, a la que estaba atado por los tobillos, las rodillas, los codos, las muñecas y la cintura. Le corría el sudor por la frente y su rostro mostraba una gran angustia.

—Pasen, amigos —dijo, lanzándoles una rápida mirada—. Todavía no he sufrido el ataque. No hagan ruido; le dije a ese chambelán entrometido que estaban acostados. Ahora... siento que ya viene. ¡Pronto! Escúchenme mientras aún tengo dominio sobre mí mismo. Cuando esté con el ataque, es posible que les ruegue y les implore, con súplicas y amenazas, que suelten mis ataduras. Dicen que así lo hago. Recurriré a lo que sea más sagrado y a lo que sea más horrible para ustedes. Pero no me escuchen. Endurezcan sus corazones y cierren sus oídos. Porque mientras esté atado ustedes estarán a salvo. Pero si me levanto de esta silla, primero vendrá mi furia, y después —se estremeció—, me convertiré en una repugnante serpiente.

—No temas que te desatemos —dijo Barroquejón—. No tenemos ningún deseo de encontrarnos con hombres frenéticos ni con serpientes.

—Claro que no —dijeron Scrubb y Jill al unísono.

—De todos modos —agregó Barroquejón en un susurro—, no estemos tan seguros. Estemos en guardia. Hemos perdido las otras oportunidades, no lo olviden. No me extrañaría que él se pusiera muy astuto, cuando comience. ¿Podemos confiar en nosotros mismos? ¿Prometemos que diga lo que diga no tocaremos esas cuerdas? *¿Diga* lo que *diga?*

—¡Ya lo creo! —dijo Scrubb.

—No hay nada en el mundo que él pueda decir o hacer que me haga cambiar de opinión —dijo Jill.

—¡Silencio! Algo pasa —murmuró Barroquejón.

El Caballero estaba gimiendo. Su cara estaba pálida como la cera y se retorcía entre las cuerdas. Y acaso porque sentía lástima por él, o por alguna otra razón, Jill pensó que parecía un hombre mucho más agradable que antes.

—Ah —decía con voz quejumbrosa—. Hechizos, hechizos... la espesa, enmarañada, fría, pegajosa telaraña de la funesta magia. Enterrado vivo. Arrastrado bajo la tierra, en las profundidades de esta oscuridad negra como el hollín... ¿cuántos años hace ya? ¿He vivido diez años, o mil años, en el infierno? Rodeado de hombres gusanos. Oh, tengan piedad. Déjenme salir, déjenme regresar. Déjenme sentir el viento y ver el cielo... Había un pequeño estanque. Cuando miraba en él podía ver que todos los árboles parecían crecer al revés en el agua, toda verde, y debajo de los árboles, al fondo, muy al fondo, el cielo azul.

Había hablado en voz baja; luego levantó la mirada, fijó en ellos sus ojos, y dijo con

voz fuerte y clara:

—¡Rápido! Ahora estoy sano. Todas las noches estoy sano. Si pudiera salir de esta silla encantada, estaría sano para siempre. Sería un hombre de nuevo. Pero cada noche me amarran, y así se pierde mi oportunidad. Pero ustedes no son enemigos. Yo no soy vuestro prisionero. ¡Rápido! Corten estas cuerdas.

—¡Manténganse firmes! ¡Tranquilos! —dijo Barroquejón a los niños.

—Les imploro que me escuchen —continuó el Caballero, haciendo un esfuerzo para hablar con calma—. ¿Les han dicho que si me sacan de esta silla los mataré y me convertiré en una serpiente? En sus caras veo que se lo han dicho. Es mentira. Es a esta hora que estoy en mi sano juicio: es todo el resto del día cuando estoy hechizado. Ustedes no son terrígeros ni brujas. ¿Por qué habrían de estar de su lado? Por favor, corten mis ataduras.

—¡Tranquilo! ¡Tranquilo! ¡Tranquilo! —se dijeron los tres viajeros unos a otros.

—Oh, tienen corazones de piedra —gimió el Caballero—. Créanme, están ante un infeliz que ha sufrido más de lo que cualquier otro corazón mortal puede soportar. ¿Qué mal les he hecho para que se unan a mis enemigos para tenerme en tal estado de miseria? Y los minutos pasan. Es *ahora* cuando pueden salvarme; cuando haya pasado este momento, seré un idiota otra vez, el juguete y el perro faldero, no, más bien el instrumento y la herramienta de la más diabólica hechicera que haya jamás planeado el infortunio de los hombres. ¡Y esta noche, entre todas las noches, cuando ella está lejos! Me quitan una ocasión que tal vez no vuelva a tener nunca.

—Esto es horrible. Hubiera preferido que nos quedáramos afuera hasta que terminara —dijo Jill.

—¡Tranquila! —advirtió Barroquejón.

La voz del prisionero iba subiendo hasta ser un chillido.

—Suéltenme, les digo. Denme mi espada. ¡Mi espada! ¡Cuando esté libre me tomaré tal venganza de los terrígeros que en Bajotierra se hablará de ella durante miles de años!

—Está empezando la furia —anunció Scrubb—. Espero que esos nudos estén firmes.

—Sí —asintió Barroquejón—. Tendría el doble de su fuerza normal si se libera ahora. Y yo no soy muy hábil con mi espada. Nos cogería a los dos, no me extrañaría nada; y luego Pole quedaría sola para vérselas con la serpiente.

El prisionero se retorcía de tal manera dentro de sus amarras que se le incrustaban en las muñecas y tobillos.

—Tengan cuidado —dijo—. Tengan cuidado. Una noche *logré* romperlas. Pero la bruja estaba allí esa vez. No la tendrán a ella para que los ayude esta noche. Líbrenme ahora, y seré su amigo. Si no, seré su enemigo mortal.

—Es astuto, ¿no es cierto? —dijo Barroquejón.

—De una vez por todas —dijo el prisionero—, les suplico que me liberen. Por todo el miedo, por todo el amor, por los cielos luminosos de Sobretierra, por el gran León, por el mismo Aslan, los exhorto...

—¡Oh! —gritaron los tres viajeros como si los hubiesen pinchado.

—Es la Señal —dijo Barroquejón.

—Eran las *palabras* de la Señal —dijo Scrubb, más cauteloso.

—¿Y qué vamos a hacer? —exclamó Jill.

Era una pregunta tremenda. ¿De qué servía haber prometido entre ellos que no libertarían por ningún motivo al Caballero, si ahora estaban dispuestos a hacerlo, a la primera mención del nombre que más amaban? Por otra parte, ¿de qué valía aprenderse las Señales si no las iban a obedecer? Y sin embargo, ¿querría Aslan verdaderamente que

desataran a cualquiera, aun a un lunático, que lo pidiera en su nombre? ¿No sería una casualidad? ¿Y si la Reina de Bajotierra supiera todo acerca de las Señales y le hubiera enseñado ese nombre al Caballero simplemente para tenderles una trampa? Pero, ¿y si fuera realmente la Señal? ... Habían fallado tres ya; no se atrevían a fallar la cuarta.

—¡Oh, cómo saberlo! —exclamó Jill. —Creo que lo sabemos —dijo Barroquejón.

—¿Quieres decir que crees que todo saldrá bien si lo desatamos? —preguntó Scrubb.

—Eso no lo sé —repuso Barroquejón—. Pero mira, Aslan no le dijo a Jill lo que sucedería; sólo le dijo lo que tenía que hacer. Ese muchacho nos dará muerte en cuanto se levante, no me extrañaría nada. Pero eso no nos impide cumplir con la señal.

Se miraron unos a otros con ojos brillantes. Fue un momento muy terrible.

—¡De acuerdo! —dijo Jill súbitamente—. Acabemos con esto. ¡Adiós a todos...!

Se dieron la mano. El Caballero gritaba y había espuma en sus mejillas.

—Vamos, Scrubb —ordenó Barroquejón. Ambos desenvainaron sus espadas y se volvieron hacia el cautivo.

—En el nombre de Aslan —dijeron y comenzaron a cortar metódicamente las cuerdas.

Al quedar libre, el prisionero al instante cruzó la habitación de un solo salto, empuñó su espada (que le habían quitado y estaba encima de la mesa) y la desenfundó.

—¡Tú primero! —gritó y cayó sobre la silla de plata. Debe haber sido una buena espada. La plata cedió como una cuerda ante su filo, y en pocos momentos sólo quedaban unos cuantos fragmentos retorcidos, que relucían en el piso. Pero al quebrarse la silla, salió de ella un brillante destello, un ruido semejante a un leve trueno, y (por un instante) un olor nauseabundo.

—Yace allí, vil artefacto de hechicería —le dijo—, para que nunca pueda tu dueña usarte con otra víctima.

Luego se volvió y contempló a sus salvadores; y ese algo de maldad, o lo que fuera, había desaparecido de su rostro.

—¿Qué? —exclamó, volviéndose a Barroquejón—. ¿Tengo ante mí a un renacuajo del pantano, a un verdadero, vivo, honrado renacuajo del pantano de Narnia?

—¡Ah, así que *has* oído hablar de Narnia, después de todo! —dijo Jill.

—¿Lo olvidé cuando estaba bajo el sortilegio? —preguntó el Caballero— Bueno, ésa y todas las demás posesiones diabólicas se han terminado. Pueden creerme que conozco Narnia, pues soy Rilian, Príncipe de Narnia, y el gran Rey Caspian es mi padre.

—Su Alteza Real —dijo Barroquejón, hincando una rodilla en el suelo (y los niños hicieron lo mismo)—, hemos venido hasta aquí sin otro fin que encontrarte.

—¿Y quiénes son ustedes, mis otros libertadores? —preguntó el Príncipe a Scrubb y Jill.

—A nosotros nos envió Aslan mismo desde más allá del extremo del mundo para buscar a su Alteza —respondió Scrubb—. Yo soy Eustaquio y navegué con el Rey a la isla de Ramandú.

—Tengo con ustedes una deuda tan grande que jamás se la podré pagar —dijo el Príncipe Rilian—. Pero díganme, ¿mi padre está vivo todavía?

—Se embarcó rumbo al este nuevamente un poco antes de que saliéramos de Narnia, mi Señor —contestó Barroquejón— Pero su Alteza tiene que tener en cuenta que el Rey está muy anciano. Es diez a uno la posibilidad de que su Majestad muera en el viaje.

—Es anciano, dices. ¿Cuánto tiempo he estado en poder de la bruja, entonces?

—Hace más de diez años que su Alteza se extravió en los bosques al norte de Narnia.

—¡Diez años! —murmuró el Príncipe, pasándose la mano por la cara como si quisiera borrar el pasado—. Sí, te creo. Ahora que he vuelto a ser yo mismo puedo recordar esa vida encantada, aunque cuando estaba bajo el encantamiento no podía recordar mi verdadera personalidad. Y ahora, leales amigos..., pero ¡esperen! Oigo sus pies en la escalera. (¿No son para enfermar a un hombre esos pasos acolchonados, aterciopelados? ¡Uf!) Cierra la puerta con llave, niño. O espera, tengo una idea mejor. Voy a engañar a esos terrígeros, si Aslan me da el ingenio. Hagan lo mismo que haré yo.
Caminó resueltamente hacia la puerta y la abrió de par en par.



XII LA REINA DE BAJOTIERRA

Entraron dos terrígeros a la habitación, pero en lugar de avanzar se colocaron a ambos lados de la puerta e hicieron una profunda reverencia. Los siguió de inmediato la última persona que hubieran esperado o deseado ver: la Dama de la Túnica Verde, la Reina de Bajotierra. Se quedó inmóvil a la entrada de la puerta, y todos pudieron ver que sus ojos se movían abarcando toda la escena: los tres extranjeros, la silla de plata destruida y el Príncipe en libertad, con su espada en la mano.

Se puso muy pálida; a Jill le pareció esa suerte de palidez que cubre el rostro de algunas personas no por miedo sino por rabia. Por un momento la Bruja fijó su mirada en el Príncipe, una mirada asesina. Pero pareció cambiar de idea.

—Váyanse —dijo a los dos terrígeros—. Y no permitan que nadie nos moleste hasta que yo llame, bajo pena de muerte.

Los gnomos salieron obedientes con su paso silencioso, y la Bruja Reina cerró la puerta con llave.

—¿Cómo estás, mi señor Príncipe? —dijo—. ¿Aún no tienes tu ataque nocturno o se te ha pasado tan pronto? ¿Por qué estás aquí parado y sin ataduras? ¿Quiénes son estos extraños? ¿Son ellos los que han destruido la silla que era tu única salvación?

El Príncipe Rilian tiritaba mientras ella hablaba. Y no es de extrañar: no es nada fácil quitarse de encima un hechizo del que se ha sido un esclavo por diez años. Luego habló con gran esfuerzo.

—Señora, ya no habrá necesidad de esa silla. Y tú, que me has dicho cientos de veces la profunda compasión que te inspiraba yo por las brujerías que me tenían prisionero, sin duda escucharás con alegría que se han acabado para siempre. Parece que había un pequeño error en el modo en que tu Señoría las trataba. Estos, mis verdaderos amigos, me han liberado. He recuperado mi sano juicio, y hay dos cosas que quiero decirte. Primero, respecto al propósito de su Señoría de ponerme a la cabeza de un ejército de terrígeros con el objeto de irrumpir en Sobretierra y allí, por la fuerza, hacerme rey de una nación que jamás me hizo ningún daño, asesinando a sus legítimos señores y ocupando su trono como un tirano sanguinario y extranjero, ahora, que sé quién soy, aborrezco con todas mis fuerzas tamaña villanía y renuncio a ella. Y segundo, soy el hijo del Rey de Narnia, soy Rilian, el único hijo de Caspian, Décimo de ese nombre, que algunos llaman Caspian el Navegante. Por lo tanto, señora, es mi propósito, y también mi deber, partir de inmediato de la corte de su Alteza rumbo a mi propia patria. Por favor, danos a mí y a mis amigos un salvoconducto y un guía que nos lleve a través de tu oscuro reino.

La Bruja no dijo absolutamente nada, sino que caminó muy despacio por la habitación, siempre mirando de fijo al Príncipe. Al llegar a una pequeña caja pegada en la pared cerca de la chimenea, la abrió y sacó primero un puñado de polvo verde y lo arrojó al fuego. No ardió mucho, pero exhaló un aroma dulce que producía sueño. Y durante toda la conversación que siguió, el olor se hizo más fuerte y fue llenando el cuarto, embotando el pensamiento. En seguida, sacó un instrumento musical muy semejante a una mandolina. Empezó a tocar con sus dedos, rasgueando una melodía tan repetida y monótona, que a los pocos minutos casi no la notabas. Pero mientras menos la notabas, más se te metía en el cerebro y en la sangre. Esto también dificultada el poder pensar. Después de rasguear un rato (y el aroma dulce se hacía cada vez más intenso), comenzó a hablar con una voz

melodiosa y tranquila.

—¿Narnia? —dijo— ¿Narnia? A menudo escuché a su Señoría pronunciar ese nombre en sus delirios. Querido Príncipe, estás muy enfermo. No hay ninguna tierra que se llame Narnia.

—Pero claro que la hay, Señora —dijo Barroquejón— Sucede que yo he vivido allí toda mi vida.

—¿De veras? —dijo la Bruja—. Dime, te lo ruego, dónde está ese país.

—Allá arriba —repuso Barroquejón con firmeza, señalando hacia lo alto—. No... no sé exactamente dónde.

—¿Cómo? —exclamó la Reina, con una risa bondadosa, suave, musical—. ¿Existe un país arriba entre las piedras y el cemento del techo?

—No —replicó Barroquejón, batallando un poco por recuperar el aliento—. Está en el Mundo de Encima.

—¿Y qué es o dónde está, hazme el favor, este, cómo lo llamas, *Mundo de Encima?*

—¡No te hagas la tonta! —exclamó Scrubb, que luchaba duro contra el encantamiento del aroma dulzón y del rasgueo—. ¡Como si no lo supieras! Está encima, encima, donde puedes ver el cielo y el sol y las estrellas. Pero, si tú has estado allá. Allí nos conocimos.

—Te pido perdón, amiguito —se rió la Bruja (nunca has oído una risa más adorable)—. No recuerdo haberte conocido. Pero muy a menudo encontramos a nuestros amigos en los sueños. Y a menos que todos sueñen lo mismo, no puedes pedirles que lo recuerden.

—Señora —dijo el Príncipe, con dureza—. Ya he dicho a su Gracia que soy el hijo del Rey de Narnia.

—Y vas a ser, amigo querido —dijo la Bruja con voz tranquilizadora, como si le siguiera el juego a un niño—, vas a ser rey de muchas tierras inventadas por tus fantasías.

—Nosotros estuvimos ahí también —dijo bruscamente Jill.

Estaba sumamente enojada, porque sentía que el hechizo la estaba envolviendo por momentos. Pero, en realidad, el hecho de que pudiera todavía sentirlo, probaba que la magia aún no funcionaba totalmente.



—Y tú eres Reina de Narnia también, no lo dudo, preciosa —dijo la Bruja en el mismo tono zalamero y medio burlón.

—No soy nada de eso —contestó Jill, dando una patada en el suelo—. *Nosotros* venimos de otro mundo.

—¡Pero este juego es mucho más bonito que el otro! —exclamó la Bruja—. Cuéntanos, damisela, dónde está ese otro mundo. ¿Qué barcos y carros viajan entre ese mundo y el nuestro?

Por supuesto que a Jill se le vinieron montones de cosas a la cabeza inmediatamente: el Colegio Experimental, Adela Pennyfather, su hogar, equipos de radio, cines, automóviles, aviones, cupones de racionamiento, colas. Pero parecían borrosas y muy lejanas. *(Tran... tran... tran...* sonaban las cuerdas del instrumento de la Bruja). Jill no podía acordarse de los nombres de las cosas de nuestro mundo. Y ahora no se le vino a la mente la idea de que la estaban hechizando, puesto que ya la magia había tomado toda su fuerza; y, claro, mientras más hechizada estás, más segura te sientes de que no estás en absoluto embrujada. Se encontró diciendo (y fue un alivio decirlo):

—No. Supongo que ese otro mundo debe ser sólo un sueño.

—Sí. Es sólo un sueño —afirmó la Bruja, rasgueando siempre.

—Sí, sólo un sueño —repitió Jill.

—Ese mundo no ha existido jamás —dijo la Bruja.

—No —dijeron Jill y Scrubb—, jamás existió ese mundo.

—Nunca hubo otro mundo fuera del mío —dijo la Bruja.

—Nunca hubo otro mundo fuera del tuyo —repitieron los demás.

Barroquejón todavía batallaba fuerte.

—No entiendo muy bien lo que ustedes quieren decir por *un mundo* —dijo resollando como un hombre al que le falta el aire—. Puedes tocar ese violín hasta que se te duerman los dedos, pero no me harás olvidar a Narnia; y a todo el resto del Mundo de Encima. No lo volveremos a ver, no me extrañaría nada. Debes haberlo ocultado y oscurecido como éste, qué sé yo. Es muy posible. Pero yo sé que estuve allí alguna vez. He visto el cielo lleno de estrellas. He visto el sol saliendo del mar en las mañanas y escondiéndose detrás de las montañas en las noches. Y lo he visto en el cielo, a mediodía, cuando no podía mirarlo por su luminosidad.

Las palabras de Barroquejón tuvieron un efecto extraordinario. Los otros tres volvieron a respirar y se miraron como si acabaran de despertar.

—¡Claro, esto es! —gritó el Príncipe—. ¡Por supuesto! Aslan bendiga a este honrado renacuajo del pantano. En estos últimos minutos todos estábamos soñando. ¿Cómo pudimos olvidarlo? Claro que hemos visto el sol.

—¡Claro que sí, por Dios santo! —exclamó Scrubb—. ¡Estupendo, Barroquejón! Eres el único inteligente de todos nosotros, no lo dudo.

Entonces se escuchó la voz de la Bruja, suavemente arrulladora como la de una paloma en lo alto de un olmo en un viejo jardín a eso de las tres, en la mitad de una tarde soñolienta de verano; y dijo:

—¿Qué es ese *sol* de que hablan ustedes? ¿Quieren significar algo con esa palabra?

— Sí, sabemos requetebién lo que significa —respondió Scrubb.

—¿Puedes decirme cómo es? —preguntó la Bruja *(tran, tran, tran,* sonaban las cuerdas).

—Permíteme, Señoría —dijo el Príncipe, muy fría y cortésmente—. ¿Ves esa lámpara? Es redonda y amarilla y da su luz a toda la habitación; y además cuelga del techo. Bueno, lo que llamamos sol es como esa lámpara, sólo que muchísimo más grande y más brillante. Ilumina con su luz todo el Mundo de Encima y cuelga del cielo.

—¿Cuelga de dónde, mi señor? —preguntó la Bruja; luego, mientras todavía pensaban cómo responderle, ella agregó con otra de sus suaves risas de plata—. ¿Ven? Cuando tratan de pensar claramente cómo será este *sol*, no pueden decírmelo. Lo único que me pueden decir es que se parece a la lámpara. Vuestro *sol* es un sueño; y no hay nada en ese sueño que no haya sido copiado de la lámpara. La lámpara es real; el *sol* es nada más que un cuento, un cuento de niños.

—Sí, ahora lo comprendo —dijo Jill, con tono pesado y desesperado—. Debe ser así. —Y al decirlo le pareció muy sensato.

Lenta y gravemente la Bruja repitió: "No hay *sol".* Y ellos no dijeron nada. Repitió con una voz más blanda y profunda: "No hay *sol".* Después de una pausa, y luego de un gran esfuerzo mental, los cuatro dijeron al mismo tiempo: "Tienes razón. No hay sol". Fue un alivio tan grande darse por vencidos y decirlo...

—Nunca existió el *sol* —dijo la Bruja.

—No. Nunca existió el sol —repitieron el Príncipe, y el Renacuajo del Pantano, y los niños.

En esos últimos minutos, Jill tuvo la sensación de que había algo que debía recordar a toda costa. Y lo había logrado, pero era tremendamente difícil decirlo. Sentía un peso inmenso sobre sus labios. Por último, con un esfuerzo pareció sacar todo lo bueno que tenía adentro.

—¡Existe Aslan! —dijo.

—¿Aslan? —dijo la Bruja, acelerando muy ligeramente el ritmo de su rasgueo —¡Qué lindo nombre! ¿Qué significa?

—El es el gran León que nos trajo desde nuestro mundo —repuso Scrubb— y nos envió a buscar al Príncipe Rilian.

—¿Qué es un *león*? —preguntó la Bruja.

—¡Córtala ya! —exclamó Scrubb—. ¿No lo sabes? ¿Cómo podemos describírtelo? ¿Has visto alguna vez un gato?

—Por supuesto —contestó la Reina—. Me encantan los gatos.

—Bueno, un león se parece un poco, un poquito no más, en verdad, a un inmenso gato, con melena. Pero no como la melena de un caballo, te fijas, sino más bien como la peluca de un juez, Y amarillo. Y terroríficamente fuerte.

La bruja movió su cabeza.

—Ya veo —dijo— que no nos irá mejor con vuestro *león*, como lo llaman ustedes, que con vuestro *sol*. Han visto lámparas y se han imaginado una lámpara más grande y mejor y la han llamado *sol*. Han visto gatos, y ahora quieren un gato más grande y mejor, y lo han llamado *león*. Bien, es una bonita invención, pero, para ser sincera, les sentaría mejor si fueran más jóvenes. Y vean que no pueden inventar nada en sus fantasías sin copiarlo del mundo real, este mundo mío, que es el único. Pero hasta ustedes, niños, ya están grandes para tales juegos. Y en lo que toca a vos, mi señor Príncipe, que sois un hombre adulto ya, ¡qué vergüenza! ¿No te ruborizas con estos jugueteos? Vengan todos. Dejen esas triquiñuelas infantiles. Tengo trabajo para ustedes en el mundo real. No hay Narnia, ni Mundo de Encima, ni cielo, ni sol, ni Aslan. Y ahora, todos a la cama. Y empecemos mañana una vida más sensata. Pero primero, a la cama; a dormir; un sueño profundo, con

blandas almohadas; a dormir sin sueños tontos.

El Príncipe y los dos niños estaban de pie con las cabezas colgando, las mejillas sonrojadas, los ojos entrecerrados; no les quedaba una gota de fuerza; el hechizo estaba casi cumplido. Pero Barroquejón, reuniendo con desesperación todas sus energías, caminó hasta el fuego. Entonces realizó un acto de gran valentía. Sabía que no le haría tanto daño como a un humano, pues sus pies (que estaban descalzos) eran palmeados y duros y de sangre fría como los de un pato. Pero sabía que le dolería muchísimo; y así fue. Con sus pies desnudos pisoteó el fuego, convirtiendo gran parte de éste en cenizas sobre el hogar de la chimenea. Y en ese instante sucedieron tres cosas.

La primera, el pesado aroma dulzón se hizo menos intenso. Porque, aunque no se apagó totalmente el fuego, se consumió una buena parte, y lo que quedaba olía fuertemente a renacuajo del pantano quemado, el cual no es un olor de brujería. Esto permitió que instantáneamente se aclararan las mentes de todos. El Príncipe y los niños levantaron la cabeza de nuevo y abrieron los ojos.

La segunda fue que la Bruja, con una voz fuerte y terrible, totalmente diferente de los dulces tonos utilizados hasta ahora, gritó:

—¿Qué estás haciendo? ¡Atrévete a tocar una vez más mi fuego, porquería de barro, y haré arder como fuego la sangre en tus venas!

La tercera fue que el mismo dolor hizo que en un segundo se despejara la mente de Barroquejón y supiera exactamente lo que estaba pasando. No hay como un buen sacudón de dolor para disolver algunos tipos de magia.

—Una palabra, Señora —dijo, alejándose de la chimenea, cojeando por el dolor—. Una palabra. Todo lo que has dicho es muy cierto, no me extrañaría nada. Soy un tipo al que siempre le ha gustado conocer lo peor para luego enfrentarlo lo mejor posible. Así que no negaré nada de lo que has dicho. Pero aun así queda algo más que decir. Supongamos que sólo hayamos soñado o inventado todas esas cosas, árboles y pasto y sol y luna y estrellas y el propio Aslan. Supongamos que así fuera. Entonces todo lo que puedo decir es que, en ese caso, las cosas inventadas parecen ser mucho más importantes que las verdaderas. Supongamos que este foso negro que es tu reino sea el único mundo. Bueno, a mí se me ocurre que es harto pobre. Y eso es lo divertido, si te pones a pensar. Nosotros somos sólo niñitos imaginando un juego, si es que tú tienes la razón. Pero cuatro niñitos jugando un juego pueden hacer un mundo de juguete que le gana muy lejos a tu tan verdadero mundo hundido. Por eso me voy a quedar con el mundo de los juegos. Estoy del lado de Aslan en ese mundo, aunque no exista un Aslan que lo gobierne. Voy a vivir lo más como narniano que pueda aunque no haya ninguna Narnia. Por lo tanto, agradecemos mucho tu cena y, si estos dos caballeros y esta dama están dispuestos, abandonaremos tu corte de inmediato y partiremos en la oscuridad a pasar nuestras vidas en la búsqueda de Sobretierra. No creo que nuestras vidas vayan a ser muy largas; pero sería una pérdida mínima si el mundo es un lugar tan aburrido como tú dices.

—¡Bravo! ¡Viva el buen Barroquejón! —gritaron Scrubb y Jill.

Pero de pronto el Príncipe exclamó:

—¡Cuidado! Miren a la Bruja.

Cuando la miraron, se les pusieron los pelos de punta.

El instrumento musical cayó de sus manos. Sus brazos parecían estar pegados a sus costados. Sus piernas se entrelazaron y desaparecieron sus pies. La larga cola verde de su falda se volvió más gruesa y sólida y parecía formar una sola pieza con la retorcida columna de sus piernas unidas. Y esa verde columna retorcida se doblaba y oscilaba como

si no tuviera articulaciones o como si fueran sólo articulaciones. Tenía la cabeza echada muy hacia atrás y a medida que su nariz se alargaba y se alargaba, las demás partes de su cara parecieron desaparecer, excepto sus ojos. Eran ahora unos abrasadores y enormes ojos, sin pestañas ni cejas. Toma tiempo describir todo esto; pero sucedió tan rápido que uno apenas alcanzaba a verlo. Mucho antes de que hubiera ocasión de hacer algo, el cambio era completo, y la gran serpiente en que se había transformado la Bruja, verde como el veneno y gruesa como la cintura de Jill, había enrollado dos o tres anillos de su repugnante cuerpo en las piernas del Príncipe. Veloz como un relámpago, lanzó otro lazo tratando de sujetar el brazo de la espada. Pero el Príncipe estuvo más rápido. Levantó los brazos y le quedaron libres; el nudo viviente se cerró sólo hasta su pecho, listo para quebrar sus costillas como si fuera leña a medida que se fuera estrechando.

El Príncipe cogió el cuello de la criatura con su mano izquierda, tratando de apretarlo hasta estrangularla. Tenía su cara (si puedes llamar cara a eso) a unos diez centímetros de la suya. La lengua dividida por la mitad como un tenedor bailaba horriblemente entrando y saliendo, pero no pudo alcanzarlo. Rilian echó hacia atrás la espada con su mano derecha para asestar el golpe lo más fuerte que fuera posible. Entretanto, Scrubb y Barroquejón habían sacado sus armas y corrían en su ayuda. Los tres golpes cayeron al mismo tiempo: el de Scrubb (que ni siquiera traspasó las escamas y no valió de nada) en el cuerpo de la serpiente bajo la mano del Príncipe; pero el golpe del Príncipe y el de Barroquejón dieron ambos en el cuello. Mas ni eso logró matarla del todo, aunque empezó a soltar un poco su abrazo a las piernas y el pecho de Rilian. Con repetidos golpes le cortaron la cabeza. La horrible cosa seguía enroscándose y moviéndose como un trozo de alambre hasta después de muerta; y el suelo, ya puedes imaginar, quedó hecho una inmundicia espantosa.



Cuando recobró el aliento, el Príncipe dijo:

—Caballeros, les doy las gracias.

Los tres conquistadores quedaron mirándose fijamente y jadeando largo rato, sin decir una palabra. Jill, prudentemente, se había sentado y guardaba silencio; se decía: "Espero no desmayarme... ni lloriquear... ni hacer ninguna idiotez".

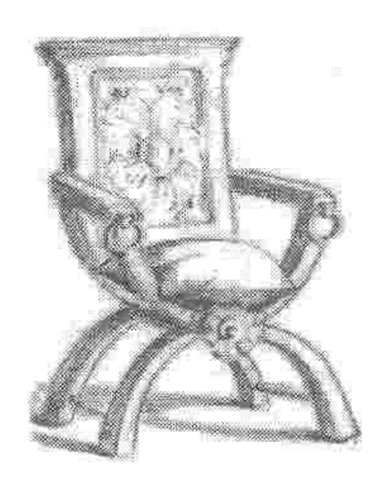
—Mi real madre ha sido vengada —dijo Rilian de pronto—. Este es sin duda el mismo reptil que perseguí en vano al lado de la fuente en los bosques de Narnia, hace tanto tiempo. Todos estos años he sido el esclavo de la asesina de mi madre. Sin embargo, estoy contento, caballeros, de que esa Bruja asquerosa haya por fin tomado su forma de serpiente. Iría contra mis sentimientos y contra mi honor el tener que asesinar a una mujer. Pero miren a la dama.

Se refería a Jill.

—Estoy bien, gracias —dijo ella.

—Damisela —le dijo el Príncipe, haciendo una reverencia—. Tienes mucho valor, y por lo tanto no dudo de que eres de sangre noble en tu mundo. Pero vengan, amigos. Aquí queda un poco de vino. Tomemos un trago y hagamos un brindis por cada uno de nosotros. Y después, a nuestros planes.

—Superbuena idea, Señor —dijo Scrubb.



XIII BAJOTIERRA SIN LA REINA

Sintieron que se habían ganado lo que Scrubb llamó un "respiro". La Bruja había cerrado la puerta con llave y ordenado a los terrígeros que no la molestaran, por lo tanto no había peligro de interrupciones por ahora. Su primera tarea era, por supuesto, el pie quemado de Barroquejón. Con un par de camisas limpias que sacaron del dormitorio del Príncipe, cortadas en tiras y bien untadas por dentro con mantequilla y aceite de la ensalada que tomaron de la mesa de la cena, hicieron unas vendas bastante buenas. Una vez puesto el vendaje, se sentaron y comieron una cena ligera, mientras discutían planes para escapar de Bajotierra.

Rilian les explicó que había una cantidad de salidas por las cuales se podía llegar a la superficie; a él lo habían sacado por la mayoría de ellas alguna vez. Pero nunca había salido solo, únicamente con la Bruja, y siempre llegó a estas salidas viajando en un barco a través del mar sin sol. Nadie podía adivinar qué dirían los terrígeros si él bajaba a la bahía sin la Bruja, y con tres extranjeros, y ordenaba simplemente que le prepararan un barco. Pero es bien probable que hicieran preguntas embarazosas. Por otra parte, la nueva salida, la que se construía para la invasión al Mundo de Encima, estaba a este lado del mar, y sólo a pocos metros de distancia. El Príncipe sabía que estaba casi terminada; unos pocos centímetros de tierra nada más separaban las excavaciones del aire exterior. Era incluso muy posible que ya estuviese totalmente terminada. Quizás la Bruja había vuelto para decírselo y comenzar el ataque. Aun si no era así, probablemente podían cavar ellos mismos y salir por esa ruta en unas pocas horas, siempre que pudieran llegar hasta allí sin que los detuvieran, y siempre que no hubiera guardia en el lugar de las excavaciones. Esas eran las dificultades.

—Si me preguntan a mí... —empezó a decir Barroquejón, cuando Scrubb lo interrumpió.

—Escuchen —dijo—¿Qué es ese ruido?

—¡Hace rato que lo oigo! —exclamó Jill.

En efecto, todos habían escuchado el ruido, pero había comenzado y había aumentado tan gradualmente que no supieron en qué momento lo advirtieron por primera vez. Al principio fue una vaga inquietud, como una brisa suave o el rumor muy lejano del tránsito. Luego creció hasta ser un murmullo semejante al mar. Después hubo estruendos y carreras precipitadas. Ahora parecía que se escuchaban voces también y además un clamor constante que no era de voces.

—¡Por el León! —exclamó el Príncipe Rilian—. Parece que esta tierra silenciosa ha encontrado por fin su lengua.

Se levantó, caminó hasta la ventana y corrió las cortinas. Los otros se agruparon a su alrededor para mirar hacia afuera.

Lo primero que advirtieron fue un enorme resplandor rojo. Su reflejo dibujaba una mancha roja en la bóveda del Mundo Subterráneo a miles de metros sobre ellos, y les permitía ver un techo rocoso que tal vez había estado oculto en la oscuridad desde los comienzos del mundo. El resplandor venía de una parte alejada de la ciudad, de modo que numerosos edificios, grandes y lúgubres, se destacaban tenebrosamente contra su luz. Pero también proyectaba su claridad en varias calles que conducían al castillo. Y algo muy curioso estaba sucediendo en aquellas calles. Las apretadas y silenciosas muchedumbres habían desaparecido. En su lugar se veían siluetas moviéndose precipitadamente, de a uno,

de a dos, de a tres. Se comportaban como gente que no quiere que la vean; acechando en la sombra detrás de los pilares o en los portales, y luego cambiándose de sitio rápidamente, atravesando el espacio abierto hacia nuevos escondites. Pero lo más raro de todo, para cualquiera que sepa de gnomos, era el ruido. Gritos y llantos por todas partes. Mas de la bahía venía un rumor bajo, sordo, que se hacía continuamente más fuerte y que ya estaba estremeciendo la ciudad entera.

—¿Qué les ha pasado a los terrígeros? —preguntó Scrubb—. ¿Son ellos los que gritan?

—Es casi imposible —respondió el Príncipe—. Nunca oí a ninguno de esos bribones hablar en voz alta en todos estos aburridos años de mi cautiverio. Alguna nueva maldad, no lo dudo.

—¿Y qué es esa luz roja allá arriba? —preguntó Jill—. ¿Algún incendio?

—Si me preguntan a mí —dijo Barroquejón—, diría que es el centro de la tierra que estalla para dar paso a un nuevo volcán. Y nosotros vamos a estar en el medio, no me extrañaría nada.

—¡Miren ese barco! —exclamó Scrubb—. ¿Por qué viene tan rápido? No se ve a nadie remando.

—¡Miren, miren! —dijo el Príncipe—. El barco ya se ha alejado de este lado de la bahía... está en la calle. ¡Miren!

¡Todos los barcos se desvían hacia la ciudad! ¡Que me zurzan, el mar está subiendo! Las aguas se nos van a venir encima. Y ¡alabado sea Aslan! Este castillo está a buena altura. Pero el agua avanza a una velocidad increíble...

—Pero ¿qué puede estar pasando? —gritó Jill—. Fuego y agua y toda esa gente escabullándose por las calles.

—Te diré lo que pasa —dijo Barroquejón—. Esa Bruja ha conjurado una serie de maleficios a fin de que a su muerte, en ese preciso instante, todo su reino se haga pedazos. Es de esa clase de persona a quien no le importa morir con tal de estar segura de que el tipo que la mate va a morir quemado, o sepultado vivo, o se ahogará cinco minutos después.

—¡Diste en el clavo, amigo Renacuajo! —exclamó el Príncipe—. Cuando nuestras espadas cortaron la cabeza de la Bruja, ese golpe acabó con sus poderes mágicos, y ahora las Tierras de las Profundidades están cayendo a pedazos. Estamos presenciando el final del Mundo Subterráneo.

—Así es, Señor —dijo Barroquejón—. A menos que dé la casualidad de que sea el final de todo el mundo.

—¿Y nos vamos a quedar aquí... a esperar? —balbuceo Jill, asombrada.

—Yo no lo aconsejaría —dijo el Príncipe—. Yo iré a rescatar a mi caballo Azabache y al de la Bruja, Copo de Nieve (una noble bestia que merecía una mejor dueña), que están en las caballerizas, en el patio. Y después, larguémonos y tratemos de llegar a lugares más altos, y recemos para poder encontrar una salida. Si es necesario, podemos ir de a dos en cada caballo, y si los espoleamos podrán pasar por sobre las aguas.

—¿Su Alteza no se pondrá la armadura? —preguntó Barroquejón—. No me gustan nada *esos*...

Y señaló hacia abajo, a la calle. Todos miraron. Docenas de criaturas (y ahora que estaban cerca, eran evidentemente terrígeros) subían desde la bahía. Pero no se movían como un gentío sin ningún propósito. Se comportaban como modernos soldados al ataque, cargando y poniéndose a cubierto, cuidando de que no los vieran desde las ventanas del castillo.

—No me atrevo a volver a mirar esa armadura —dijo el Príncipe—. Cabalgué dentro de ella como en una mazmorra andante, y apesta a magia y a esclavitud. Pero llevaré el escudo.

Salió de la habitación y volvió un poco después con una luz extraña en sus ojos.

—Miren, amigos —dijo, mostrándoles el escudo— Hace una hora era negro y sin ningún emblema; y ahora, esto.

El escudo estaba ahora brillante como la plata, y sobre él, más roja que la sangre o las cerezas, la figura del León.

—No hay duda —afirmó el Príncipe—. Esto significa que Aslan será nuestro guía y señor, ya sea que quiera que vivamos o que muramos. Y es lo mismo, vivir o morir. Ahora, yo propondría que nos arrodillemos y besemos su imagen y que luego nos demos la mano como buenos amigos que pronto deberán separarse. Y después bajemos a la ciudad y aceptemos la aventura que se nos envía.

Hicieron lo que decía el Príncipe. Pero cuando Scrubb le dio la mano a Jill, le dijo:

—Hasta luego, Jill. Siento haber sido tan gallina y tan rabioso. Espero que llegues bien a casa.

Y Jill dijo:

—Hasta luego, Eustaquio. Yo siento haber sido tan porfiada.

Era la primera vez que usaban sus nombres de pila, ya que eso no se acostumbraba en el colegio.

El Príncipe abrió la puerta y todos bajaron la escalera, tres de ellos con sus espadas desenvainadas y Jill con su cuchillo en la mano. Los sirvientes habían desaparecido y la espaciosa sala al pie de la escala del Príncipe estaba vacía. Aún ardían las grises y lúgubres lámparas y, gracias a su luz, no tuvieron dificultad en atravesar galería tras galería y en descender escalera tras escalera. Acá no se escuchaban tan claramente los ruidos de afuera como en la habitación de arriba. Dentro del castillo reinaba un silencio de muerte y todo estaba desierto. Al entrar al gran salón del piso bajo se encontraron, al dar vuelta una esquina, con su primer terrígero: una criatura gorda y blancuzca, con cara de cerdo, que engullía todos los restos de comida de las mesas. Se puso a chillar (con un chillido también similar al de los cerdos) y se tiró debajo de un banco, quitando justo a tiempo su larga cola del alcance de Barroquejón. Luego salió disparado por la puerta del fondo, tan rápido que no alcanzaron a perseguirlo.

Del salón salieron al patio. Jill, que asistió a clases de equitación durante las vacaciones, ya había reconocido el olor de las caballerizas (un olor demasiado agradable, honesto, familiar, como para sentirlo en un sitio como Bajotierra) cuando Eustaquio exclamó:

—¡Qué fantástico! ¡Miren eso!

Un magnífico cohete se había elevado, desde alguna parte detrás de los muros del castillo, y estallaba en estrellas verdes.

—¡Fuegos artificiales! —dijo Jill, perpleja.

—Sí —dijo Eustaquio—, ¡pero note imagines que esos seres de tierra los estén lanzando por entretención! Deben ser señales.

—Y apuesto a que no será nada bueno para nosotros —agregó Barroquejón.

—Amigos —dijo el Príncipe—, cuando un hombre emprende una aventura como ésta, debe decir adiós a esperanzas y temores, pues de otro modo la muerte o la liberación llegarán demasiado tarde para salvar su honor y su causa. ¡Ea, mis guapos! —ya abría la puerta de las pesebreras—. ¡Hola, amigos queridos! ¡Tranquilo, Azabache! ¡Despacio,

Copo de Nieve! No me olvidé de ustedes.

Los dos caballos estaban asustados por las extrañas luces y los ruidos. Jill, que había sido tan cobarde para pasar por un agujero oscuro de una cueva a otra, entró sin ningún miedo entre las bestias que piafaban y bufaban, y junto con el Príncipe las ensillaron y les colocaron las riendas en pocos minutos. Los animales se veían magníficos cuando entraron al patio, sacudiendo sus cabezas. Jill montó a Copo de Nieve, y Barroquejón subió a su grupa. Eustaquio subió al anca de Azabache, detrás del Príncipe. Luego, con un gran resonar de cascos, salieron cabalgando por la puerta principal en dirección a la calle.

—No hay mucho peligro de quemarse —observó Barroquejón, señalando a su derecha. Hasta ahí, apenas a unos cien metros, lamiendo las paredes de las casas, llegaba el agua.

—¡Animo! —dijo el Príncipe—. Más allá el camino baja en forma muy brusca. Esas aguas han subido sólo hasta la mitad del cerro más alto de la ciudad. Puede que se acerquen mucho en la primera media hora y que no se acerquen más en las próximas dos horas. Mi temor es aquello...

Y mostró con su espada a un enorme terrígero de dos metros con colmillos de jabalí, seguido de otros seis de variadas formas y tamaños que acababan de salir corriendo de una calle lateral para meterse en las sombras de las casas, donde nadie podía verlos.

El Príncipe los guió, siempre siguiendo la dirección de la brillante luz roja, pero un poco a su izquierda. Su plan consistía en acercarse al fuego (si es que era un fuego) y continuar hacia arriba, con la esperanza de poder encontrar un camino que los condujera hasta las nuevas excavaciones. A diferencia de los otros tres, parecía estar casi divirtiéndose. Iba silbando mientras cabalgaban, y cantó trozos de una antigua canción sobre Corín Puño de Trueno, de Archenland. La verdad es que estaba tan contento de verse libre del largo embrujo que, en comparación, todos los peligros le parecían un juego. Pero al resto, éste les parecía el viaje más horripilante.

Tras ellos se escuchaba el ruido de los barcos amarrados al chocar unos con otros, y el estruendo de los edificios derrumbándose. Arriba se veía la inmensa mancha de luz lívida en el techo del Mundo Subterráneo. Adelante, el misterioso resplandor, que no parecía aumentar mucho. De allí venía una algarabía de gritos, chillidos, silbidos, risas, quejas y bramidos; y fuegos artificiales de todas clases se trataba. Muy cerca de ellos la ciudad estaba en parte iluminada por el resplandor rojo y en parte por la luz, sumamente diferente, de las tristes lámparas de los gnomos. Pero a muchos lugares no llegaba ninguna de esas luces, y estaban negros como el carbón. Y entrando y saliendo de aquellos lugares, las siluetas de los terrígeros que se abalanzaban y se escurrían constantemente, siempre con los ojos fijos en los viajeros, siempre tratando de que no los vieran. Había caras grandes y caras pequeñas, ojos enormes como los de los peces y ojos chicos como los de los osos. Había plumas y cerdas, cuernos y colmillos, narices semejantes a látigos y barbillas tan largas que parecían barbas. De vez en cuando un grupo se hacía más numeroso o se aproximaba demasiado. Entonces el Príncipe blandía su espada y hacía amago de cargar contra ellos. Y las criaturas, con todo tipo de aullidos, chillidos y cacareos, se sumergían en la oscuridad.

Pero después de subir por muchas calles empinadas, ya lejos de la inundación y casi fuera de la ciudad hacia el interior, la situación se volvió más seria. Se encontraban cerca del rojo resplandor y casi al mismo nivel de éste, y no obstante todavía no podían darse cuenta de qué era realmente. Pero, gracias a su misma luz, veían más claramente a sus enemigos. Cientos —quizás unos cuantos miles— de gnomos avanzaban hacia el resplandor. Pero lo hacían en cortas embestidas, y cuando se paraban, se daban vuelta para

mirar a los viajeros.

—Si su Alteza me lo pregunta —observó Barroquejón—, le diría que esos tipos pretenden cercarnos por el frente.

—Pienso igual que tú, Barroquejón —repuso el Príncipe—. Y jamás podremos abrirnos camino a través de tantos. ¡Escúchenme! Sigamos hacia adelante por el costado de aquella casa. Y en cuanto lleguemos allí, escóndanse en su sombra. La dama y yo nos adelantaremos unos pocos pasos. Algunos de esos demonios nos seguirán, no lo dudo; viene una multitud detrás de nosotros. Uno de ustedes, el que tenga los brazos largos, coja uno vivo, si puede, cuando pase por nuestra emboscada. Quizás así logremos conocer la verdadera historia de todo esto, o saber qué tienen contra nosotros.

—Pero, ¿no vendrán todos los demás corriendo a rescatar al que hayamos atrapado? —dijo Jill, con una voz que no sonó tan firme como ella hubiese querido.

—Entonces, señora —repuso el Príncipe—, nos verás morir luchando a tu lado y deberás encomendarte al León. Vamos, buen Barroquejón.

El Renacuajo del Pantano se deslizó dentro de la sombra con la rapidez de un gato. Los otros, durante algunos minutos muy tensos, avanzaron a paso lento. De súbito, detrás de ellos estalló una serie de gritos que helaban la sangre, mezclados con la voz familiar de Barroquejón que decía:

—¡Vamos a ver! No grites antes de que te haga daño, o te haré daño ¿ves? Cualquiera creería que están matando a un cerdo.

—Fue una buena cacería —exclamó el Príncipe, dando vuelta a Azabache para regresar a la esquina de la casa.

—Eustaquio —dijo—, toma las riendas de Azabache por favor.

Entonces desmontó y los tres contemplaron en silencio a Barroquejón mientras sacaba a la luz a su presa. Era un mísero y pequeño gnomo que mediría apenas unos noventa centímetros. Tenía una especie de cresta de gallo (pero dura) sobre la cabeza, unos ojillos rosados y boca y barbilla tan grandes y redondas que su cara parecía la de un hipopótamo pigmeo. Si no hubiesen estado en una situación tan difícil se habrían reído a carcajadas al verlo.

—Bien, terrígero —dijo el Príncipe, vigilándolo y poniendo la punta de su espada muy cerca del cuello del prisionero—, habla sin miedo, como un honrado gnomo, y serás libre. Pórtate como un bribón con nosotros y serás sólo un terrígero muerto. Buen Barroquejón, ¿cómo va a poder hablar si le tienes la boca tapada?

—No, y tampoco va a poder morder —contestó Barroquejón—. Si yo tuviera esas estúpidas manos blandas que tienen ustedes los humanos (salvo su Altísima Reverencia), a estas alturas ya sería un charco de sangre. ¡Pero hasta un Renacuajo del Pantano se cansa de que lo masquen!

—Amigo —dijo el Príncipe al gnomo—, otro mordisco más y morirás. Suéltale la boca, Barroquejón.

—O-i-i —se quejó el terrígero—. Suéltenme, suéltenme. No fui yo. Yo no lo hice.

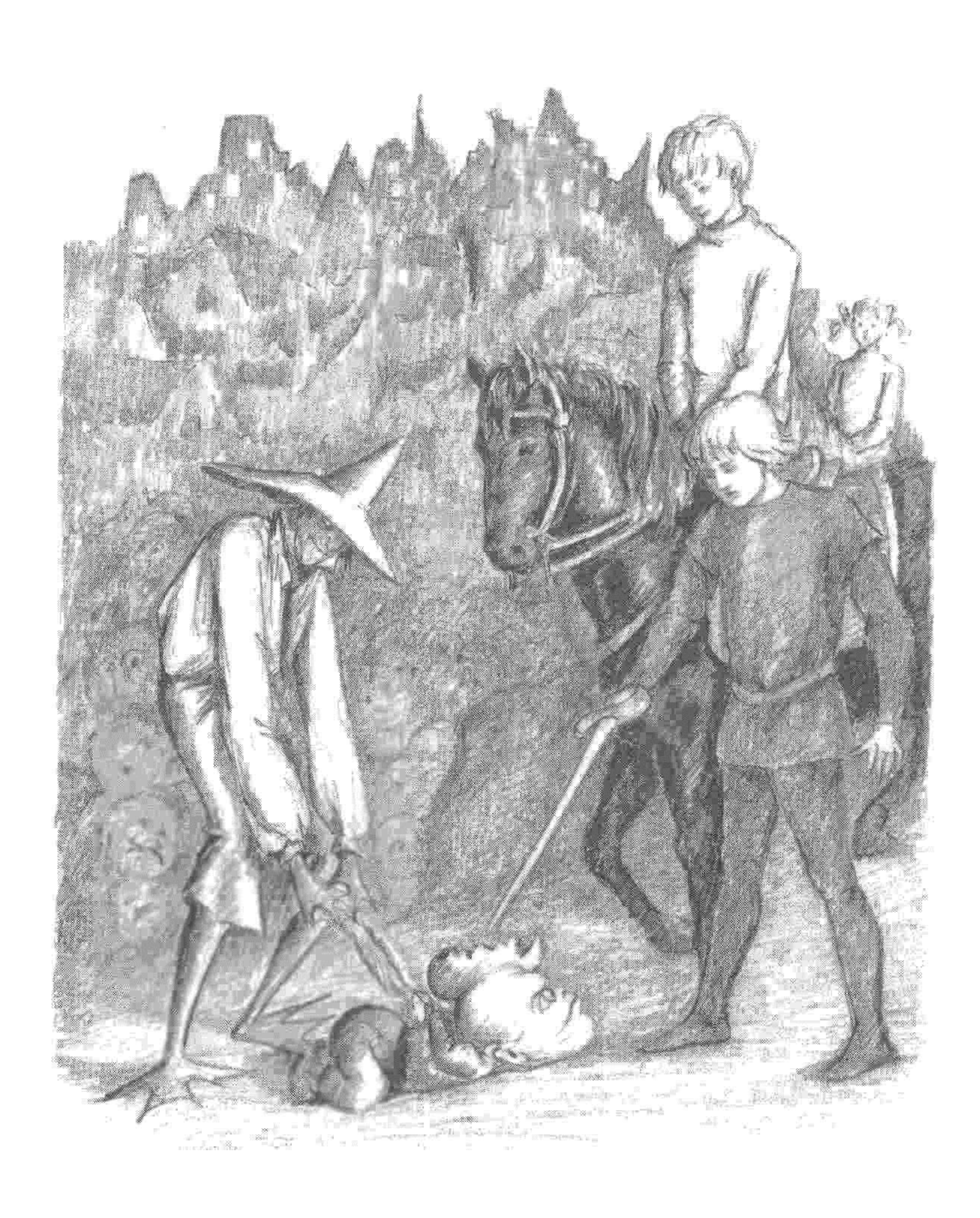
—¿No hiciste qué? —preguntó Barroquejón.

—Lo que sus Señorías digan que *hice* —respondió la criatura.

—Dime tu nombre —dijo el Príncipe—, y qué es lo que están haciendo hoy tus terrígeros.

—Oh, por favor sus Señorías, por favor, bondadosos caballeros —lloriqueó el gnomo—. Prométanme que no le dirán a su gracia la Reina nada de lo que les cuente.

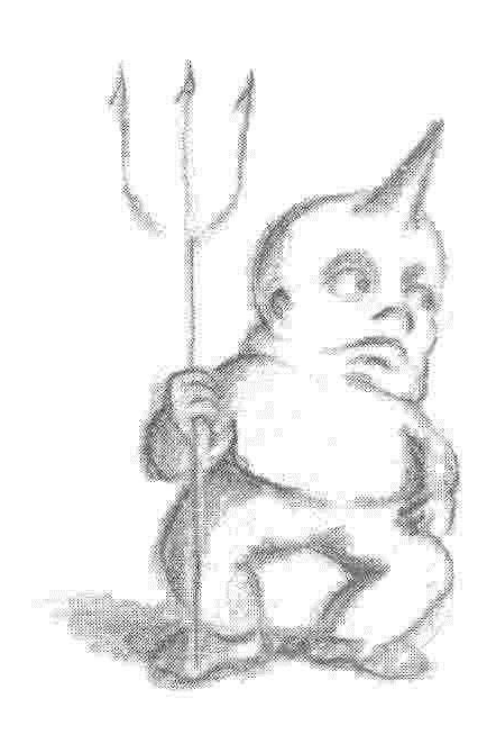
—Su gracia la Reina, como tú la llamas —dijo el Príncipe, en tono sombrío—, está



muerta. La maté yo mismo.

—¿Qué? —gritó el gnomo, maravillado, abriendo más y más su ridícula boca—. ¿Muerta? ¿La Bruja, muerta? ¿Y por mano de su Señoría? —dio un descomunal suspiro de alivio y agregó—¡Entonces su Señoría es un amigo!

El Príncipe retiró su espada un par de centímetros. Barroquejón dejó que la criatura se incorporara. El gnomo inspeccionó a los cuatro viajeros con sus brillantes ojos rojos, cacareó una o dos veces, y comenzó.



XIV EL FONDO DEL MUNDO

—Mi nombre es Golg —dijo el gnomo—. Y les contaré a sus Señorías todo lo que sé. Hace cerca de una hora íbamos todos a nuestro trabajo —*su* trabajo, mejor dicho— tristes y en silencio, igual que hemos hecho cualquier otro día por años y años. De pronto vino un gran estruendo y una explosión. Al oír esto, todos se dicen: "Hace tanto tiempo que no canto, o bailo, o hago estallar un petardo, ¿por qué?". Y todos piensan para sí mismos: "Claro, debo haber estado embrujado". Y entonces todos se dicen a sí mismos: "Que me maten si sé por qué estoy acarreando esta carga, y no la voy a seguir acarreando: eso es todo". Y todos tiramos al suelo nuestros sacos y bultos y herramientas. Luego todos se dicen para sí: "¿Qué es eso?" Y todos se responden a sí mismos diciendo: "Se ha abierto una grieta o un abismo y por allí sube un agradable y cálido resplandor desde la Verdadera Tierra de las Profundidades, a miles de brazas debajo de nosotros".

—¡Por la flauta! —exclamó Eustaquio—. ¿Hay otros países más abajo todavía?

—Oh, sí, su Señoría —replicó Golg—. Unos lugares preciosos. Lo que nosotros llamamos la Tierra de Bism. Este país donde nos encontramos ahora, el país de la Bruja, es lo que nosotros llamamos las Tierras Menos Profundas. Están demasiado, demasiado cerca de la superficie para que nos acomoden a nosotros. ¡Uf! Es casi lo mismo que si vivieras afuera, en la propia superficie. Ya ves, somos unos pobres gnomos de Bism a quienes la bruja hizo subir hasta acá por medio de su magia para que trabajemos para ella. Pero habíamos olvidado todo hasta que se escuchó aquel estruendo y se rompió el hechizo. No sabíamos quiénes éramos ni a dónde pertenecíamos. No podíamos hacer nada ni pensar en nada, excepto lo que ella ponía en nuestras cabezas. Y han sido sólo ideas tristes y deprimentes las que ella ha puesto ahí todos estos años. Casi se me ha olvidado contar un chiste o bailar. Pero en el momento en que sentí el estallido y se abrió la grieta y el mar empezó a subir, todo volvió a mi memoria. Y, por supuesto, todos nos pusimos en camino lo más rápido que pudimos para bajar por la grieta y volver a casa, a nuestro propio hogar. Y allá pueden ver a los demás, lanzando cohetes y poniéndose de cabeza de alegría. Y les estaría muy agradecido a sus Señorías si me permiten ir ahora a celebrar con ellos.

—Creo que esto es sencillamente maravilloso —dijo Jill—. ¡Estoy tan feliz de haber liberado a los gnomos junto con nosotros cuando le cortamos la cabeza a la Bruja! Y estoy muy contenta de que no sean en realidad horribles y deprimentes, como el Príncipe tampoco es en realidad... bueno, lo que parecía ser.

—Todo está muy bien, Pole —dijo Barroquejón, prudentemente—. Pero esos gnomos no me parecieron a mí tipos que estuvieran solamente escapando. Más bien parecía una formación militar, si quieres mi opinión. Mírame a la cara, señor Golg, y dime si no se estaban preparando para una batalla.

—Por supuesto que nos estábamos preparando, su Señoría —repuso Golg—. Mira, nosotros no sabíamos que la Bruja había muerto. Pensábamos que ella nos vigilaba desde el castillo. Tratábamos de escurrirnos sin que nos vieran. Y luego, cuando ustedes salieron con sus espadas y caballos, claro que todos se dijeron: "Ahí viene"; no sabíamos que su Señoría no pertenecía al bando de la Bruja. Y estábamos resueltos a pelear como nadie antes que renunciar a la esperanza de regresar a Bism.

—Juraría que éste es un gnomo sincero —dijo el Príncipe—. Déjalo ir, amigo Barroquejón. Lo que es yo, buen Golg, he estado embrujado igual que tú y tus compañeros, y acabo de recordar quién soy. Y ahora, una pregunta más. ¿Conoces el camino hacia esas

nuevas excavaciones, por donde la hechicera pretendía hacer salir un ejército contra Sobretierra?

—¡I-í-í! —chilló Golg—, Sí, conozco ese monstruoso camino. Les mostraré donde comienza. Pero, por favor, su Señoría, no me pida que vaya con ustedes. Prefiero la muerte.

—¿Por qué? —preguntó Eustaquio ansiosamente—. ¿Qué hay tan atroz en ese camino?

—Demasiado cerca de la cima, del exterior —explicó Golg, estremeciéndose—. Eso fue lo peor que nos hizo la Bruja. Nos iba a sacar al aire libre, hacia las afueras del mundo. Dicen que no hay techo allá; nada más que un horrible y enorme vacío que llaman cielo. Y las excavaciones están tan avanzadas que bastan unos pocos golpes de chuzo para salir por ahí. Yo no me atrevería a acercarme.

-¡Bravo! ¡Ahora sí que te entiendo! —gritó Eustaquio.

Y Jill dijo:

—Pero si no hay nada horrible allá arriba. A nosotros nos gusta, y vivimos allí.

—Sé que ustedes los de Sobretierra viven allí —dijo Golg—. Pero yo creía que era porque no podían encontrar cómo bajar hasta acá adentro. No puede ser cierto que les *guste* eso...: ¡andar en cuatro patas, como moscas en la tapa del mundo!

—¿Qué te parece si nos muestras el camino de inmediato? —dijo Barroquejón.

—¡En buena hora! —gritó el Príncipe.

El grupo se preparó. El Príncipe volvió a montar su caballo, Barroquejón trepó a la grupa del de Jill y Golg los guiaba. Al caminar iba gritando la buena noticia de que la Bruja estaba muerta y que los cuatro de Sobretierra no eran peligrosos. Y los que lo escuchaban se lo decían a gritos a otros, de modo que en pocos minutos Bajotierra entera resonaba con gritos y aplausos, y cientos y miles de gnomos dando brincos y volteretas, poniéndose de cabeza, jugando a saltar y haciendo estallar inmensos petardos, empezaron a apiñarse alrededor de Azabache y Copo de Nieve. Y el Príncipe tuvo que contarles la historia de su propio encantamiento y liberación al menos unas diez veces.

De esta manera llegaron al borde del abismo. Tenía unos trescientos metros de largo y quizás unos cien metros de ancho. Bajaron de sus caballos, se acercaron a la orilla y miraron dentro. Un fuerte calor mezclado con un olor totalmente distinto a cualquier otro que hubieran olido jamás golpeó con violencia sus caras. Era muy fuerte, penetrante, excitante, y te hacía estornudar. El fondo del abismo era tan brillante que al principio los deslumbró y no podían ver nada. Cuando se acostumbraron a la luz, pensaron que podían vislumbrar un río de fuego y, en las riberas de ese río, algo que parecía ser campos y bosquecillos de un insoportable brillo ardiente, aunque débil en comparación con el del río. Había azules, rojos, verdes y blancos, todos revueltos; una gran vidriera en que se reflejara el sol tropical a mediodía podría dar más o menos el mismo efecto. Por los ásperos bordes del abismo, negros como moscas contra aquella llameante luz, bajaban cientos de terrígeros.

—Sus Señorías —dijo Golg (y cuando se volvieron a mirarlo no pudieron ver nada más que oscuridad por unos cortos instantes, tan encandilados estaban sus ojos)—. Sus Señorías, ¿por qué no bajan a Bism? Serían mucho más felices ahí que en ese país frío, indefenso, desnudo, que está allá arriba, afuera. O por lo menos vengan a hacernos una breve visita.

Jill dio por sentado que ninguno de los otros aceptaría semejante proposición ni por un segundo. Para su espanto, oyó al Príncipe que decía:

—Verdaderamente, Golg, tengo muchas ganas de bajar contigo. Pues ésta es una

aventura fabulosa, y es muy posible que ningún hombre mortal haya recorrido Bism antes, ni tendrá otra vez la oportunidad de hacerlo. Y no sé si podré soportar, cuando pasen los años, el recuerdo de que tuve una vez en mi mano el poder explorar el mayor abismo de la tierra y que me abstuve. Pero ¿puede vivir un hombre allí? ¿No tienen ustedes que nadar en ese río de fuego?

—Oh, no, su Señoría. Nosotros no. Sólo las salamandras viven en el fuego mismo.

—¿Qué clase de bestias son esas salamandras tuyas? —preguntó el Príncipe.

—Es difícil definir su especie, su Señoría —respondió Golg—, porque son demasiado candentes para mirarlas. Pero son muy parecidas a pequeños dragones. Nos hablan desde el fuego. Son maravillosamente inteligentes con sus lenguas: muy ingeniosas y elocuentes.

Jill echó una rápida mirada a Eustaquio. Estaba segura de que a él le gustaría menos todavía que a ella la idea de dejarse caer por ese abismo. Se le heló la sangre cuando vio un cambio absoluto en la expresión de su rostro. Ahora se parecía más al Príncipe que al Scrubb de antes, el del Colegio Experimental. Lo que pasaba era que volvían a su memoria todas sus aventuras de aquellos días en que navegaba con el Rey Caspian.

—Su Alteza —dijo el niño—. Si estuviese aquí mi viejo amigo el Ratón Rípichip diría que no podríamos rehusar la aventura de Bism sin poner en tela de juicio nuestro honor.

—Allá abajo —dijo Golg— les podría mostrar lo que es el verdadero oro, la verdadera plata, los verdaderos diamantes.

—¡Estupideces! —exclamó Jill, en tono bastante grosero—. Como si no supiéramos que aun aquí estamos debajo de las minas más profundas.

—Sí —asintió Golg—. He oído hablar de esos rasguñitos en la corteza que ustedes los de encima llaman minas. Pero ustedes sacan oro muerto, plata muerta, joyas muertas. Abajo, en Bism, las tenemos vivas y creciendo. Les recogería puñados de rubíes para que coman y les exprimiría una taza llena de jugo de diamantes. No tendrían ningún interés en manosear esos fríos tesoros muertos de sus superficiales minas después de probar los vivos en Bism.

—Mi padre fue hasta el fin del mundo —dijo Rilian, pensativamente—. Sería maravilloso si su hijo fuera al fondo del mundo.

—Si su Alteza quiere ver a su padre con vida todavía, que creo sería lo que él preferiría —intervino Barroquejón— ya estaría bueno que nos pusiéramos en camino rumbo a las excavaciones.

—Y yo no pienso bajar por ese hoyo, diga lo que diga cualquiera de ustedes —añadió Jill.

—Entonces, si sus Señorías están realmente dispuestos a regresar al Mundo de Encima —dijo Golg—, *hay* un trozo de camino que está más bajo aún que éste. Y quizás, si esa marea sigue subiendo...

—¡Oh, por favor, vamos, por favor, por favor! —suplicó Jill.

—Me temo que deberá ser así —suspiró el Príncipe—. Mas dejaré la mitad de mi corazón en la tierra de Bism.

—¡Por favor! —rogó Jill.

—¿Dónde está el camino? —preguntó Barroquejón.

—Hay lámparas a lo largo de todo el trayecto —respondió Golg—. Su señoría puede ver el comienzo de la senda al otro lado del abismo.

—¿Cuánto durarán las lámparas encendidas? —preguntó Barroquejón.

En ese momento una voz sibilante, abrasadora como la voz del propio fuego (más tarde se preguntaron si podría haber sido la de una salamandra) subió silbando desde las profundidades de Bism.

—¡Rápido! ¡Rápido! ¡Rápido! ¡A los acantilados, a los acantilados, a los acantilados! —gritó Golg—. La grieta se cierra. Se cierra. Se cierra. ¡Rápido! ¡Rápido!

Y al mismo tiempo, con chasquidos y chirridos que te rompían los oídos, las rocas empezaron a moverse. Ya, mientras miraban, el abismo se estrechaba. De todas partes corrían enanos atrasados que se precipitaban dentro. No podían esperar para bajar por las rocas. Se lanzaban de cabeza y, ya sea porque una ráfaga muy fuerte de aire caliente soplaba desde el fondo, o por cualquiera otra razón, se les podía ver flotar hacia abajo como hojas. Y eran tantos y tantos los que flotaban que su sombra casi oscurecía el llameante río y los bosquecillos de joyas encendidas.

—Adiós, sus Señorías. Me voy —gritó Golg, y se zambulló.

Quedaban pocos tras él. Ahora el abismo era apenas más ancho que un riachuelo. ¡Ahora era tan angosto como la boca de un buzón! ¡Ahora era sólo una hebra de hilo intensamente radiante! Y luego, con una sacudida tan fuerte como si mil trenes de carga se estrellaran contra mil parachoques, los labios de roca se cerraron. El olor caliente y enloquecedor se desvaneció. Los viajeros estaban solos en un Mundo Subterráneo que ahora parecía muchísimo más oscuro que antes. Pálidas, débiles y tristes, las lámparas señalaban la dirección del camino.

—Y ahora —dijo Barroquejón—, apuesto diez a uno a que ya nos hemos demorado demasiado; pero, de todos modos, podemos tratar. Esas lámparas dejarán de alumbrar en cinco minutos más; no me extrañaría nada.

Condujeron sus caballos a medio galope, retumbando por el oscuro camino a paso firme. Pero casi de inmediato éste empezó a ir cuesta abajo. Habrían llegado a pensar que Golg los había enviado por el camino errado si no hubiesen visto al otro lado del valle las lámparas encendidas que seguían hacia arriba hasta donde alcanzaban a ver sus ojos. Pero al fondo del valle las lámparas iluminaban las aguas que se movían.

—¡Apúrense! —gritó el Príncipe.

Bajaron galopando por la pendiente. Cinco minutos más tarde y hubiera sido muy peligroso, pues la marea subía valle arriba como por un caz[4], y si se hubiesen visto obligados a pasar a nado los caballos difícilmente lo hubieran logrado. Pero el agua tenía aún cerca de medio metro de profundidad y, aunque azotaba fuerte en las patas de los caballos, los viajeros pudieron llegar a la otra orilla sanos y salvos.

Después empezó la lenta y agotadora marcha cuesta arriba, sin ver ante ellos nada más que las pálidas lámparas que subían y subían hasta donde alcanzaban a ver. Al mirar atrás notaron cómo se extendía el agua. Todas las colinas de Bajotierra se habían convertido en islotes y sólo en esos islotes quedaban lámparas. A cada momento alguna luz distante se apagaba. Pronto habría total oscuridad en todas partes, excepto en el sendero que ellos seguían; y ya en la parte más baja de ese camino, aunque ninguna lámpara se había apagado todavía, su luz brillaba sobre agua.

A pesar de que tenían buenas razones para tratar de ganar tiempo, los caballos no podían seguir caminando para siempre sin descansar. Hicieron un alto; en el silencio podían escuchar el chapoteo del agua.

—Me pregunto si no se habrá inundado el cómo-se-llama... El Padre Tiempo —dijo

[4]* *Caz:* canal movido por una rueda de molino.

Jill—. Y todos esos curiosos animales dormidos.

—No creo que estemos tan alto todavía —dijo Eustaquio—. ¿No te acuerdas que tuvimos que ir cuesta abajo para llegar al mar sin sol? No creo que el agua haya alcanzado aún hasta la cueva del Tiempo.

—Así debe ser —comentó Barroquejón—. Me preocupan más las lámparas del camino. Se ven un tanto débiles, ¿no?

—Igual que siempre —contestó Jill.

—Ah —dijo Barroquejón—, pero ahora están más verdes.

—¿No querrás decir que se van a apagar? —gritó Eustaquio.

—Bueno, como sea que funcionen, no puedes esperar que duren eternamente, ¿no crees? —replicó el Renacuajo—. Pero no te desanimes, Scrubb. He estado vigilando el agua también, y creo que no sube a tanta velocidad como antes.

—Poco consuelo, amigo mío —dijo el Príncipe—, si no podemos encontrar la salida. Les pido perdón a todos. Es culpa mía; por mi orgullo y fantasía perdimos tiempo allá a la entrada de la tierra de Bism. Y ahora, a caballo.

En el rato que siguió después, Jill pensó a veces que Barroquejón tenía razón acerca de las lámparas, y a veces pensó también que era sólo su imaginación. A todo esto el lugar cambiaba de aspecto. El techo de Bajotierra estaba tan cerca que incluso con aquella luz opaca podían verlo ahora muy claramente. Y los enormes y ásperos muros de Bajotierra se juntaban cada vez más a ambos lados. La senda, en realidad, los conducía hacia arriba por un escarpado túnel. Principiaron a encontrar picas, palas y carretillas, y otras señales de que los excavadores habían estado trabajando allí recientemente. Todo esto sería muy alentador si uno contara con la certeza de salir. Pero era bastante desagradable la idea de continuar penetrando en un socavón que se estrechaba más y más, haciendo muy dificultoso el darse vuelta dentro.

Al final, el techo estaba tan bajo que Barroquejón y el Príncipe se golpeaban la cabeza contra él. El grupo tuvo que desmontar y llevar los caballos de la brida. El camino era disparejo y había que pisar con sumo cuidado. Fue así como Jill se dio cuenta de la creciente oscuridad. Ya no cabía duda. Los rostros de los demás se veían extraños y de una palidez cadavérica al verde resplandor. Entonces, de repente (no pudo contenerse), Jill lanzó un grito. Una luz, la que seguía hacia adelante, se acababa de apagar del todo. Luego una atrás de ellos se apagó igualmente. Y quedaron en una absoluta tiniebla.

—Valor, amigos —se escuchó la voz del Príncipe Rilian— En la vida o en la muerte, Aslan será nuestro soberano señor.

—Así es, señor —dijo la voz de Barroquejón—. Y recuerden siempre que hay algo bueno en estar atrapados acá abajo: nos ahorraremos los gastos del funeral.

Jill se quedó callada. (Si no quieres que la gente sepa lo asustada que estás, eso es lo más prudente que puedes hacer; es tu voz la que te delata).

—Da lo mismo que sigamos o que nos quedemos aquí —dijo Eustaquio; y cuando escuchó el temblor de su voz, Jill supo cuan sabia fue al no confiar en la suya.

Barroquejón y Eustaquio iban adelante con los brazos extendidos al frente, por temor a tropezar con algo; Jill y el Príncipe los seguían, llevando los caballos.

—¡Oigan! —se escuchó la voz de Eustaquio al cabo de mucho rato—. ¿Se me están nublando los ojos o es que hay un manchón de luz allá arriba?

Antes de que ninguno pudiera responderle, Barroquejón gritó:

—Deténganse. Topé con el fin de este pasillo. Y es de tierra, no de roca. ¿Qué decías, Scrubb?

—¡Por el León! —exclamó el Príncipe—. Eustaquio tiene razón. Hay una especie de...

—Pero no es luz de día —interrumpió Jill—. Es solamente una especie de fría luz azul.

—Mejor que nada, de todos modos —dijo Eustaquio—. ¿Podemos llegar hasta allí?

—No está exactamente arriba de nuestras cabezas —explicó Barroquejón—. Está encima de nosotros, pero sobre esa muralla con la que choque recién. Pole, ¿qué tal si te subes en mis hombros y ves si puedes trepar por ahí?



XV JILL DESAPARECE

El manchón de luz no mejoró en nada la visibilidad de los que permanecían abajo en la oscuridad. Los otros tres podían escuchar, pero no ver, los esfuerzo de Jill por subirse a la espalda del Renacuajo del Pantano. Es decir, escucharon que él decía: "No tienes para qué meterme un dedo en el ojo", y "Ni tampoco un pie en mi boca", y "Eso está mejor", y "Ahora te voy a sostener por las piernas. Así tendrás libres los brazos para sujetarte a la tierra".

Miraron hacia arriba y pronto vieron la negra silueta de la cabeza de Jill contra el manchón de luz.

—¿Y qué hay? —gritaron todos ansiosamente.

—Es un hoyo —se escuchó gritar la voz de Jill—. Podría pasar por ahí si estuviera un poco más en alto.

—¿Qué ves por el hoyo? —preguntó Eustaquio.

—No mucho todavía —contestó Jill—. Oye, Barroquejón, suéltame las piernas para poder pararme en tus hombros en lugar de estar sentada. Puedo afirmarme muy bien del borde.

La oyeron moverse y luego una buena parte de su cuerpo quedó a la vista contra la grisácea abertura; en realidad, todo su cuerpo hasta la cintura.

—Oigan —comenzó Jill, pero se detuvo súbitamente, danto un grito; no fue un grito agudo. Sonó más bien como si le hubieran tapado la boca o le hubieran metido algo adentro. Luego recuperó la voz y pareció que gritaba lo más fuerte posible, pero ellos no pudieron oír sus palabras. Entonces sucedieron dos cosas al mismo tiempo. Por un par de segundos se tapó completamente el manchón de luz; y escucharon a la vez un ruido de riña, de lucha, y la voz del Renacuajo del Pantano que decía, jadeante:

—¡Rápido! Ayúdenme. Sujeten sus piernas. Alguien la está tirando. ¡Allá! No, aquí. ¡Demasiado tarde!

La abertura y la fría luz que la llenaba se veían ahora perfectamente claras. Jill había desaparecido.

—¡Jill, Jill! —gritaron, frenéticos, pero no hubo respuesta.

—¿Por qué demonios no pudiste sujetar sus pies? —dijo Eustaquio.

—No sé, Scrubb —respondió Barroquejón con voz quejumbrosa—. Nací para ser un rebelde. Predestinado. Predestinado a ser la muerte de Pole, tal como estaba predestinado a comer un venado que habla en Harfang. No es que no sea culpa mía, también, por supuesto.

—Esta es la mayor vergüenza y dolor que nos podía caer encima —murmuró el Príncipe—. Enviamos a una valiente dama en medio del enemigo y nosotros nos quedamos atrás, muy a salvo.

—No lo pintes tan demasiado negro, señor —dijo Barroquejón—. No estamos tan a salvo: aún podemos morirnos de hambre en este hoyo.

—¿Seré suficientemente pequeño como para pasar por donde lo hizo Jill? —dijo Eustaquio.

Lo que le había acontecido a Jill en realidad fue lo siguiente: En cuanto sacó la cabeza fuera del hoyo, descubrió que miraba para abajo como quien está en una ventana de segundo piso, y no hacia arriba, como si mirara por una ventanilla de ventilación. Había pasado tanto tiempo en la oscuridad que al principio sus ojos no podían captar lo que estaban viendo, excepto que no miraba el mundo asoleado a plena luz del día que deseaba

ver. Parecía que el aire era horrorosamente helado, y la luz era pálida y azul. Había mucho ruido y un montón de objetos blancos revoloteaban en el aire. Fue en ese momento cuando le gritó a Barroquejón que la dejara pararse en sus hombros.

Una vez que lo hizo pudo ver y oír muchísimo mejor. Los ruidos que había escuchado resultaron ser de dos clases: el rítmico golpeteo de numerosos pies y la música de cuatro violines, tres flautas y un tambor. También pudo conocer claramente su propia posición. Estaba asomada por un hoyo en una empinada cuesta que descendía hasta el plano a unos cinco metros más abajo. Todo era muy blanco. Un gentío iba y venía. ¡Y entonces se quedó boquiabierta! Esa gente eran pequeños y elegantes faunos, y dríades cuyos cabellos coronados de hojas flotaban sobre sus espaldas. Por un segundo pareció que se movían de cualquier modo; luego Jill vio que en realidad se trataba de una danza, una danza llena de pasos y figuras tan complicados que te demorabas un buen rato en entenderla. De repente se dio cuenta, como si le hubiera caído un rayo, que la luz pálida, azulada, era en verdad luz de luna, y que la cosa blanca sobre el suelo era verdaderamente nieve. ¡Por supuesto! Había estrellas que te contemplaban desde lo alto del helado cielo negro. Y esas altas y negras cosas detrás de los bailarines eran árboles. No sólo habían salido por fin al Mundo de Arriba, sino que salían en pleno corazón de Narnia. Jill sintió que se iba a desmayar de felicidad; y la música, la música salvaje, intensamente dulce y sin embargo un poquitito misteriosa también y llena de magia buena, así como el rasgueo de la Bruja había estado lleno de magia mala, la hizo sentir más fuertemente aún esa sensación de desmayo.

Todo esto toma largo tiempo para describirlo, pero ella tardó muy poco en verlo. Jill se volvió casi de inmediato para gritar a los otros: “ ¡Oigan! Todo está bien. Salimos, estamos en casa”. Pero la razón por la cual no siguió más allá de “Oigan” fue ésta: rodeando a los bailarines había un círculo de enanos, todos vestidos con sus mejores galas; la mayoría color escarlata con capuchones forrados en piel y con borlas doradas, y grandes botas altas también forradas en piel. A medida que daban vueltas iban lanzando bolas de nieve con gran rapidez. (Estas eran las cosas blancas que Jill había visto volar por el aire). No se las tiraban a los bailarines como lo habrían hecho los niños tontos en Inglaterra. Las lanzaban a través de la danza siguiendo con tal perfección el compás de la música y con una puntería tan perfecta, que si todos los bailarines estaban exactamente en el lugar correcto en el momento exactamente correcto, no le pegaban a nadie. Es la llamada Gran Danza de la Nieve que se realiza todos los años en Narnia en la primera noche de luna llena en que hay nieve sobre el suelo. Claro que es una especie de juego al mismo tiempo que una danza, pues de cuando en cuando algún bailarín puede equivocarse un poquitito y recibir una bola de nieve en la cara, y entonces todos se ríen. Pero un buen equipo de bailarines, enanos y músicos puede resistir por horas sin ni un solo golpe. En las noches claras, cuando el frío y los golpes del tambor y el ulular de los búhos y el claro de luna se les ha metido en la sangre, su sangre salvaje y montaraz, volviéndola aún más salvaje, ellos pueden seguir bailando hasta el amanecer. Me encantaría que pudieras verlo con tus propios ojos.

Y lo que detuvo a Jill cuando alcanzó sólo a decir “Oigan” fue, claro está, simplemente una magnífica bola de nieve que desde las manos de un enano que estaba al otro lado voló a través de los bailarines y le pegó en plena boca. No le importó ni un comino; ni veinte bolas de nieve la hubieran desalentado en ese momento. Pero, por muy feliz que te sientas, no puedes hablar con la boca llena de nieve. Y cuando después de muchos balbuceos logró hablar de nuevo, se olvidó totalmente en su emoción de que los otros, allá abajo, en la oscuridad detrás de ella, no sabían nada de estas buenas novedades.

Sencillamente se asomó lo más posible fuera del hoyo y llamó a gritos a los bailarines.

—¡Auxilio! ¡Auxilio! Estamos enterrados en la colina. Vengan a sacarnos.

Los narnianos, que ni siquiera habían notado el pequeño agujero en la ladera, se sorprendieron muchísimo, por supuesto, y miraron en varias direcciones antes de descubrir de dónde salía la voz. Pero en cuanto divisaron a Jill todos corrieron, y los que podían treparon por la loma, y más de una docena de manos se estiraron para ayudarla, Y Jill se agarró a ellas y así salió del hoyo y rodó loma abajo de cabeza; luego se levantó y dijo:

—Oh, por favor vayan a sacar a los otros. Hay otros tres más, y además los caballos. Y uno de ellos es el Príncipe Rilian.

Ya se encontraba rodeada por una multitud cuando dijo esto, pues, además de los bailarines, toda clase de criaturas que observaban la danza, y a quienes Jill no había visto al principio, acudieron corriendo. Salían por montones las ardillas de los árboles, igual que los búhos. Los erizos acudían contoneándose lo más rápido posible para sus cortas patas. Los osos y tejones los seguían a paso más lento. Una inmensa pantera, crispando su cola de emoción, fue la última en unirse al grupo.

Pero en cuanto comprendieron lo que Jill decía, desplegaron una intensa actividad. “Pica y pala, muchachos, pica y pala. ¡A buscar nuestras herramientas!”, dijeron los enanos y se internaron en los bosques a todo escape. “Despierten a algunos topos, son los más indicados para cavar. Son tan buenos como los enanos”, dijo una voz. “¿Qué fue lo que dijo ella sobre el Príncipe Rilian?”, preguntó otra. “¡Silencio!”, dijo la Pantera, “la pobre niña ha enloquecido, y no es de extrañar después de perderse dentro de la colina. No sabe lo que dice”. “Así es”, dijo un viejo Oso. “ ¡Si dijo que el Príncipe Rilian era un caballo!”... “No, no lo dijo”, intervino una ardilla muy impertinente. “Sí, lo dijo”, agregó otra, más impertinente todavía.

—Es la pura v-v-v-erdad. N-n-no sean tontos —dijo Jill. Hablaba así porque le castañeteaban los dientes con el frío.

Inmediatamente una de las dríades la envolvió en una capa de piel que algún enano había dejado caer al correr en busca de sus herramientas mineras, y un amable fauno fue a la carrera por entre los árboles a un lugar donde Jill alcanzaba a ver una fogata a la entrada de una cueva, para traerle una bebida caliente. Pero antes que volviera, reaparecieron todos los enanos con palas excavadoras y piquetas y se abalanzaron hacia la loma. De pronto Jill escuchó gritos de “¡Hola! ¿Qué haces? Baja esa espada”, y “Ya, jovencito, nada de eso”, y “Este es un energúmeno, ¿no es cierto?” Jill corrió hasta allí y no supo si reír o llorar al ver la cara de Eustaquio, muy pálida y sucia, que emergía de la negrura del agujero, y la mano derecha de Eustaquio que blandía una espada con la cual tiraba estocadas a cualquiera que se le acercara.

Porque, por supuesto, Eustaquio no lo había pasado tan bien como Jill en esos últimos minutos. La escuchó gritar y la vio desaparecer hacia lo desconocido. Igual que el Príncipe y Barroquejón, pensó que la había capturado algún enemigo. Y desde tan abajo él no podía saber que la pálida luz azulada era luz de luna. Pensó que ese hoyo conduciría sólo a otra cueva, iluminada por alguna fosforescencia fantasmal y llena de Dios-sabe-qué perversas criaturas del Mundo Subterráneo. Así es que cuando persuadió a Barroquejón para que lo apoyara, y desenvainó su espada, y asomó su cabeza, estaba realizando un verdadero acto de valentía. Los otros lo hubieran hecho primero si hubiesen podido, pero el agujero era demasiado pequeño para que ellos pudieran trepar por él. Eustaquio era sólo un poco más grande, pero muchísimo más torpe que Jill, y por eso cuando se asomó se dio un golpe en la cabeza contra la parte de arriba del hoyo y provocó una pequeña avalancha de nieve que le

cayó en la cara. De modo que cuando pudo ver nuevamente y distinguió docenas de siluetas corriendo hacia él con gran celeridad, no es de sorprenderse que haya tratado de defenderse de su ataque.

—Déjalos, Eustaquio, déjalos —gritó Jill—. Son amigos. ¿No entiendes? Hemos llegado a Narnia. Todo está bien.

Entonces Eustaquio comprendió, y pidió disculpas a los enanos (y los enanos dijeron que no había por qué), y docenas de manos gordas, peludas, enanas, le ayudaron a salir tal como habían ayudado a Jill unos minutos antes. Luego Jill subió la loma y metió la cabeza por la oscura abertura y les gritó las buenas noticias a los prisioneros. Cuando se alejaba, oyó lamentarse a Barroquejón:

—Ah, pobre Pole. Esto último ha sido demasiado para ella. Se ha vuelto loca, no me extrañaría nada. Está empezando a ver visiones.

Jill se reunió con Eustaquio y se estrecharon la mano, con ambas manos, y respiraron profundamente el aire libre de la medianoche. Y le trajeron una abrigadora capa a Eustaquio y bebidas calientes para los dos. Mientras bebían unos sorbos, los enanos ya habían despejado de nieve y de pasto una extensa zona de la ladera alrededor del agujero original y las piquetas y las palas excavadoras se movían tan alegres como los pies de los faunos y dríades se habían movido en la danza diez minutos atrás. ¡Sólo diez minutos! Y sin embargo ya sentían Jill y Eustaquio como si todos los peligros vividos en la oscuridad y el calor y en la asfixia general de la tierra hubieran sido nada más que un sueño. Aquí afuera, al frío, con la luna y las inmensas estrellas arriba (las estrellas en Narnia están más cercanas que las estrellas de nuestro mundo) y rodeados de caras bondadosas y alegres, uno no podía creer mucho en Bajotierra.

Antes de que terminaran sus bebidas calientes, llegó algo así como una docena de topos, recién despertados, medio dormidos aún, y no muy contentos. Pero en cuanto entendieron de qué se trataba, participaron de muy buena gana. Hasta los faunos fueron muy útiles para acarrear la tierra en pequeñas carretillas, y las ardillas bailaban y brincaban de un lado para otro con gran alboroto, a pesar de que Jill nunca descubrió qué era exactamente lo que creían estar haciendo. Los osos y los búhos se contentaron con dar consejos, y no dejaban de preguntar a los niños si no les gustaría entrar a la cueva (que era donde Jill había visto la fogata) para calentarse y cenar. Pero los niños no soportaban la idea de irse sin ver a sus amigos en libertad.

Nadie en nuestro mundo puede trabajar en esa clase de faena como lo hacen en Narnia los enanos y los topos que hablan; pero, por supuesto, los topos y los enanos no lo consideran un trabajo. Les gusta cavar. Por tanto no tardaron mucho tiempo en abrir una gran fosa negra en la ladera. Y de aquella negrura salieron a la luz de la luna —habría sido pavoroso si uno no supiera quiénes eran— primero la figura alta, patilarga del Renacuajo del Pantano, con su sombrero puntiagudo, y a continuación, llevando dos enormes caballos, el propio Príncipe Rilian.

Cuando apareció Barroquejón estallaron gritos por todas partes: “Pero si es un renacuajo... Pero si es el viejo Barroquejón... El viejo Barroquejón de los Pantanos del Este... ¿Qué has estado haciendo, Barroquejón?... Han salido varios grupos en tu búsqueda... Lord Trumpkin ha hecho pegar carteles... ¡Se ofrece una recompensa!” Pero todo esto se desvaneció de improviso, en un silencio sepulcral, tan rápidamente como se acalla el ruido en un bullicioso dormitorio si entra el Director. Porque acababan de ver al Príncipe.

Nadie dudó por un instante de que era él. Había muchísimas bestias y dríades y

enanos y faunos que lo recordaban de la época anterior al hechizo. Había algunos más ancianos que se acordaban de cómo era cuando joven su padre, el Rey Caspian, y podían notar la semejanza. Pero yo creo que lo habrían reconocido de todos modos. A pesar de lo pálido que estaba por el largo tiempo que pasó prisionero en las Tierras Profundas, vestido de negro, cubierto de polvo, despeinado y cansado, había algo en su cara y en su aspecto que no permitía equivocarse. Esa mirada que está en el rostro de todos los verdaderos reyes de Narnia que gobiernan por voluntad de Aslan y se sientan en el trono del gran Rey Pedro, en Cair Paravel. Al instante se descubrieron todas las cabezas y todas las rodillas se doblaron; en un segundo estallaron tal vitoreo y tal clamor, tales saltos y bailes, tal darse la mano y abrazarse y besarse todos con todos, que a Jill se le llenaron los ojos de lágrimas. Su búsqueda valía todos los sufrimientos que había costado.

—Si es del agrado de su Majestad —dijo el más anciano de los enanos—, hay algo así como una cena preparada en aquella cueva, con ocasión del término de la danza de la nieve...

—Con mucho gusto, Padre —respondió el Príncipe—. Pues nunca ningún príncipe, caballero, señor u oso ha tenido tanto apetito como nosotros, estos cuatro vagabundos, tenemos esta noche.

La muchedumbre en masa empezó a cruzar entre los árboles rumbo a la cueva. Jill escuchó que Barroquejón decía a los que se apretujaban a su alrededor:

—No, no, mi historia puede esperar. No me ha sucedido nada que merezca contarse. Quiero saber las noticias. No me las den de a poco, pues prefiero saberlas todas de golpe. ¿El Rey ha naufragado? ¿Ha habido incendios de bosques? ¿No hay guerras en la frontera de Calormen? ¿O unos cuantos dragones? No me extrañaría nada.

Y todas las criaturas se rieron a gritos, diciendo:

—¿No es típico de un renacuajo del pantano?

Los dos niños ya se caían de cansancio y de hambre, pero los revivió algo la tibieza de la cueva, y el solo hecho de ver todo eso: el fuego bailando en las murallas y los aparadores y en las copas y los platillos y los platos y en el terso suelo de piedra, tal como en la cocina de una granja. De todas maneras se quedaron dormidos mientras preparaban la cena, Y mientras dormían, el Príncipe Rilian narró todas sus aventuras a las bestias y enanos más ancianos y sabios. Y entonces todos comprendieron su significado; cómo una pérfida Bruja (sin duda de la misma ralea de la Bruja Blanca que había provocado el Gran Invierno en Narnia mucho tiempo atrás) había tramado todo, asesinando primero a la madre de Rilian y luego hechizándolo a él. Y vieron cómo ella había hecho cavar justo bajo Narnia y se preparaba para invadirla y gobernarla a través de Rilian; y cómo él jamás soñó que el país del cual ella lo haría rey (rey de nombre, pero en realidad su esclavo) era su propia patria. Y por lo que les contaron los niños por su parte, supieron que ella era la aliada y muy amiga de los peligrosos gigantes de Harfang.

—Y la lección que sacamos de todo esto, su Alteza —dijeron los ancianos enanos—, es que esas Brujas del Norte siempre andan tras lo mismo, pero en cada época urden un plan diferente para conseguirlo.



XVI EL REMEDIO DE LOS MALES

Cuando Jill despertó a la mañana siguiente y se encontró dentro de una cueva, pensó por unos segundos horrendos que estaba de vuelta en el Mundo Subterráneo. Pero cuando se dio cuenta de que estaba tendida en una cama de brezo y tapada con una manta de piel, y vio un alegre fuego chisporroteando (como si lo acabaran de encender) en una chimenea de piedra, y más allá el sol matinal que se introducía por la entrada de la cueva, recordó la feliz verdad. Habían comido una deliciosa cena, todos amontonados en la cueva, a pesar del sueño que los venció antes del postre. Tenía la vaga idea de haber visto a algunos enanos apiñados en torno al fuego con unas sartenes casi más grandes que ellos, y el chirriante y exquisito olor a salchichas, y más y más y más salchichas. Y no unas miserables salchichas con la mitad llena de pan y porotos de soya, sino verdaderas salchichas, carnosas, sabrosas, gruesas y bien calientes y muy rellenas y justo un poquito quemadas. Y enormes tazones de chocolate espumoso, y papas asadas y castañas asadas y manzanas cocidas con uvas clavadas en el lugar del corazón, y luego helados, lo preciso para refrescarte después de tantas cosas calientes.

Jill se incorporó y miró a su alrededor. Barroquejón y Eustaquio estaban acostados no muy lejos de ella, ambos profundamente dormidos.

—¡Ea, ustedes dos! —gritó Jill, con voz bastante fuerte—. ¿No piensan levantarse?

—¡Fu, fu! —dijo una voz soñolienta desde algún sitio encima de ella—. Es hora de portarse bien. Buena siestecita echaste, tú, tú. No armes lío. ¡Tufú!

—Pero no lo puedo creer —dijo Jill, mirando hacia arriba, hacia un bulto blanco de mullidas plumas posado en lo alto de un reloj de caja situado en un rincón de la cueva—. ¡No puedo creer que sea Plumaluz!

—Cierto, cierto —aleteaba el Búho, levantando la cabeza que tenía metida bajo su ala y abriendo un ojo—. Me presenté aquí cerca de las dos con un mensaje para el Príncipe. Las ardillas nos llevaron las buenas noticias. Mensaje para el Príncipe. Se ha ido. Ustedes deben seguirlo también. Buenos días.

Y la cabeza desapareció nuevamente.

Como parecía no haber esperanza alguna de conseguir más información del Búho, Jill se levantó y principió a mirar a su alrededor, buscando algún lugar donde lavarse y tomar desayuno. Pero casi de inmediato un pequeño fauno entró trotando a la cueva, con un agudo clic clac de sus cascos caprinos sobre el piso de piedra.

—¡Ah! Por fin has despertado, Hija de Eva —dijo—. Tal vez es mejor que despiertes al Hijo de Adán. Tienen que salir dentro de pocos minutos y dos centauros han ofrecido muy gentilmente permitirles cabalgar en sus lomos hasta Cair Paravel —y agregó en voz más baja—: Ustedes entenderán, por supuesto, que es un honor muy especial y nunca visto que se les permita montar un centauro. No sé si escuché alguna vez que alguien lo hubiera hecho antes. No estaría bien hacerlos esperar.

—¿Dónde está el Príncipe? —fue lo primero que preguntaron Eustaquio y Barroquejón en cuanto los despertaron.

—Ha ido a reunirse con el Rey, su padre, en Cair Paravel —respondió el fauno, que se llamaba Orruns—. Se espera que el barco de su Majestad llegue a la bahía de un momento a otro. Parece que el Rey se encontró con Aslan —no sé si fue una visión o si fue cara a cara— antes de navegar más lejos, y Aslan lo hizo regresar y le dijo que encontraría a su hijo, perdido por tanto tiempo, esperándolo cuando volviera a Narnia.

Eustaquio ya se había levantado y con Jill se pusieron a ayudar a preparar el desayuno. Le dijeron a Barroquejón que se quedara en la cama. Un centauro llamado Nubenato, un famoso curandero, o (como lo llamaba Orruns), un “doctor”, venía a ver su pie quemado.

—¡Ah! —dijo Barroquejón, en tono casi contento—, va a querer cortarme la pierna hasta la rodilla, no me extrañaría nada. Van a ver.

Pero estaba feliz de quedarse en cama.

El desayuno consistió en huevos revueltos y tostadas, y Eustaquio se lo devoró igual que si no hubiera comido una abundantísima cena a medianoche.

—Mira, Hijo de Adán —dijo el Fauno, mirando con un cierto asombro los bocados de Eustaquio—. No hay necesidad de apurarse tan demasiado terriblemente como lo estás haciendo. No creo que los centauros hayan terminado todavía su desayuno.

—Entonces se deben haber levantado muy tarde —dijo Eustaquio—. Apuesto a que son más de las diez.

—Oh, no —replicó Orruns—. Se levantaron antes de aclarar.

—Entonces deben haber esperado horrores el desayuno —insistió Eustaquio.

—Tampoco —repuso Orruns—. Empezaron a comer en cuanto despertaron.

—¡Chitas! —exclamó Eustaquio—. ¿Toman un desayuno muy contundente?

—Pero, Hijo de Adán, ¿es que no entiendes? Un centauro tiene un estómago de hombre y un estómago de caballo. Y claro que los dos quieren desayuno. Así es que antes que nada, él come *porridge* y *pavenders* y riñones y tocino y tortilla y jamón frío y tostadas y mermelada y café y cerveza. Y después de eso, atiende a su parte de caballo, pastando alrededor de una hora y termina con afrecho remojado caliente, un poco de avena y un saco de azúcar. Por eso es un asunto muy serio invitar a un centauro a pasar el fin de semana. Un asunto realmente muy serio.

En ese momento hubo un ruido de cascos de caballo dando golpecitos en la roca a la entrada de la cueva, y los niños levantaron los ojos. Los dos centauros, uno con barba negra y el otro dorada, que ondeaban sobre sus magníficos pechos desnudos, los estaban esperando, inclinando un poco sus cabezas para mirar dentro de la caverna. Entonces los niños se volvieron sumamente educados y terminaron su desayuno rápidamente. Nadie puede pensar que un centauro sea divertido cuando ve uno. Son gente solemne, majestuosa, empapada de antigua sabiduría que aprendieron de las estrellas; no se alegran ni se irritan con facilidad, pero cuando estalla, su cólera es tan temible como un maremoto.

—Adiós, querido Barroquejón —dijo Jill acercándose al lecho del Renacuajo del Pantano—. Siento tanto haberte llamado aguafiestas.

—Yo igual —dijo Eustaquio—. Has sido el mejor amigo del mundo.

—Y espero que volvamos a encontrarnos —agregó Jill.

—Yo diría que no hay muchas posibilidades —replicó Barroquejón—. Tampoco creo muy posible que vuelva a ver mi choza. Y ese Príncipe es un tipo simpático, pero ¿ustedes lo creen muy fuerte? Constitución arruinada con la vida bajo tierra, no me extrañaría nada. Parece ser de la clase de los que se van cualquier día.

—¡Barroquejón! —dijo Jill—. Eres un auténtico farsante. Te haces el quejumbroso como un funeral y yo creo que eres perfectamente feliz. Y hablas como si tuvieras miedo de todo, cuando en realidad eres valiente como..., como un león.

—Ahora, hablando de funerales —comenzó a decir Barroquejón, pero Jill, que oía los golpes que daban los centauros con sus cascos tras ella, lo sorprendió enormemente al echarle los brazos alrededor de su delgado cuello y besar su cara barrosa, mientras

Eustaquio le daba un fuerte apretón de manos. Luego, ambos corrieron hacia los centauros, y el Renacuajo del Pantano, hundiéndose en su lecho, comentó para sus adentros:

—Bueno, jamás habría soñado que ella haría eso. Aunque soy un tipo harto buenmozo.

Montar un centauro es, sin duda, un gran honor (y es muy probable que fuera de Jill y Eustaquio no exista ningún ser viviente hoy en el mundo que lo haya hecho), pero es sumamente incómodo. Porque nadie que aprecie su vida sugeriría ensillar un centauro, y montar en pelo no es nada de divertido; especialmente si, como Eustaquio, no tienes idea de andar a caballo. Los centauros eran muy educados, en su estilo serio, gracioso y adulto, y mientras iban a medio galope por los bosques de Narnia, hablaban sin volver sus cabezas, contándoles a los niños sobre las propiedades de las hierbas y raíces, la influencia de los planetas, los nueve nombres de Aslan con sus significados, y cosas parecidas. Y por muy adoloridos y traqueteados que hayan quedado los dos humanos, ahora darían cualquier cosa por hacer ese viaje otra vez: ver esos claros en el bosque y esas lomas centelleantes por la nieve caída la noche anterior; ver cómo salen a tu encuentro conejos y ardillas y pájaros que te dan los buenos días; respirar nuevamente el aire de Narnia y oír las voces de los árboles de Narnia.



Bajaron hasta el río, que fluía brillando azuloso a la luz del sol invernal, mucho más

abajo del último puente (que está en el acogedor pueblito de techos rojos llamado Beruna) y los transbordó un barquero en una barca; o más bien, un barquero renacuajo, ya que son los renacuajos del pantano los que hacen la mayoría de los trabajos que tengan que ver con agua y peces en Narnia. Y después de cruzarlo, siguieron cabalgando por la ribera sur del río y al cabo de poco tiempo llegaron a Cair Paravel. Junto con llegar divisaron el mismo barco resplandeciente que habían visto cuando pisaron tierra en Narnia por primera vez, que se deslizaba río arriba como un ave inmensa. Otra vez estaba toda la corte reunida en el prado entre el castillo y el muelle para dar la bienvenida al Rey Caspian que volvía a su patria. Rilian, que se había quitado sus ropajes negros y vestía ahora una capa escarlata sobre su malla de plata, permanecía de pie junto a la orilla del agua, con la cabeza descubierta, para recibir a su padre; y el Enano Trumpkin estaba a su lado, sentado en su sillita tirada por el burro. Los niños comprendieron que no habría ninguna posibilidad de acercarse al Príncipe a través de aquel gentío, y, de todas maneras, ahora se sentían algo tímidos. Así es que consultaron a los centauros si podían seguir sentados en sus lomos un rato más para poder ver todo por encima de las cabezas de los cortesanos. Y los centauros dijeron que sí podían.

Desde la cubierta del barco, un toque de trompetas de plata atravesó las aguas; los marineros arrojaron una cuerda; ratones (ratones que hablan, por supuesto) y renacuajos del pantano la amarraron en tierra; y el barco fue remolcado hacia la playa, Músicos ocultos en alguna parte en medio de la muchedumbre comenzaron a tocar sones solemnes y triunfales. Y pronto el galeón del Rey atracó y las ratas colocaron la pasarela a bordo.

Jill esperaba ver al anciano Rey descender por ella. Pero al parecer había algún problema. Bajó a tierra un Lord cuyo rostro estaba muy pálido y se arrodilló ante el Príncipe y Trumpkin. Los tres hablaron unos pocos minutos con sus cabezas muy juntas, pero nadie pudo escuchar lo que decían. La música seguía tocando, pero podías darte cuenta de que todos comenzaban a inquietarse. Luego cuatro Caballeros, que portaban algo y caminaban muy lentamente, aparecieron en cubierta. Cuando empezaron a bajar por la pasarela, ya podías ver lo que llevaban: era el anciano Rey, sobre una cama, muy pálido y quieto. Lo depositaron en el suelo. El Príncipe se arrodilló a su lado y lo besó. Pudieron ver cómo el Rey Caspian levantaba su mano para bendecir a su hijo. Y todos aclamaron, pero eran vítores poco entusiastas, pues presentían que algo andaba mal. Y de súbito la cabeza del Rey cayó hacia atrás sobre las almohadas, los músicos callaron y se hizo un silencio sepulcral. El Príncipe, arrodillado junto al lecho del Rey, recostó su cabeza sobre él y lloró.

Hubo cuchicheos y muchas idas y venidas. Después Jill advirtió que todo el que tenía puesto sombrero, gorra, yelmo o capuchón, se lo estaba quitando —incluido Eustaquio—. Luego escuchó el susurrante ruido de algo que ondea encima del castillo; cuando miró, vio que ponían a media asta la gran bandera con el león dorado bordado en ella. Y después de eso, lentamente, despiadadamente, con plañideros acordes y un desconsolado sonar de cuernos, la música comenzó de nuevo: esta vez una melodía que te partía el corazón.

Los dos niños bajaron de sus centauros (quienes ni se dieron cuenta).

—Quisiera estar en casa —dijo Jill.

Eustaquio asintió sin decir nada, y se mordió los labios.

—He venido —dijo una voz a sus espaldas.

Se volvieron y vieron al propio León, tan brillante y real y fuerte que todo lo demás empezó inmediatamente a parecer pálido y sombrío comparado con él. Y en un suspiro Jill olvidó todo acerca del difunto Rey de Narnia y recordó únicamente cómo había hecho caer a Eustaquio por el acantilado, y cómo ayudó a fallar casi todas las Señales, y se acordó de

todas las rabietas y peleas. Y quería decir "lo siento", pero no pudo hablar. Entonces el León los atrajo hacia él con su mirada, y se inclinó y rozó sus pálidas caras con su lengua, y dijo:

—No pienses más en eso. No estaré siempre regañándolos. Han cumplido la tarea para la cual los traje a Narnia.

—Por favor, Aslan —rogó Jill—. ¿Podemos irnos a casa ahora?

—Sí. He venido para llevarlos a su hogar —repuso Aslan.

Y abriendo mucho su boca, sopló. Pero esta vez no tuvieron la sensación de volar por los aires; en su lugar, parecía que ellos permanecían sin moverse y que el aliento salvaje de Aslan arrastraba el barco y el Rey muerto y el castillo y la nieve y el cielo invernal. Porque todas esas cosas se fueron flotando en el aire como espirales de humo, y de pronto se encontraron parados en un gran resplandor de sol en pleno verano, sobre un terso césped, en medio de enormes árboles, y cerca de un hermoso y fresco arroyo. Se dieron cuenta de que estaban otra vez en la montaña de Aslan, muy arriba y más allá del fin de ese mundo en que está Narnia. Pero lo raro era que aún seguían escuchando la música del funeral del Rey Caspian, aunque ninguno podía decir de dónde venía. Iban caminando a orillas del arroyo y el León iba delante de ellos: y se veía tan bello, y la música era tan profundamente triste, que Jill no supo cuál de los dos había hecho que sus ojos se llenaran de lágrimas.

De súbito Aslan se detuvo, y los niños miraron el arroyo. Y allí, en la arenilla dorada del lecho del río, yacía el Rey Caspian, muerto, y el agua lo cubría como un cristal líquido. Y su larga barba blanca ondeaba como plantas acuáticas. Y los tres se pusieron a llorar. Hasta el León lloraba: grandes lágrimas de León, y cada una de sus lágrimas era más preciosa que lo que podría ser la Tierra, si ésta fuera un solo diamante macizo. Y Jill advirtió que Eustaquio no parecía un niño llorando, ni un muchacho llorando y tratando de ocultarlo, sino un adulto que lloraba. Al menos eso fue lo más que logró entender de todo aquello; pero en realidad, como ella decía, parece que la gente no tenía una edad definida en esa montaña.

—Hijo de Adán —dijo Aslan—. Ve a aquel matorral, arranca la espina que encontrarás allí y tráemela.

Eustaquio obedeció. La espina medía unos treinta centímetros de largo y era afilada como un espadín.

—Clávamela en la pata, Hijo de Adán —dijo Aslan, levantando su pata delantera derecha y acercando a Eustaquio las grandes zarpas.

—¿Tengo que hacerlo? —preguntó Eustaquio.

—Sí —respondió Aslan.

Entonces Eustaquio apretó los dientes y clavó la espina en la pata del León. Y salió una inmensa gota de sangre, más roja que todos los rojos que hayas podido ver o imaginarte. Y salpicó el arroyo encima del cadáver del Rey. Al mismo tiempo cesó la lúgubre melodía. Y el difunto Rey comenzó a transformarse. Su blanca barba se puso gris y del gris pasó al rubio y se acortó y desapareció totalmente; y sus hundidas mejillas se redondearon y lucieron frescas, y las arrugas se alisaron, y sus ojos se abrieron, y tanto sus ojos como sus labios reían, y de repente dio un salto y se paró frente a ellos... un hombre muy joven, o más bien un niño. (Pero Jill no podía decidir cuál de los dos, porque la gente no tiene una edad definida en el país de Aslan. Incluso en este mundo, claro está, son los niños más estúpidos los que son más infantiles y los adultos más estúpidos son los más adultos). Y corrió hacia Aslan y le echó los brazos al cuello, abrazando lo más que pudo ese cuello enorme; y le dio a Aslan los fervorosos besos de un Rey, y Aslan le dio a él los

salvajes besos de un León.

Por fin Caspian se volvió a los otros. Lanzó una buena carcajada de alegre sorpresa.

—¡Vaya! ¡Eustaquio! —exclamó—. ¡Así que llegaste al final del mundo después de todo! ¿Y qué fue de mi segunda mejor espada que quebraste en la serpiente de mar?

Eustaquio dio un paso hacia él con ambas manos extendidas, pero luego retrocedió con expresión de asombro.

—¡Oigan! Pero... —balbuceó—. Todo esto está muy bien. Pero, ¿no estabas..., quiero decir, no...?

—¡Oh, no seas tonto! —exclamó Caspian.

—Pero —insistió Eustaquio mirando a Aslan—¿No estaba... en... muerto?

—Sí —contestó el León con una voz muy tranquila, casi (pensó Jill) como si estuviera riéndose—. El murió. La mayoría de la gente muere, ya sabes. Hasta yo he muerto. Hay muy pocos que no hayan muerto.

—Ah —dijo Caspian—. Ya sé lo que te molesta. Piensas que soy un fantasma, o cualquier tontería así. Pero, ¿es que no ves? Yo sería un fantasma si me apareciera ahora en Narnia: porque ya no pertenezco a ese mundo. Pero nadie puede ser fantasma en su propio país. Sería un fantasma si entrara en el mundo de ustedes. No estoy muy seguro. Pero supongo que tampoco es el de ustedes, ahora que están aquí.

Una gran esperanza alentó en el corazón de los niños. Pero Aslan movió su peluda cabeza.

—No, queridos míos —dijo—. Cuando vuelvan a encontrarse conmigo aquí, habrán venido para quedarse. Pero ahora no. Deben regresar a su propio mundo por un tiempo.

—Señor —murmuró Caspian—. Siempre he deseado dar aunque sea una ojeada a ese mundo de *ellos.* ¿Es malo?

—Tú no puedes desear cosas malas nunca más, ahora que has muerto, hijo mío —repuso Aslan—. Y vas a ver el mundo de ellos... por cinco minutos de *su* tiempo. No te demorarás más de eso en arreglar las cosas allá.

Luego Aslan le explicó a Caspian a qué regresarían Jill y Eustaquio, así como todo acerca del Colegio Experimental: parecía conocerlo tan bien como ellos mismos.

—Hija —dijo Aslan a Jill—. Arranca una varilla de aquel arbusto.

Así lo hizo ella; y en cuanto la tomó en su mano, se convirtió en una elegante fusta nueva.

—Ahora, Hijos de Adán, desenvainen sus espadas —ordenó Aslan— Pero usen sólo la parte roma, porque es contra cobardes y niños, no contra guerreros, que os envío.

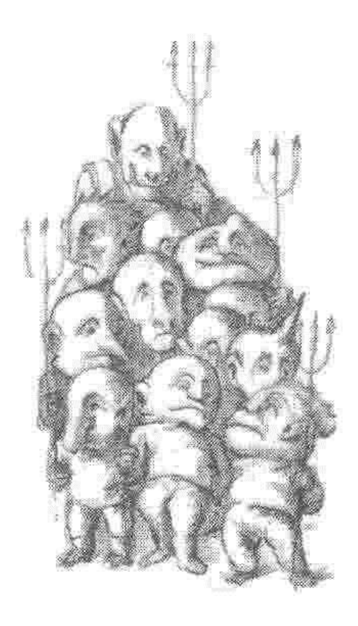
—¿Vienes con nosotros, Aslan? —preguntó Jill.

—Ellos podrán ver únicamente mi lomo —replicó Aslan.

Los guió velozmente a través del bosque y antes de que hubieran dado muchos pasos, se levantó ante ellos el muro del Colegio Experimental. Entonces Aslan rugió, haciendo temblar el sol en el cielo, y diez metros de muro se desmoronaron delante de ellos. Miraron por la brecha hacia el parque del colegio y el techo del gimnasio, siempre bajo el mismo grisáceo cielo otoñal que vieron antes de que empezaran sus aventuras. Aslan se volvió hacia Jill y Eustaquio y sopló sobre ellos y tocó sus frentes con la lengua. Después se echó en medio del boquete que había abierto en el muro y dio vuelta sus cuartos traseros hacia Inglaterra, y su cara señorial hacia sus propios dominios. En ese mismo momento, Jill vio unas siluetas que conocía demasiado bien trepando hacia ellos por entre los laureles. La mayor parte de la pandilla estaba ahí: Adela Pennyfather y Cholmondely Major, Edith Winterblott, "Espinilloso" Sorner, el grandote Bannister, y los repelentes mellizos Garrett.

Pero de repente se detuvieron. Les cambió la cara, y toda bajeza, vanidad, crueldad y servilismo casi desaparecieron de ella en una única expresión de terror. Pues habían visto el muro derrumbado y un león tan grande como un elefante joven echado en medio del boquete, y tres figuras vestidas con relucientes ropajes y llevando espadas en sus manos, que bajaban corriendo tras ellos. Pues, con la fuerza que Aslan puso en ellos, Jill golpeaba con su fusta a las niñas, y Caspian y Eustaquio con el lado romo de sus espadas a los niños, tanto que en dos minutos los matones corrían como locos, clamando: "¡Asesinos! ¡Fascistas! ¡Leones! ¡No hay derecho!". Y entonces el Director (que, a propósito, era mujer) acudió apresuradamente a ver qué sucedía. Y cuando vio al león y el muro partido y a Caspian y a Jill y a Eustaquio (a quienes casi no reconoció), tuvo un ataque de histeria y regresó al colegio y se puso a telefonear a la policía, contando historias sobre un león escapado de algún circo, y sobre convictos prófugos que rompían muros y andaban con espadas desenvainadas. En medio de todo este alboroto, Jill y Eustaquio se escabulleron calladamente hacia el interior y se cambiaron las ropas rutilantes por sus vestimentas de siempre, y Caspian regresó a su propio mundo. Y la muralla, a una palabra de Aslan, volvió a quedar intacta. Cuando la policía llegó y no encontró ningún león, ni muro partido, ni convictos, y vio a la Directora portándose como una lunática, mandó hacer una investigación de todo el asunto. Y en esa investigación salieron a luz toda clase de cosas sobre el Colegio Experimental, y cerca de diez personas fueron expulsadas. Después de eso, los amigos de la Directora vieron que la Directora no servía como Directora, así que la nombraron Inspectora para que estorbara a otros Directores. Y cuando descubrieron que tampoco era apta para eso, la eligieron Diputado y desde entonces vivió muy feliz.

Una noche, en secreto, Eustaquio enterró sus elegantes ropajes en los jardines del colegio; en cambio Jill llevó los suyos a escondidas a su casa y los usó en un baile de disfraces en las vacaciones siguientes. Y de ese día en adelante las cosas cambiaron, para mejor, en el Colegio Experimental, que llegó a ser un muy buen colegio. Y Jill y Eustaquio fueron siempre amigos.



Pero allá muy lejos, en Narnia, el Rey Rilian sepultó a su padre, Caspian el Navegante, Décimo de ese nombre, y guardó luto por él. Gobernó muy bien a Narnia y el

país fue feliz en su época, a pesar de que Barroquejón (cuyo pie estuvo como nuevo en tres semanas) siempre advertía que las mañanas radiantes traen tardes de lluvia, y que no podías esperar que los buenos tiempos duraran siempre. Dejaron abierta la grieta en la colina, y a menudo, en los calurosos días de verano, los narnianos entran por ahí con barcos y faroles y bajan al agua y navegan por todos lados, cantando en el helado y oscuro mar subterráneo, contándose historias sobre ciudades que se hallan a muchas brazas de profundidad. Si alguna vez tienes la suerte de ir a Narnia, no olvides echar una mirada a aquellas cuevas.

LA SILLA DE PLATA: Comentario de Ana María Larraín

El orden ha sido, una vez más, restaurado. La anarquía reinante en el Colegio Experimental —donde se experimenta con la ignorancia y el matonaje antes que con los valores auténticos de la sabiduría y la justicia— ha pasado ya a formar parte de la historia. Los desmanes de la Pandilla han dejado en evidencia no sólo su propia estupidez, sino, sobre todo, la ineficiencia irremediable de su Directora. De allí que el autor de estas Crónicas, sonrisa en ristre y destilando las gotas bien dosificadas de su punzante ironía, la mande a vagar por cargos inútiles donde cualquier rasgo de estulticia pudiera, sin más, incorporarse al esquema. No extraña, dentro del espíritu crítico de Lewis, que la dama en cuestión termine sentada en un banco del Parlamento inglés: las instituciones de su patria son las primeras en caer bajo el hachazo de su pluma. Porque si en todas partes "se cuecen habas", y de eso está consciente la sensibilidad y lucidez de su pensamiento, en el territorio amado del país de origen los "detalles" no se perdonan. Y dar vuelta el fin supremo de la actividad educadora no es, desde luego, ningún jueguito, aunque así quieran hacerlo aparecer los perversos —o los imbéciles— de siempre.

Para restablecer el equilibrio está, gracias a Dios, el soplo venturoso de Aslan, demoledor e inaplazable como la misma verdad que encarna con dorada calidez. La fuerza de su hálito no admite resistencia, y así se encargan de verificarlo la impetuosa Berta y el ex incrédulo Eustaquio, que completa aquí, para bien del lector, su formación narniana, iniciada en La travesía del Explorador del Amanecer (Crónicas III). La irrupción del león en el relato se lleva a cabo no ya por la vía visual o auditiva, como en ocasiones anteriores, sino, ahora (y tal vez por la urgencia que requieren los hechos), por la experimentación directa de su energía vital, su aliento. Es por eso que no será tampoco el agua el elemento primordial que enmarcará y dará sentido a lo narrado; su papel estructurador será asumido aquí por un hermano gemelo, el aire. VOLAR es, en el rescate del hijo de Caspian, la consigna del minuto, pues no hay otra forma de cruzar el umbral. El aire bota muros y pone las cosas en su sitio, tal como el soplo de Aslan —con el que se identifica— puede provocar, y provoca, la magia..., y tal como, encaramados sobre las plumas del búho, a los niños se les posibilita adentrarse en la noche y mirar "la vida" desde otra perspectiva. La llave maestra, claro, la tienen los búhos, auscultadores míticos de lo secreto y conocedores sempiternos de lo desconocido; su lenguaje peculiar —una armonía en "u"— marca, por lo demás, la diferencia. Y es que instalarse en Narnia significa movilizarse sobre el lomo vertiginoso pero siempre rico de la imaginación.

Inestimable guía resulta para estos efectos, como para tantos otros, el sentido del humor. Adherido a esa capacidad de ternura que deja entrever con maestría el narrador, el humor se personifica de paso en el malhumorado Trumpkin —sordo como una tapia a estas alturas del tiempo en Narnia— y, particularmente, en Barroquejón. Sensacional creación esta, la del Renacuajo del Pantano, cuyas evoluciones

"aguafiestas" irán adquiriendo línea a línea una dimensión más profunda, impulsadas como avión a chorro por el momento más emocionante del relato: "He perdido a mi reina y a mi hijo; ¿perderé también a mi amigo? Las palabras que el rey Caspian graba a fuego en el corazón del lector van dirigidas, es cierto, al fiel Orinian, pero se cuajan en genuinas lágrimas en lo más medular del sentimiento. ¿Dónde encontrar una declaración más recia —y escueta— de la amistad, el afecto entronizado por los griegos que Lewis, aquí y en sus ensayos[5]*, rescata? El instante, sin duda, es breve, aunque su calor repiquetea como el soplo de Aslan en el interior del hombre. No hay desvíos en el recto camino del amor.

De una manera u otra es lo que demuestra, a fin de cuentas, Barroquejón, bajo cuyo aparente NO late, pujando por salir a flote, el decidido SI de su acción. El escepticismo de su discurso es desmentido a cada rato por la generosidad de una entrega que sobrepasa tenazmente los límites de su pensamiento teórico. Muy pronto los niños, junto con el lector, descubren la "trampita", titilando tras la máscara que constituye su defensa; a la siga de sus pasos, se internan en ese mundo de idiotez representado por los gigantes. Y la perspectiva del narrador no puede sino hacerse cómplice de la grandiosa pequeñez infantil al concretar —visualmente— la relación proporcional inversa entre tamaño físico e inteligencia: mucho más hábiles se muestran, sin duda, los enanos que esos monstruos de cabeza de piedra y refinados (supongamos) gustos culinarios. Tal vez los "elegantes bípedos" adultos no hemos dado aún pruebas contundentes de nuestra supuesta sensatez...

¡Pero en fin! Suspiros aparte, el hecho es que la Gran Lección no proviene precisamente de algún "elegante bípedo" (en caso de dudas, ver libro de cocina del castillo de Harfang), sino, como bien se sabe, de la naturaleza híbrida del Gran Aguafiestas. Quizás por pertenecer a dos ámbitos y por llevar a "cuestas las alegrías y desventuras de su duplicidad, el inefable Renacuajo del Pantano se dignifica a sí mismo en cuanto Salvador. Cuando todos han tirado la esponja —demasiado fuerte es, en verdad, el verdoso fulgor de la Bruja y sus encantamientos del Mundo de Abajo—, Barroquejón se revuelve valientemente en su contra esgrimiendo una única y definitiva pregunta: "¡ Y QUE?" ¿Y si todo lo que ella dice sea cierto, y si es verdad que no existen el sol ni el cielo azul ni el canto de los pájaros, y si el Mundo de Arriba no es más que un sueño...? ¿QUE? Yo me quedo con ese sueño, porque ese sueño es lo que me ha hecho feliz y porque ese sueño —si lo fuera— es lo que me impele a vivir. NO ME INTERESA tu mundo opaco y lleno de tristezas AUNQUE SEA REAL. ¡Yo me quedo con el mundo de mis supuestos sueños!

Porque yo me quedo con Aslan: éste es mi Credo.

¡Ni Sócrates hubiera sido capaz, querido, querido Barroquejón, de una semejante apología! A ti no te aterra la cicuta, porque no sabes si existe la muerte. Sólo sabes —y puedes dar fe— que existen en ti el sol, el cielo azul y el canto de los pájaros. Por eso...

---

[5]* Cfr. *Los cuatro amores,* Edit. Universitaria, Stgo., 1988.

¡ADELANTE! En el nombre de Aslan.